



3 0081 007 952 660

JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES



NASHVILLE

TENNESSEE

503507

Date Due

RET'D.

25 OCT 66

OCT 12 1966

JUL 17 1998

RET'D.

2708-66

OCT 31 1966

Ret'd.

30 MAY 1963

28 1969

Ret'd

130 SEP 1970

MAY 18 1971

Deaf

FEB 22 1974

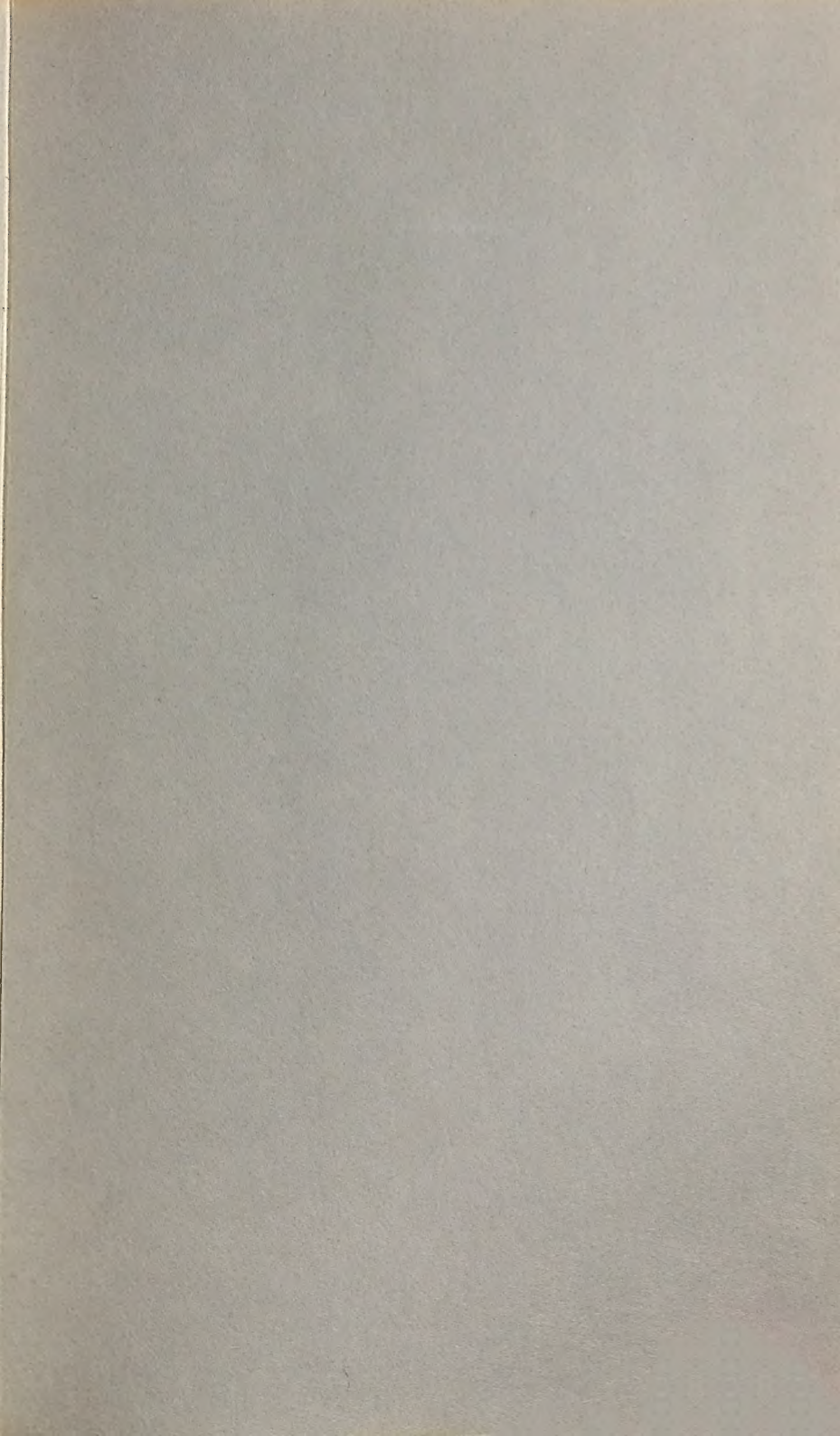
10 RETURNED 1957

Jun 29 1987

RETURNED

MAY 19 1997

MAR 20 1997



CERVANTES

ENTREMESES

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
MIL EJEMPLARES NUMERADOS EN
PAPEL ESPAÑOL VERJURADO DE HILO

EJEMPLAR NÚM. 1806

ENTREMESES

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

ANOTADOS

POR

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

PUBLÍCALOS

LA

ASOCIACIÓN DE LA LIBRERÍA DE ESPAÑA

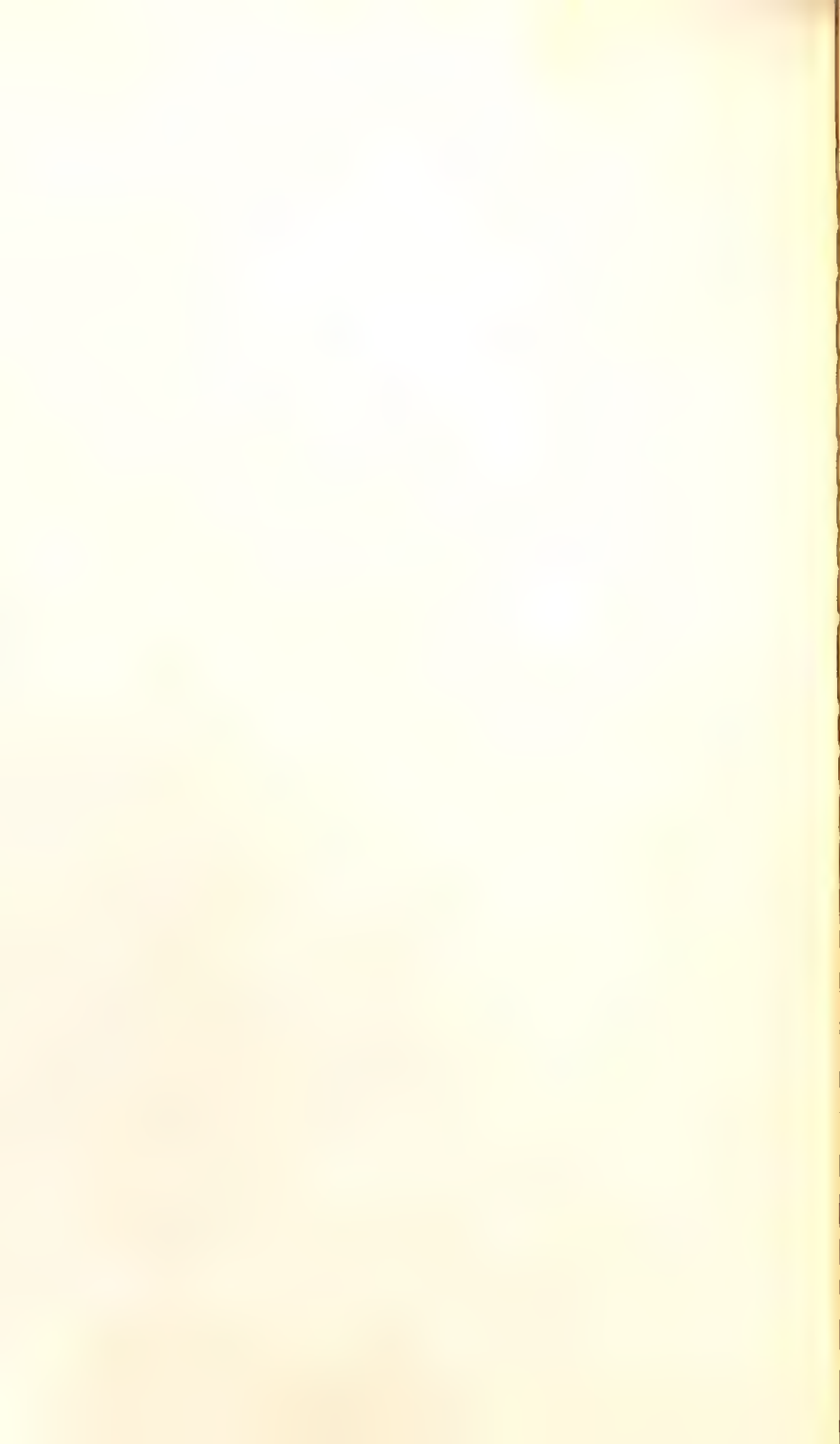
MADRID—MCMXVI

LAS NOTAS Y COMENTARIOS QUE ACOMPAÑAN
A LA PRESENTE EDICIÓN, SON PROPIEDAD DE LA
"ASOCIACIÓN DE LA LIBRERÍA DE ESPAÑA".
RESERVADO EL DERECHO DE REPRODUCCIÓN



503507

INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

«En pequeña girgonza yace grand resplandor;
en azúcar muy poco yace mucho dulzor.»

(ARCIPRESTE DE HITA, estrofa 1.610.)

Estos versos de Juan Ruiz, a propósito de «las propiedades que las dueñas chicas han», vienen como de molde al caso de los entremeses cervantinos, chicos también por su extensión, pero de gran valor por el ingenio, por las sales cómicas, por el delicioso humor que en ellos derramó el autor del *Quijote*. Son pequeños cuadros, algunos de exquisita factura, donde el espíritu eminentemente realista y español de Cervantes, ilumina con rápidos, pero potentes destellos, las donosas figuras de pleiteantes, malcasados, rufianes y valentones, pícaros y cofrades del hampa, rústicos maliciosos, rotos soldados, enamorados sacristanes, porfiados demandaderos, damas del trato libre, embaucadores taimados, barberos guitarristas, esposos crédulos, y viejos ridículos, sazonan-

do las descripciones con detalles de observación sagaz y con rasgos de intención profunda. Con ellos, tanto como con el *Ingenioso hidalgo*, pudo gloriarse Cervantes de haber dado

«pasatiempo
al pecho melancólico y mohíno,
en cualquiera sazón, en todo tiempo».

La escuela impresionista ha sostenido que, así como en las sinfonías suele haber un tema fundamental que puede ser desarrollado con mayor o menor número de diferencias, así también existe aquél en las obras literarias bien meditadas; y, tanto en uno como en otro caso, cabe aislar ese tema, presentándolo desnudo, escueto, sin antecedentes ni consiguientes, para producir en el auditorio o en el lector un efecto imprevisto, intenso e instantáneo. Según esta teoría, el cuento realiza la finalidad susodicha, mejor que la novela; la copla, mejor que el poema; la escena, mejor que el drama.

Prescindiendo de lo que sin duda hay de exagerado en la doctrina, es indiscutible que el entremés cumple a veces el fin que aquélla persigue, cuando no es sino una obra dramática «comprimida», como acontece con muchos de los sainetes de don Ramón de la Cruz y de González del Castillo. Pero en Cervantes conserva en gran

INTRODUCCIÓN

parte su carácter original de *paso*, y basta para construirle una simple anécdota popular, como en *El Retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca* o *El viejo celoso*; una burla corriente, como en *El vizcaíno fingido*; una sencilla idea, como en *El juez de los divorcios* o en *La guarda cuidadosa*; un recuerdo de tipos conocidos o de escenas populares, como en *El rufián viudo* y en *La elección de los alcaldes de Daganzo*.

*
* *

Paso y *entremes* son, en efecto, sinónimos en el teatro de Lope de Rueda (m. 1565?), y desempeñan allí, como en el teatro italiano de principios del siglo xvi, el papel de intermedios entre los actos de una obra dramática, o entre dos obras distintas.

F. Benicio Navarro, en el *Glosario* de su edición del *Arte cisorio*, de don Enrique de Villena (Madrid, 1879), atribuye a *paso* el significado de «acción, hecho de una persona», y la acepción sería muy interesante tratándose de un libro escrito hacia 1423. Pero no se halla en el texto la justificación del *Glosario*, y, en cambio, se encuentra usado *paso* (pág. 115, línea 25), en el sentido de: «descuido, olvido, inadvertencia». Análogo debía de ser el concepto que de ellos tenía en el siglo xvi Juan de Timoneda, al escribir que Lope de Rueda,

su ídolo, fué «piélago de las honestísimas gracias y lindos descuidos». Parece comprobarlo cierto pasaje de la *Comedia Selvagia* (1554, acto IV, cena 4.^a), donde Flerinardo, después de oír cantar a Carduel, paje de Selvago, dícele a éste que la canción «en extremo suena bien, con las gargantas y melodiosos descuidos con que el rapaz la ha matizado»; donde *descuidos* están evidentemente por *pasos*... de garganta. Pero en la *Comedia de Sepúlveda* (ed. de Madrid, 1901, págs. 71 y 121), donde se usa, por cierto, el vocablo *entremés* (páginas 16 y 18) en el sentido de pieza dramática de corta extensión y de carácter cómico, intercalada entre las escenas de una comedia, se emplea *paso* en el concepto de «suceso, hecho, acción ocurrida»; sentido que también tiene la palabra al principio de la *Farsa Custodia*, de Bartolomé Palau.

En cuanto a *entremés*, procede el vocablo, como es sabido, de *inter* + *medium*, como el francés *entremets*, que Du Cange relaciona con *intromeysium* o *intromissum*, el primero de los cuales era un manjar que acompañaba al «primum ferculum» (primer plato), y el segundo al «medium seu tertium convivii ferculum».

Milá y Fontanals, en sus *Orígenes del Teatro catalán*, cita como el más antiguo texto de esta región, donde se halla usado el nombre de *entremes*, el relato de los obsequios hechos en Barce-

INTRODUCCIÓN

lona a la reina doña Sibila, cuando don Pedro la coronó en 1381, relato contenido en el *Dietario* de la ciudad. Tiene allí aplicación el vocablo a un manjar (*un bell pagó* = un hermoso pavón), adornado de una manera especial y destinado a un uso caballeresco. Consta, igualmente, que, en las fiestas celebradas en Valencia en 1414, con motivo de la entrada de Fernando I, se dispuso que se hiciesen cuatro «entramesos» nuevos, que, por lo visto, eran semejantes a los carros o *rocas* que aún se usan, y sobre los cuales se cantaban coplas o se representaban *misterios*.

En la *Crónica* de don Juan II (año 1440, capítulo XIV), al describirse la suntuosa recepción que hizo en Briviesca el conde de Haro a la princesa doña Blanca, hija del rey don Juan de Navarra, y a la reina su madre, se lee: «e allí les fué fecho muy solemne recebimiento por todos los de la villa, sacando cada oficio *su pendón e su entremes* lo mejor que pudieron, con grandes danzas e muy gran gozo y alegría».

El vocablo se encuentra también en la *Relación de los fechos* del Condestable de Castilla Miguel Lucas de Iranzo, en textos como el siguiente: «Y por quanto este día (*del año 1461*) recreció mucha pluvia del cielo, ni se corrieron toros, ni se hicieron otras novedades, salvo el danzar y bailar, y cantar en cosante, y *otros entremeses* a tales fies-

tas anejos.» Y don Alonso de Cartajena, en su *Doctrinal de Caballeros* (cuya primera edición conocida es de Burgos, 1487), al tratar de los casos en que, sin actos de guerra, los hijosdalgo usan las armas, menciona: «estos *auctos* que *agora nuevamente* aprendimos, que llaman *entremeses*».

Por otra parte, es harto curioso que Antonio de Lebrija, en su *Vocabulario* hispano-latino (cuya primera edición parece ser del año 1495), no dé otra significación de *entremés* que la siguiente: «Entremés de la Tarasca = *Manducus*, i.» El *Manducus* (mencionado por Plauto en el verso 443 del *Rudens*) era, entre los romanos, una figura grotesca que solía preceder a todas las pompas y triunfos, y que abría una grandísima boca, rechinando los dientes con temeroso ruido. Sabido es que la Tarasca, entre nosotros, era, según Covarrubias (y todavía puede comprobarse su afirmación en la catedral de Toledo, donde la Tarasca se conserva), «una sierpe contrahecha que suelen sacar en algunas fiestas de regocijo».

A mediados del siglo xvi, *entremés* llegó a ser ya lo que fué en la siguiente centuria; es decir: «una comedia breve, en la cual los autores se burlan ingeniosamente» (P. José Alcázar). Así Cristóbal de Villalón, en el canto VI de *El Crotalón*, escrito hacia el año de 1554, habla de cierta fiesta, en la cual «se representó *una comedia* de amor,

con muchos y muy agraciados *entremeses*, agudezas, invenciones y donaires de grande ingenio». Este mismo sentido, y no el de «descanso o intermedio en la representación, para dar lugar a que salgan nuevos actores», tiene el vocablo *entremés* en el *Auto de los desposorios de Moisés*, atribuído, sin gran fundamento, a Lope de Rueda.

En resumen, la palabra *entremes* pasó por estas etapas:

A) Originariamente, significó un manjar que acompañaba a otros en los banquetes;

B) Aplicóse luego, en España, a todo género de diversiones (juegos de armas, danzas, bailes, etcétera);

C) Llamóse así también una figura destinada a ser llevada en fiestas y procesiones, como los que llamamos *pasos* de Semana Santa;

D) La presentación de esta figura llegó a ir acompañada de cantos y danzas;

E) Por último, la representación se hizo independiente de las figuras, y dióse el nombre de *entremés* a toda pieza corta, de carácter cómico, en prosa o verso, destinada a representarse al principio, al final o entremedias de las jornadas de una obra dramática más extensa. Acababa, generalmente, como es de ver en los del siglo XVII, con canto y baile.

En todas estas acepciones late un sentido cons-

tante, relacionado con la etimología del vocablo, y al cual alude, a fines del siglo xv, el comentador anónimo de las *Coplas* de Mingo Revulgo, cuando escribe que *entremeses* son: «cosas que *pasan* entre medias, por el tiempo ser tal y de tal disposición».

Respecto de su origen real, no falta quien vea en el entremés una evolución del antiguo *coro*. Pero, aunque formalmente pueda parecer así, en el fondo su función es por completo distinta, porque el entremés nada tiene que ver con la obra en que se intercala, y el coro, sí. Lo único parecido al entremés, en el teatro romano, era el *exodium*, pieza corta con la cual terminaban algunas representaciones dramáticas, y que generalmente era una *atellana*.

Nuestro entremés (del cual salió el *sainete* del siglo xviii, y el *género chico* del xix), tendrá fisonomía propia por el carácter cómico de su asunto y por su finalidad secundaria; pero, en lo demás, en nada se distingue de nuestras primeras *églogas*, *representaciones y farsas*. El *Aucto del Repelón*, de Juan del Encina, tiene toda la estructura de un entremés, y quizá sea, cronológicamente, el primero de ellos. Y, sin embargo, ¿en qué se diferencia de las *Eglogas* de Navidad del mismo autor, salvo en la índole del asunto? La extensión viene a ser idéntica; la versificación, la misma, y ambos acaban con un villancico.

INTRODUCCIÓN

En *La Gran Sultana*, atribuye Cervantes la invención de los *bailes cantados*, con que terminan algunos de los entremeses, al actor Alonso Martínez, que formaba parte de la compañía de Jerónimo Velázquez en 1590. Y el propio Cervantes señala las cualidades que bailes y entremeses han de reunir, cuando escribe en *La entretenida*:

«Mira, Cristina, que sea
el baile y el entremés,
discreto, alegre y cortés,
sin que haya en él cosa fea.»

*
* * *

Discretos, alegres y corteses son, en efecto, los entremeses cervantinos, y harto mejores que las comedias del mismo autor, en las que, fuera del primer acto de *El rufián dichoso*, y de alguna que otra escena de las restantes, apenas hay nada que alabar: ni la trama, ni el verso, ni las situaciones, ni el estilo, siendo algunas de ellas, como *El laberinto de Amor*, o *La casa de los celos*, prototipos de disparatados engendros.

El modelo literario de Cervantes, para los entremeses, fué, indudablemente, Lope de Rueda, a quien vió representar (quizá en Valladolid) durante su mocedad, y a quien recuerda en el Prólogo de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados* (Madrid, Viuda de Alonso

Martín, 1615), diciendo que, en su tiempo, se aderezaban y dilataban las comedias «con dos o tres entremeses, ya *de negra*, ya *de rufián*, ya *de bobo*, y ya *de vizcaíno*, que todas estas cuatro figuras, y otras muchas, hacía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse». Como veremos, los tipos del rufián y del vizcaíno perduran en los entremeses cervantinos.

El verdadero mérito del batihoja sevillano, estriba, en efecto, en el lenguaje y estilo de sus *pasos* o *entremeses*, que conservamos en número de veinticinco, todos rebosantes de ingenio y de picante agudeza. No fué Rueda el inventor del género; pero lo puso poco menos que en la cumbre de su alteza. En sus *pasos*, muéstrase Rueda como el Teniers de nuestro teatro del siglo xvi. Baja es la esfera de sus personajes; pero son ellos los que de ordinario alentaban en la atmósfera que respiró Rueda, y él sabe pintarlos con excepcional destreza, que hace de cada uno de tales *pasos* una encantadora miniatura literaria. Lo que menos importa en ellos es el argumento y la acción; importan la presentación del tipo, el diálogo animado y ameno, la *impresión* fuerte y duradera que esos brevísimos cuadros dejan. El *santero* que pide «para la lámpara del aceite» (como el Andrés de *La guarda cuidadosa*), y a quien los gozques ladran porque les usurpa los mendrugos; el *doctor medico*, de

INTRODUCCIÓN

ropón, guantes, bonete y retumbantes latinajos; el *licenciado* pedantesco y miserable; el *villano* socarrón y malicioso; el *lacayo* simple y bobo; el *paje* servicial e hipócrita; la *fregona* envanecida; el *gascón* malhumorado; el *ladrón* diligente y sagaz, que no escarmienta aunque cien veces le hayan palmeado las espaldas por las acostumbradas; la *negra* boba y mentecata; el *morisco* supersticioso; la *gitana* ladrona y zalamera, hábil en el arte de «catar el signo»; el *valiente* embustidor y fanfarrón; el *rufián* procaz y soberbio, y otros más, salen a luz en los *pasos* de Lope de Rueda, con sus propios y distintivos caracteres.

*
* *

Evidente es que no todos los entremeses cervantinos tienen el mismo mérito, aunque ninguno carezca de él. A nuestro juicio, sobresalen *El rufián viudo*, por su castizo y penetrante realismo; el de *La elección de los alcaldes de Daganzo*, por la viveza de su diálogo, el brío de su lenguaje y la verdad de la situación, y el de *El viejo celoso*, por lo acabado de su argumento. Pero en la mayor parte resalta una cualidad que responde al propósito *docente* de la obra cervantina; la finalidad *ejemplar*. Si se exceptúan *El rufián viudo*, cuadro de costumbres de la gente del hampa, y *La guarda cuidadosa* y *La Cueva de Salamanca*, que son

cuentos o anécdotas puestas en acción, en todos los demás entremeses procura el mismo Cervantes apuntar la moraleja, por si el lector no la ha advertido:

«Más vale el peor concierto,
que no el divorcio mejor»;

cantan los músicos de *El juez de los divorcios*;

«Yo, señores, si acaso fuese alcalde,
mi vara no sería tan delgada
como las que se usan de ordinario;
.....
..... y junto con aquesto,
sería bien criado y comedido,
parte severo, y nada riguroso»,

expone Rana, en *La elección de los alcaldes*;

«La mujer más avisada,
o sabe poco, o no nada»,

dicen los músicos, al final de *El vizcaíno fingido*;
«este es de aquellos que traen la sogá arrastrando,
y de los que siempre vienen a morir del mal que temen», exclama el compañero de *El viejo celoso*;
y, en cuanto al *Retablo de las maravillas*, que pone en escena el más profundo y filosófico cuento de *El conde Lucanor*, la consecuencia respecto de la necesidad de no aceptar a ciegas la opinión común, por unánime que sea, salta claramente a la vista.

INTRODUCCIÓN

De los ocho entremeses contenidos en la edición de 1615, dos (*El rufián viudo* y *La elección de los alcaldes*) están en verso endecasílabo suelto, y los seis restantes en prosa (aunque en ninguno deje de haber versos). Circunstancia es esta que contribuye a acrecentar su mérito, porque el verso de Cervantes, muchas veces correcto, y en raras ocasiones inspirado, vale incomparablemente menos que su prosa, castiza, sencilla, armoniosa y elocuente siempre. Únese a esto la innegable maestría de Cervantes en el diálogo, tan movido, ameno y chispeante en los entremeses. La filosofía humana y benévola de aquel grande ingenio; su característico equilibrio moral; la mirada, tan sagaz como misericordiosa, que a la vida dirige y que suele hacer tan simpáticos sus personajes (aunque sean rufianes como Trampagos, o cortesanas como Cristina y Brígida, o pícaros como Chanfalla), échanse de ver en los entremeses por modo señalado. Su sátira no hace daño; su risa no escarnece; y en mínimos pormenores de algunos de sus coloquios dramáticos, halla el lector notable enseñanza y deleite. Como ha dicho admirablemente Menéndez y Pelayo: «Si los que pierden el tiempo en atribuir a Cervantes ideas y preocupaciones de librepensador moderno, conociesen mejor la historia intelectual de nuestro gran siglo, encontrarían la verdadera filiación de Cervantes,

cuando su crítica parece más audaz, su desenfado más picante, y su humor más jovial e independiente, en la literatura polémica del Renacimiento; en la influencia latente, pero siempre viva, de aquel grupo *erasmista*, libre, mordaz y agudo, que fué tan poderoso en España y que arrastró a los mayores ingenios de la corte del Emperador... No tiene Cervantes una *manera* violenta y afectada, como la tienen Quevedo o Baltasar Gracián, grandes escritores por otra parte. Su estilo arranca, no del capricho individual, no de la excéntrica y errabunda imaginación, no de la sutil agudeza, sino de las entrañas mismas de la realidad que habla por su boca».

*
* *

La primera y única edición de los ocho auténticos entremeses cervantinos conocidos, que salió a luz en vida del autor, fué la del año 1615, con el título de *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados* (en Madrid, por la viuda de Alonso Martín). La *Aprobación* del libro, lleva fecha de 3 de julio de 1615.

No es tarea fácil la de determinar la cronología de esas obritas.

En la *Adjunta al Parnaso*, publicada con el *Viage* en 1614 (con *Licencia* expedida el 16 de setiembre), pregunta Pancracio de Roncesvalles, en su

INTRODUCCIÓN

diálogo con Cervantes, después de recordar éste algunas de las muchas comedias «dignas de alabanza» que había compuesto:

«—Y agora, ¿tiene vuesa merced algunas?

CERVANTES.—Seis tengo, *con otros seis entremeses*.

PANC.—Pues ¿por qué no se representan?

CERVANTES.—Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy a buscar a ellos.»

Según esto, parece probable que dos de los ocho entremeses comprendidos en la edición de 1615, hayan sido compuestos entre el 16 de septiembre de 1614 y el 3 de julio de 1615, poco más o menos. Pero ¿qué entremeses serán aquéllos? La circunstancia de estar escritos en verso *El rufián viudo* y *La elección de los alcaldes*, a diferencia de los restantes, que se hallan redactados en prosa, según la moda del siglo xvi, pudiera hacer creer que aquellos dos entremeses son los añadidos al caudal de 1614; pero leve sería ese fundamento para tal conclusión. Queda, pues, el problema sin resolver.

Lo que hasta el presente puede afirmarse acerca de la cronología de los entremeses, es lo que sigue:

A) *La guarda cuidadosa* ha de ser coetánea del 6 de mayo de 1611, o posterior a esta fecha, que es la de la cédula del sota-sacristán Pasillas, inserta al final del entremés.

B) *El vizcaino fingido* es posterior al 3 de enero de 1611, fecha de la Pragmática sobre los coches, a la cual se alude en el principio del entremés. Al final de éste se halla mencionado el *Quijote*, cuya primera parte salió a luz, como es sabido, en 1605. Si fuese exacta la referencia a la disposición sobre el dinero de Indias, a que aludimos en la nota 152 del presente libro, la fecha del entremés sería posterior a octubre del mencionado año 1611.

C) *El retablo de las maravillas* puede ser posterior al año 1610, si la afirmación de Pellicer, según el cual en esta fecha «padecieron los corrales de Madrid grande esterilidad de autores», resultase cierta (véase la nota 186 de este libro), y hubiese fundamento para relacionarla con una frase del entremés.

D) *La cueva de Salamanca* debe de ser posterior a 1607, pues en este entremés se menciona al célebre bandolero catalán Perot Rocaguinarda (citado también en la Segunda Parte del *Quijote*), el cual no se hizo célebre, acaudillando el partido de los *niarros*, hasta ese año. Es particularidad observada por el profesor Milton A. Buchanan (*Cervantes as a dramatist*, I; en *Modern Language Notes* de junio, 1908).

Nada en concreto puede decirse, por ahora, respecto de la fecha de los cuatro restantes entre-

meses. Se ha dicho que *El juez de los divorcios* fué escrito después de trasladada la Corte a Madrid, en 1606; pero nada hay en el entremés que justifique semejante aserto. Por su parte, el señor Rodríguez Marín (*Rinconete y Cortadillo*; Sevilla, 1905; páginas 154-155) asegura que *El rufián viudo* fué esbozado durante la permanencia de Cervantes en Sevilla, o sea en los últimos trece años del siglo xvi: «*Algo y aun mucho más*—dice el erudito cervantista—*hubo de escribir* entonces, así de lo que se ha perdido como de lo que conocemos; a aquel tiempo se remonta, *indudablemente...* el primer borrón de su comedia *El Rufián dichoso* y del entremés de *El Rufián viudo*, que *claro se ve* ser obras escritas, o esbozadas siquiera, en contacto muy inmediato con los modelos vivos, los cuales son auténticos *a todas luces*, es decir: de la picaresca genuinamente sevillana.» Cuando exista alguna prueba de ello, «aunque sea tamaña como un grano de trigo», por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos satisfechos y seguros.

Respecto de *El retablo de las maravillas*, se ha escrito que la referencia que hace el gobernador al «diluvio de Sevilla» (pág. 109, línea 22 de esta edición), indica que se trata de una obra compuesta después de 1603, pues en diciembre de este año comenzó la famosa avenida del Guadalquivir, de que hablan los cronistas de la ciudad y Cabre-

ra de Córdoba en sus *Relaciones*. Pero tantas fueron esas avenidas, que resulta difícil determinar a cuál de ellas alude el citado personaje. Así, según ciertas efemérides publicadas por el señor Gesto en la segunda serie de sus *Curiosidades antiguas sevillanas*, en 1605 «vino a esta ciudad Julio César Fontana, ingeniero de S. M., y por su orden, para ver lo que se podía ahorrar en las obras y edificios de la Lonja y estudiar el remedio que debería oponerse a las continuas inundaciones.» La más importante de éstas, inmediatamente posterior a la fecha de la publicación de los entremeses, fué la del año de 1618.

*
* *

En *El Juez de los divorcios*, trata Cervantes, en la forma concisa y ligera que el entremés permite, de un problema que en todos tiempos, y especialmente en los nuestros, ha preocupado a la sociedad y a los legisladores: el de la solubilidad del matrimonio. Inventa para ello una institución: la que sirve de título al entremés; y ante el juez, el escribano, y el procurador, van pasando parejas que pretenden romper legalmente el lazo conyugal: quéjase una mujer de que su marido es viejo y de que no la ocasiona sino fatigas; otra, de que su cónyuge es un haragán, inhábil, que no hace nada por el sustento de su casa y familia; lámén-

tase un marido de la antipatía y aborrecimiento invencible que a su mujer profesa; duélese otro de la soberbia y áspera condición de su mitad. El juez recibe a todos a prueba, y deja adivinar su deseo de que se apacigüen, *por valer más el peor concierto que el mejor divorcio*. La razón de ello, puesta en boca del procurador, no es muy trascendental: «qué al cabo, al cabo, los más se quedan como se estaban, y nosotros (*es decir, la gente de curia*) habemos gozado del fruto de sus pendencias y necesidades». Es obra de muy escasa acción; pero quizá el entremés más meditado de todos. Bouterwek lo tradujo al alemán en 1803, con el título de *Das Ehescheidungstribunal*, versión no mencionada por los bibliógrafos cervantinos.

El rufián viudo, cuadro humorístico de costumbres rufianescas, pertenece a la misma cantera de donde salieron *Rinconete y Cortadillo* y el primer acto de *El rufián dichoso*, y no les va en zaga en mérito literario. Algunos de los personajes llevan los mismos nombres que en *Rinconete* (por ejemplo, Chiquiznaque). El argumento se reduce a lo siguiente: el rufián Trampagos está de luto por la muerte de su *iza* la Periconá; acuden a consolarle sus amigos y amigas, y lo consiguen sin gran dificultad, *acomodándose* el rufián con la Repulida, después de varios incidentes; al final, se presenta Escarramán, famoso *jaque*, que ha estado cautivo en

Berbería. Acaba la pieza bailando y cantando todos. La cómica gravedad de los valentones, el desgarro de sus *marcas*, y la osada socarronería del *trainel* Vademecum, están pintados con extraordinaria maestría. De cuantas imitaciones de este entremés pudieran recordarse, y cuya enumeración resultaría tan inútil como prolija, sólo hay una que, por su excepcional mérito, merezca mención: el *Manolo* de don Ramón de la Cruz. Las preguntas de Manolo cuando torna del presidio, en la escena VI del sainete, y la relación que en la VIII hace de su jornada y proezas, son evidente reminiscencia de la solemne entrada de Escaramán al final del entremés cervantino.

Escenas *vividas* son también las del entremés *De la elección de los alcaldes de Daganzo*, pretexto que toma Cervantes para trazar deliciosas pinturas de tipos villanescos, en boca de uno de los cuales pone sentencias análogas a los advertimientos y consejos que don Quijote dió a su escudero cuando éste fué a gobernar la deseada Insula Barataria. Dos regidores, un bachiller, y el escribano de Daganzo, se reúnen para tratar de la elección del alcalde, que ha de ser aprobada por el concejo toledano; habiendo cuatro pretendientes, se acuerda que los examine el bachiller; preséntanse los cuatro: uno, sabe de memoria las cuatro oraciones, y en ello consiste toda su habilidad; el otro,

INTRODUCCIÓN

alega estar sano, ser cristiano viejo, y saber deletrear, calzar un arado, herrar, y tirar al arco; el tercero se precia de ser excelente catador de vinos; el cuarto expone sesudamente las condiciones que un buen juez ha de reunir, y aspira a poseerlas; finalmente, aparecen unos gitanos que cantan y bailan, y todos se van con ellos, no sin haber intentado mantear a cierto sota-sacristán que se permitió increpar a los regidores, por sorprenderles entregados a bailes y bureos. Todas las escenas son de un gallardo realismo, y, quien nada supiese de la biografía de Cervantes, habría de persuadirse, al leer *La elección de los alcaldes*, de que su autor anduvo largo tiempo en íntimo contacto con la gente rústica y villanesca de Castilla. El recuerdo del *Ingenioso hidalgo* es notorio en este entremés, y en él se reproduce, con motivo de las habilidades de Berrocal, la anécdota del catador, que asimismo figura en el *Quijote* (Parte segunda), y que, según el señor Buchanan, se cuenta también en los Estados Unidos, de dos jueces del Sur, habiendo sido recordada por Cox en *Why we laugh*.

Menos interés despierta, aunque deleiten su estilo y su lenguaje, el entremés de *La guarda cuidadosa*, que apenas tiene otra relación con la famosa comedia de Miguel Sánchez, que la del título. Un soldado roto y miserable, que trae a la

memoria los figurones del antiguo paso, pretende casarse con cierta fregona, la cual ama a un sota-sacristán; viéndose desatendido, el soldado se propone desempeñar el papel del perro del hortelano, y aquí encaja la idea del entremés: el soldado impide entrar en casa de su adorada a cuantos tienen algo que hacer en ella, incluso al mismo dueño; el procedimiento fracasa, porque el sota-sacristán se las tiene tiesas con el soldado, y la fregona declara estar apalabrada de matrimonio con el sota-sacristán, terminando la obrita con las lamentaciones del menospreciado milite y las zumbas del victorioso motilón. Es de los entremeses que mejor recuerdan la manera de Lope de Rueda.

En *El vizcaíno fingido*, que tampoco es pieza de sobresaliente mérito, la trama está constituida por cierta pesada broma que dos amigos dan a una cortesana de Sevilla. El método empleado por aquéllos es el de un ingenioso timo, sin duda usado alguna vez por los estafadores de la época cervantina, en virtud del cual la justicia misma viene a convertirse en auxiliar del burlador. Solórzano, de acuerdo con su amigo Quiñones (el vizcaíno *fingido*), propone a doña Cristina hacer caer en sus redes al vizcaíno, de cuya guarda está encargado, y explotarle entre los dos; en nombre del vizcaíno, a quien tacha de torpe y de aficionado a Baco, entrega una cadena de oro, que la ninfa

hace contrastar, mediante un platero vecino (ganado de antemano por los dos burladores); Quiñones visita a su amiga y se retira algo *asomado*, quedando concertada una cena en casa de la dama, la cual ha dado diez escudos de premio a Solórzano; vuelve éste al poco rato, diciendo que, según noticias recibidas, el padre del vizcaíno está moribundo, y reclama la presencia de su hijo, el cual ha de marchar en seguida y necesita la cadena; devuélvesela doña Cristina, y Solórzano protesta, asegurando ser falsa y distinta de la que él entregó; promuévese un altercado, entra la justicia, y están a punto de llevar a la desesperada ninfa ante el corregidor, cuando se presenta Quiñones y descubre la broma, acabando todo apaciblemente.

Mucho más honda es la tesis de *El retablo de las maravillas*, cuya idea proviene, como advertimos en las notas, de un conocido cuento de *El conde Lucanor*, conservado en la tradición popular. El benemérito don Ramón León Máinez, en su estudio: *Los entremeses de Cervantes* (*Crónica de los cervantistas*, 19 setiembre 1875), considera como moral del entremés, que «cuando las autoridades y cuando los que debieran impedir la representación de grotescas escenas, son los que las autorizan con su presencia, las sancionan con su beneplácito, las defienden con sus palabras, las encomian con sus boberías, y las preconizan con sus

indiscreciones, entonces no es extraño que la generalidad, menos avisada e instruída, caiga bien pronto en los mismos errores y crea, a pies juntillos, lo que juzgan verdadero sus jefes y gobernadores.» Nada de eso; Cervantes no era tan *administrativo*, y el cuento es harto más trascendental. Trátase en *El retablo*, como en el relato de don Juan Manuel, de poner en ridículo la ciega credulidad, la superstición del *qué dirán*, la pereza o la pueril desconfianza en el propio criterio, que nos llevan, en ocasiones, a aceptar por verdad lo que todo el mundo dice, simplemente porque lo dice o por no parecer extravagantes. ¡Cuántas veces afirmamos que Fulano de Tal es un gran pintor, o un excelente crítico, o un incomparable gobernante, sólo porque una taifa de embaucadores, como la Chirinos y Chanfalla, han esparcido la voz, calificando de ignorantes o de envidiosos a los que no convengan en ello!

En *El retablo* cervantino, el misterio del imaginario artificio consiste en que «ninguno puede ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio». El gobernador confiesa: «Todos ven lo que yo no veo; pero al fin habré de decir que lo veo, *por la negra honrilla*». Y tal es la enseñanza del cuento.

El retablo de las maravillas fué imitado, en ver-

INTRODUCCIÓN

so, y con ese mismo título, por el toledano Luis Quiñones de Benavente, el más ilustre de los entremesistas del siglo xvii. En esta obrita, la embaucadora, llamada Pilonga, trae

«un retablo que llaman
de las maravillas ciento»,

y afirma

«que el que tuviere
la mujer de ojos traviosos,
de visitas y recaudos,
no podrá ver más que un ciego
cosa de lo que enseñare».

Finge luego que sale un toro, y que se suelta el Nilo, acabando todo con una canción. El entremés de Quiñones se publicó también, atribuido a Juan Vélez de Guevara, con el título de *Entremes de Dios te la depare buena*, alusivo a una conocida anécdota puesta en acción en la primera parte de la pieza. Hemos hojeado un manuscrito del siglo xviii del *Retablo* de Benavente, con esta peregrina indicación: «De un Ingenio de esta Corte. *Jamás visto ni representado.*»

Sirve de base a *La cueva de Salamanca*, que muy poco tiene que ver con el famoso y mágico antro salmantino a que nos referimos en las notas, y al que aluden, Correas en su *Vocabulario*, y Villalba en *El pelegrino curioso*, cierto cuentecillo popular en el que ya se inspiraron otros entreme-

sistas del siglo xvi. Su tema es el engaño del marido exageradamente crédulo y confiado, persuadido de que la presencia de otras personas (entre ellas el amante de su mujer) a quienes sorprende en su propia casa, y el espectáculo de un opíparo banquete que los adúlteros habían preparado, son cosas de magia dispuestas por un pícaro estudiante a quien la mujer dió albergue y que no se resigna a quedarse sin cenar. El entremés fué imitado, entre otros, por don Pedro Calderón, en *El dragoncillo*, refundido por don Gaspar de Zavala con el título de *El soldado exorcista*, y por Adelardo López de Ayala (en 1866) con el de *El conjuro* (con deliciosa música de Emilio Arrieta).

Con otro cuento, de origen bien antiguo (véase la nota 241), se relaciona *El viejo celoso*, uno de los mejores entremeses de la colección cervantina. Indudablemente hay puntos de semejanza entre *El viejo celoso* y la novela ejemplar de *El celoso extremeño*. Poca diferencia existe entre los nombres de los dos burlados (*Cañizares* en el entremés, y *Carrizales* en la novela), y aun pueden señalarse frases idénticas en una y otra obra, como ha hecho notar el señor Buchanan. Pero las diferencias son también notorias: «La Leonora de la novela—escribe Máinez—es recatada; la Lorenza del entremés, licenciosa. La Leonora de la novela rehuye todo pasatiempo peligroso, y admite a

INTRODUCCIÓN

Loaisa en su casa, creyendo que va sólo a proporcionarle honesto solaz y recreo; la Lorenza del entremés, oye con gusto las insinuaciones de la vecina y zurcidora de voluntades Ortigosa, y desea el momento de que la dueña le cumpla la palabra de proporcionarle su galán. La una se aterroriza ante la presencia de otro hombre que su marido; la otra se siente alborozada ante semejante promesa. Leonora llora, se resiste, y vence en la lucha entablada con su seductor; Lorenza, por el contrario, se entrega y rinde a toda su voluntad.» Por eso mismo, el entremés dista mucho de ser *ejemplar*, y situaciones hay en él que exceden en atrevimiento a las más crudas de *La Tía fingida*. Pero los tipos se hallan trazados a la perfección, y primorosamente resaltan el deshonesto deseo de doña Lorenza, que, por ser *primeriza*, está temerosa «y no querría, a trueco del gusto, poner a riesgo la honra», honra cuya conservación estriba, por supuesto, en la ignorancia ajena; la cándida liviandad de la niña Cristina, que, con mayor ánimo que su tía, no se cansa de pedir «un frailecico pequeñito, como unas perlas», para holgarse con él; la celosa manía del setentón Cañizares, que, por guardar a doña Lorenza, clava ventanas, cierra puertas, anda de noche como trasgo por toda la casa, y hasta destierra de ella los perros y gatos, «solamente porque tienen nombre

de varón»; y la hipócrita oficiosidad de la señora Ortigosa, que, por parecerse a la madre Celestina en algo más que en las tercerías, posee también milagrosos pegadillos para la madre, y eficaces palabras para males de muelas. Es el entremés, por el asunto y por la forma, enteramente aretinesco, y abundan en él frases de doble sentido, y demasiado picantes alusiones, no muy frecuentes en Cervantes. Todo el ambiente es, en efecto, italiano, y lo son, asimismo, las costumbres retratadas, si hemos de creer lo que el profundo observador Cristóbal Suárez de Figueroa escribe, en sus *Varias noticias importantes a la humana comunicación* (Madrid, Tomás Junti, 1621; fol. 205 v.): «Admira con todo extremo la clausura que profesan las madonas de Italia. Partes hay donde sólo salen la noche del Jueves Santo, para andar estaciones; tan retiradas las tiene la natural costumbre, o sea la celosa condición de maridos y padres. En España y Francia cesan tales escrúpulos, dándose más digno lugar a la confianza. Todos andamos juntos (apacible mezcla), gozando las mismas esenciones de salir las hembras que los hombres. *Inútil fuera en esta edad el hilado de Celestina*, toscas sus agudezas, superfluas sus asechanzas. Repúblicas son libres y absolutas el habla y solitud. Todos galantean, todos escriben; mucha libertad, poco riesgo.» Tan lejos estamos de creer

que *Carrizales* o *Cañizares*, cuyo nombre de pila es *Filipo* en la novela ejemplar, sea un modelo real de *España*, que creemos verisímil se trate, en la novela y en el entremés, de un argumento originariamente italiano, como tantos otros que Cervantes imitó, sazónándolos con los peregrinos recursos de su poderosa inventiva y de su continua observación de las pasiones humanas.

En el pedantesco prólogo que don Manuel Antonio de Vargas puso a la *Ioco-Seria*, de Quiñones de Benavente (1645), dijo de este famoso ingenio que «resucitó en España una especie de la poesía, de las cuatro en que Aristóteles la divide, olvidada o jamás aprendida de los españoles, que es la ditirámica imitación». El prologuista fué injusto con Cervantes, porque si en las comedias le superan muchos, en el género de los entremeses no le vence ninguno. Hay en ellos verdaderas joyas de invención, de lenguaje y de estilo. La deliciosa junta de regidores en *La elección de los alcaldes de Daganzo*, las filosóficas contiendas de los pleiteantes ante *El juez de los divorcios*, el chistoso y profundo *Retablo de las maravillas*, la graciosa burla de *La cueva de Salamanca*, los graves y picarescos coloquios de *El rufián viudo*, los astutos engaños de *El vizcaíno fingido*, el fanfarronesco tipo de *La guarda cuidadosa*, el risible embaucamiento de *El viejo celoso*, constituyen imperece-

deros cuadros de regocijado humor y encantadora traza. Nada importa que sean piezas breves. Pequeños son también los cuadros de Teniers, las *scerranillas* de Santillana, y las odas del viejo Anacreonte, sin que por eso dejen de ser obras clásicas. La belleza no es función del tamaño, y, como dice bien el *Talmud* babilónico, «un solo grano de pimienta fuerte, vale más que cestos llenos de calabazas».

*
* *

Los ocho entremeses analizados, constituyen las únicas piezas de ese género que pueden considerarse absolutamente auténticas de Cervantes. Otras hay, sin embargo, que, con fundamento más o menos leve, se le han atribuído.

En la *Séptima parte* de las comedias de *El Fénix de España*, Lope de Vega Carpio, impresa en Madrid, el año 1617, a los folios 290-293, figura un «Entremés famoso de los *Habladores*», entremés reproducido, con la atribución a Miguel de Cervantes, en cierto volumen de varios autores, impreso en Cádiz, por Juan de Velasco, en 1646, que poseyó don Aureliano Fernández-Guerra, y del que dió noticia La Barrera. En la Biblioteca Colombina de Sevilla se conserva un manuscrito anónimo de este entremés, de letra del siglo XVII; ocupa los folios 8 a 13 del código AA-141-6, exa-

INTRODUCCIÓN

minado y descrito en 1874 por don Adolfo de Castro. Es obra insustancial, pero de bastante gracia y buen estilo, y no indigna de Cervantes. La atribución, empero, no es segura, y sólo descansa en lo afirmado por el editor de 1646. El entremés fué refundido por don Manuel de Foronda en 1881 (Madrid, Estrada).

Menor fundamento tienen las restantes atribuciones, de las que sólo mencionaremos las más importantes, porque, en esta materia, la conciencia de los cervantófilos, ahora tan escrupulosa y remilgada, ha sido en otros tiempos anchísima.

En 1863, don Aureliano Fernández-Guerra sostuvo la paternidad cervantina respecto de los dos entremeses: *La cárcel de Sevilla* y *El hospital de los podridos*.

Se fundaba el crítico andaluz en que, yendo impresos juntamente con el de *Los Habladores*, en la *Séptima parte* de Lope (1617), y perteneciendo el último a Cervantes (lo cual estaba por demostrar), *forzosamente y a toda luz* eran también de Cervantes los otros dos, pues el espíritu, el genio y el estilo son en todos los mismos. Como se ve, las *razones*, suponiendo que mereciesen este nombre, distaban mucho de ser convincentes.

Don José María Asensio, en 1867, y don Adolfo de Castro, en 1874, atribuyeron también a Cer-

vantes el *Entremés de los refranes*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Colombina, en el mismo códice que *Los Habladores*. No tuvieron otro fundamento para ello que la identidad (muy discutible) de estilo, rasgos, giro y distribución. Con tan deleznable base, don Adolfo de Castro (*Varias obras inéditas de Cervantes*; Madrid, 1874; página 11) se arrojó a escribir que el entremés de los refranes era obra indudablemente cervantina.

En el mismo libro donde esto asegura, Castro incluye los dos entremeses *de los mirones* y *de doña Fustina y Calahorra*, contenidos igualmente en el manuscrito colombino, y cervantinos también, a juicio del editor. El *de los mirones* le parece a Castro «evidentemente» de Cervantes, por la similitud del estilo con el de este último. Lo único probable, en verdad, es que pertenezca a algún buen ingenio sevillano. En cuanto al entremés *de doña Fustina y Calahorra*, Castro se limita a escribir que «parece obra de Cervantes, pero escrita en los últimos años». Asimismo, por razones de estilo, Castro atribuye a Cervantes el entremés *de los romances*, que considera como un bosquejo del carácter de don Quijote, y que apareció impreso en la *Parte tercera* de Lope de Vega y otros autores (Valencia, 1611?)

Sostener que la semejanza o diferencia de estilo nada representa para juzgar de la atribución de

INTRODUCCIÓN

las obras literarias, sería una completa insensatez. Afirmar que los datos estilísticos, científicamente recogidos, bastan para resolver el problema de si una determinada producción debe atribuirse a tal o cual autor, es también aventurado, porque en la obra literaria, además del estilo, hay lenguaje, ritmo, pensamiento y estructura, amén de otros elementos, todos los cuales deben entrar en cuenta. Para que filológicamente pudiera llegarse a algún resultado en este sentido, respecto de las obras cervantinas, sería preciso empezar por un escrupuloso trabajo de estadística lingüística, análogo al que han realizado, por ejemplo, respecto de Platón, Lewis Campbell, Dittenberger y Lutoslawski. Y ese trabajo apenas ha comenzado a hacerse en nuestros días.

*
* *

En el presente libro, cuyo proyecto y publicación se debe a la patriótica iniciativa de la Asociación de la Librería española, hemos reproducido los ocho entremeses auténticos, según la edición príncipe de 1615. Insertamos, como complemento, el *de los Habladores*, de dudosa autenticidad, tomando por base el manuscrito de la Colombina (del cual nos envió fotografía nuestro doctísimo amigo don Joaquín Hazañas y la Rúa), y anotando las variantes de la edición de 1617.

Para facilitar su lectura a todo género de personas, hemos modernizado la ortografía de los originales, salvo en aquellos contados casos en que las variaciones podían representar una evidente alteración de la fonética.

A. BONILLA Y SAN MARTÍN.

1

EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS

[1]

ENTREMÉS DEL JUEZ DE LOS DIVORCIOS

Sale EL JUEZ, y otros dos con él, que son ESCRIBANO y PROCURADOR, y siéntase en una silla; salen EL VEJETE y MARIANA, su mujer.

MAR. Aun bien que está ya el señor juez de los divorcios sentado en la silla de su audiencia. Desta vez tengo de quedar dentro o fuera; desta vegada tengo de quedar libre de pedido y alcabala, como el gavilán (1).

VEJ. Por amor de Dios, Mariana, que no almodonees (2) tanto tu negocio; habla paso, por la pasión que Dios pasó; mira que tienes atronada a toda la vecindad con tus gritos; y, pues tienes delante al señor juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

JUEZ. ¿Qué pendencia traéis, buena gente?

MAR. Señor, ¡divorcio, divorcio, y más divorcio, y otras mil veces divorcio!

JUEZ. ¿De quién, o por qué, señora?

MAR. ¿De quién? Deste viejo, que está presente.

JUEZ. ¿Por qué?

MAR. Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar contino atenta a curar todas sus enfermedades, que son sin número; y no me criaron a mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder desta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida; cuando entré en su poder, me relumbraba la cara como un espejo, y agora la tengo con una vara de frisa (3) encima. Vuesa merced, señor juez, me descase, si no quiere que me ahorque; mire, mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día, por verme casada con esta anotomía (4).

JUEZ. No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia.

MAR. Déjeme vuesa merced llorar, que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, o confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento (5), y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.

JUEZ. Si ese arbitrio se pudiera o debiera poner en práctica, y por dineros, ya se hubiera hecho; pero especificad más, señora, las ocasiones que os mueven a pedir divorcio.

MAR. El invierno de mi marido, y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme a media noche a calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle, ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo a un palo por justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta [la] cabecera de la cama, jarabes lenitivos, porque no se ahogue del pecho (6); y el estar obligada a sufrirle el mal olor de la boca, que le güele mal a tres tiros de arcabuz.

Esc. Debe de ser de alguna muela podrida.

VEJ. No puede ser, porque lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella.

PROC. Pues ley hay, que dice (según he oído decir) que por sólo el mal olor de la boca se puede desc[as]ar la mujer del marido, y el marido de la mujer (7).

VEJ. En verdad, señores, que el mal aliento que ella dice que tengo, no se engendra de mis podridas muelas, pues no las tengo, ni menos procede de mi estómago, que está sanísimo, sino desá mala intención de su pecho. Mal conocen vuestas mercedes a esta señora; pues a fe que, si la conociesen, que la ayunarían, o la santiguarían (8). Veinte y dos años ha que vivo con ella mártir, sin haber sido jamás confesor de sus insolencias, de sus voces y de sus fantasías, y ya va para dos años que cada día me va dando vaivenes y empujones hacia la sepultura, a cuyas voces me tiene medio sordo, y, a puro reñir, sin juicio. Si me

cura, como ella dice, cúrame a regañadientes; habiendo de ser suave la mano y la condición del médico. En resolución, señores, yo soy el que muero en su poder, y ella es la que vive en el mío, porque es señora, con mero mixto imperio (9), de la hacienda que tengo.

MAR. ¿Hacienda vuestra? y ¿qué hacienda tenéis vos, que no la hayáis ganado con la que llevastes en mi dote? Y son míos la mitad de los bienes gananciales, mal que os pese; y dellos y de la dote, si me muriese agora, no os dejaría valor de un maravedí, porque veáis el amor que os tengo (10).

JUEZ. Decid, señor: cuando entrastes en poder de vuestra mujer, ¿no entrastes gallardo, sano, y bien acondicionado?

VEJ. Ya he dicho que ha veinte y dos años que entré en su poder, como quien entra en el de un cómitre calabrés a remar en galeras de por fuerza, y entré tan sano, que podía decir y hacer como quien juega a las pintas (11).

MAR. Cedacico nuevo, tres días en esta-ca (12).

JUEZ. Callad, callad, nora en tal (13) mujer de bien, y andad con Dios; que yo no hallo causa para descasaros; y, pues comistes las maduras, gustad de las duras; que no está obligado ningún marido a tener (14) la velocidad y corrida del tiempo, que no pase por su puerta y por sus días; y descontad los malos que ahora os da, con los

buenos que os dió cuando pudo; y no repliquéis más palabra.

VEJ. Si fuese posible, recibiría gran merced que vuesa merced me la hiciese de despenarme, alzándome esta carcelería; porque, dejándome así, habiendo ya llegado a este rompimiento, será de nuevo entregarme al verdugo que me martirice; y si no, hagamos una cosa: enciérrese ella en un monesterio, y yo en otro; partamos la hacienda, y desta suerte podremos vivir en paz y en servicio de Dios lo que nos queda de la vida.

MAR. ¡Malos años! ¡Bonica soy yo para estar encerrada! No sino llegaos a la niña, que es amiga de redes, de tornos, rejas y escuchas; encerraos vos, que lo podréis llevar y sufrir, que, ni tenéis ojos con qué ver, ni oídos con qué oír, ni pies con qué andar, ni mano con qué tocar: que yo, que estoy sana, y con todos mis cinco sentidos cabales y vivos, quiero usar dellos a la descubierta, y no por brújula, como quínola dudosa (15).

Esc. Libre es la mujer.

PROC. Y prudente el marido; pero no puede más.

JUEZ. Pues yo no puedo hacer este divorcio, *quia nullam invenio causam*.

Entra UN SOLDADO bien aderezado, y su mujer
DOÑA GUIOMAR.

GUIOM. ¡Bendito sea Dios!, que se me ha cumplido el deseo que tenía de verme ante la presen-

cia de vuesa merced, a quien suplico, cuan enca-
recidamente puedo, sea servido de descasarme
déste.

JUEZ. ¿Qué cosa es *déste*? ¿No tiene otro nom-
bre? Bien fuera que dijéradés siquiera: «deste
hombre».

GUIOM. Si él fuera hombre, no procurara yo
descasarme.

JUEZ. Pues ¿qué es?

GUIOM. Un leño.

SOLD. [*Aparte.*] Por Dios, que he de ser leño
en callar y en sufrir. Quizá con no defenderme,
ni contradecir a esta mujer, el juez se inclinará a
condenarme; y, pensando que me castiga, me
sacará de cautiverio, como si por milagro se libra-
se un cautivo de las mazmorras de Tetuán.

PROC. Hablad más comedido, señora, y relatad
vuestro negocio, sin improprios de vuestro mari-
do, que el señor juez de los divorcios, que está
delante, mirará rectamente por vuestra justicia.

GUIOM. Pues ¿no quieren vuestas mercedes que
llame leño a una estatua, que no tiene más accio-
nes que un madero?

MAR. Ésta y yo nos quejamos sin duda de un
mismo agravio.

GUIOM. Digo, en fin, señor mío, que a mí me
casaron con este hombre, ya que quiere vuesa
merced que así lo llame, pero no es este hombre
con quien yo me casé.

JUEZ. ¿Cómo es eso?, que no os entiendo.

GUIOM. Quiero decir, que pensé que me casaba con un hombre moliente y corriente, y a pocos días hallé que me había casado con un leño, como tengo dicho; porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude a sustentar su casa y familia. Las mañanas se le pasan en oír misa y en estarse en la puerta de Guadalajara (16) murmurando, sabiendo nuevas, diciendo y escuchando mentiras; y las tardes, y aun las mañanas también, se va de casa en casa de juego, y allí sirve de número a los mirones, que, según he oído decir, es un género de gente a quien aborrecen en todo extremo los gariteros. A las dos de la tarde viene a comer, sin que le hayan dado un real de barato (17), porque ya no se usa el darlo; vuélvese a ir; vuelve a media noche; cena si lo halla; y si no, santiguase, bosteza, y acuéstase; y en toda la noche no sosiega, dando vueltas. Pregúntole qué tiene. Respóndeme que está haciendo un soneto en la memoria para un amigo que se le ha pedido; y da en ser poeta, como si fuese oficio con quien no estuviese vinculada la necesidad del mundo.

SOLD. Mi señora doña Guiomar, en todo cuanto ha dicho, no ha salido de los límites de la razón; y, si yo no la tuviera en lo que hago, como ella la tiene en lo que dice, ya había yo de haber procurado algún favor de palillos (18) de aquí o de allí, y procurar verme, como se ven otros hombreitos aguditos y bulliciosos, con una vara en las manos,

y sobre una mula de alquiler, pequeña, seca y maliciosa, sin mozo de mulas que le acompañe, porque las tales mulas nunca se alquilan sino a faltas y cuando están de nones (19); sus alforjitas a las ancas, en la una un cuello y una camisa, y en la otra su medio queso, y su pan y su bota; sin añadir a los vestidos que trae de rúa (20), para hacellos de camino, sino unas polainas y una sola espuela; y, con una comisión y aun comezón en el seno, sale por esa Puente Toledana raspahilando (21), a pesar de las malas mañas de la harona (22), y, a cabo de pocos días, envía a su casa algún pernil de tocino, y algunas varas de lienzo crudo; en fin, de aquellas cosas que valen baratas en los lugares del distrito de su comisión, y con esto sustenta su casa como el pecador mejor puede; pero yo, que, ni tengo oficio, [ni beneficio], no sé qué hacerme, porque no hay señor que quiera servirse de mí, porque soy casado; así que, me será forzoso suplicar a vuesa merced, señor juez, pues ya por pobres son tan enfadosos los hidalgos, y mi mujer lo pide, que nos divida y aparte.

GUOM. Y hay más en esto, señor juez; que, como yo veo que mi marido es tan para poco, y que padece necesidad, muérome por remedialle, pero no puedo, porque, en resolución, soy mujer de bien, y no tengo de hacer vileza.

SOLD. Por esto solo merecía ser querida esta mujer; pero, debajo deste pundonor, tiene encu-

bierta la más mala condición de la tierra; pide celos sin causa; grita sin por qué; presume sin hacienda; y, como me ve pobre, no me estima en el baile del rey Perico (23); y es lo peor, señor juez, que quiere que, a trueco de la fidelidad que me guarda, le sufra y disimule millares de millares de impertinencias y desabrimientos que tiene.

GUIOM. ¿Pues no? ¿Y por qué no me habéis vos de guardar a mí decoro y respeto, siendo tan buena como soy?

SOLD. Oid, señora doña Guiomar: aquí delante destos señores os quiero decir esto: ¿Por qué me hacéis cargo de que sois buena, estando vos obligada a serlo, por ser de tan buenos padres nacida, por ser cristiana, y por lo que debéis a vos misma? ¡Bueno es que quieran las mujeres que las respeten sus maridos porque son castas y honestas; como si en solo esto consistiese, de todo en todo, su perfección; y no echan de ver los desagaderos por donde desaguan la fineza de otras mil virtudes que les faltan! ¿Qué se me da a mí que seáis casta con vos misma, puesto que se me da mucho, si os descuidáis de que lo sea vuestra criada, y si andáis siempre rostrituerta, enojada, celosa, pensativa, manirrota, dormilona, perezosa, pendenciera, gruñidora, con otras insolencias deste jaez, que bastan a consumir las vidas de docientos maridos? Pero, con todo esto, digo, señor juez, que ninguna cosa destas tiene mi señora doña Guiomar; y confieso que yo soy el leño, el inhá-

bil, el dejado y el perezoso; y que, por ley de buen gobierno, aunque no sea por otra cosa, está vuesa merced obligado a descasarnos; que desde aquí digo que no tengo ninguna cosa que alegar contra lo que mi mujer ha dicho, y que doy el pleito por concluso, y holgaré de ser condenado.

GUIOM. ¿Qué hay que alegar contra lo que tengo dicho? Que no me dáis de comer a mí, ni a vuestra criada, y monta que no son muchas, sino una, y aun esa sietemesina (24), que no come por un grillo.

Esc. Sosiéguese; que vienen nuevos demandantes.

Entra uno vestido de médico, y es CIRUJANO; y ALDONZA DE MINJACA, su mujer.

CIR. Por cuatro causas bien bastantes, vengo a pedir a vuesa merced, señor juez, haga divorcio entre mí y la señora Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente.

JUEZ. Resoluto venís; decid las cuatro causas.

CIR. La primera, porque no la puedo ver más que a todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no me lleven los demonios, cuando desta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

PROC. Bastantísimamente ha probado su intención.

MINJ. Señor juez, vuesa merced me oiga, y advierta que, si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas (25). La primera, porque, cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fuí engañada cuando con él me casé; porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va a decir desto a médico, la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que, como no le puedo ver, querría estar apartada dél dos millones de leguas.

ESC. ¿Quién diablos acertará a concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?

MINJ. La quinta...

JUEZ. Señora, señora, si pensáis decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escuchallas, ni hay lugar para ello; vuestro negocio se recibe a prueba, y andad con Dios; que hay otros negocios que despachar.

CIR. ¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?

JUEZ. Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.

Entra uno vestido de GANAPÁN, con su caperuza cuarteada.

GAN. Señor juez: ganapán soy, no lo niego,

pero cristiano viejo (26), y hombre de bien a las derechas; y, si no fuese que alguna vez me tomo del vino, o él me toma a mí, que es lo más cierto, ya hubiera sido prioste en la cofradía de los hermanos de la carga (27); pero, dejando esto aparte, porque hay mucho que decir en ello, quiero que sepa el señor juez, que, estando una vez muy enfermo de los vaguidos de Baco, prometí de casarme con una mujer errada: volví en mí, sané, y cumplí la promesa, y caséme con una mujer que saqué de pecado; púsela a ser placera (28); ha salido tan soberbia y de tan mala condición, que nadie llega a su tabla con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan a la fruta, y a dos por tres les da con una pesa en la cabeza, o adonde topa, y los deshonra hasta la cuarta generación, sin tener hora de paz con todas sus vecinas ya parleras (29), y yo tengo de tener todo el día la espada más lista que un sacabuche (30), para defendella; y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros, ni de condenaciones de penencias. Querría, si vuesa merced fuese servido, o que me apartase della, o por lo menos le mudase la condición acelerada que tiene, en otra más reportada y más blanda; y prométole a vuesa merced de descargalle de balde todo el carbón que comprare este verano; que puedo mucho con los hermanos mercaderes de la costilla.

CIR. (31) Ya conozco yo a la mujer deste buen

hombre, y es tan mala como mi Aldonza; que no lo puedo más encarecer.

JUEZ. Mirad, señores: aunque, algunos de los que aquí estáis, habéis dado algunas causas que traen aparejada sentencia de divorcio, con todo eso, es menester que conste por escrito, y que lo digan testigos; y así, a todos os recibo a prueba. Pero ¿qué es esto? ¿Música y guitarras en mi audiencia? ¡Novedad grande es esta!

Entran dos músicos.

Mús. Señor juez, aquellos dos casados tan desavenidos, que vuesa merced concertó, redujo y apaciguó el otro día, están esperando a vuesa merced con una gran fiesta en su casa; y por nosotros le envían a suplicar sea servido de hallarse en ella y honrarlos.

JUEZ. Eso haré yo de muy buena gana, y pluguiese a Dios que todos los presentes se apaciguasen como ellos.

Proc. Desamano, moriríamos de hambre los escribanos y procuradores desta audiencia; que no, no, sino todo el mundo ponga demandas de divorcios; que al cabo, al cabo, los más se quedan como se estaban, y nosotros habemos gozado del fruto de sus pendencias y necedades.

Mús. Pues en verdad que desde aquí hemos de ir regocijando la fiesta.

Cantan los músicos.

Entre casados de honor,
cuando hay pleito descubierto,
*más vale el peor concierto,
que no el divorcio mejor* (32).

Donde no ciega el engaño
simple, en que algunos están,
las riñas de por San Juan,
son paz para todo el año (33).

Resucita allí el honor,
y el gusto, que estaba muerto,
*donde vale el peor concierto
más que el divorcio mejor.*

Aunque la rabia de celos
es tan fuerte y rigurosa,
si los pide una hermosa,
no son celos, sino cielos.

Tiene esta opinión Amor,
que es el sabio más experto:
*que vale el peor concierto
más que el divorcio mejor.*

II

EL RUFIÓN VIUDO

[II]

ENTREMÉS DEL
RUFIÓN VIUDO,
LLAMADO TRAMPAGOS

Sale TRAMPAGOS con un capuz de luto (34), y con él,
VADEMECUM, su criado, con dos espadas de esgrima.

TRAMP. ¿Vademecum?

VAD. ¿Señor?

TRAMP. ¿Traes las morenas? (35)

VAD. Tráígoles.

TRAMP. Está bien: muestra y camina,
Y saca aquí la silla de respaldo,
Con los otros asientos de por casa.

VAD. ¿Qué asientos? ¿Hay alguno por ventura?

TRAMP. Saca el mortero puerco, el broquel saca,
Y el banco de la cama.

VAD. Está impedido;

Fáltale un pie.

TRAMP. ¿Y es tacha?

VAD. ¡Y no pequeña!

Entrase Vademecum.

TRAMP. ¡Ah Periconá, Periconá mía,
Y aun de todo el concejo! En fin, llegóse
El tuyo: yo quedé, tú te has partido,
Y es lo peor que no imagino adónde,
Aunque, según fué el curso de tu vida,
Bien se puede creer piadosamente
Que estás en parte... aun no me determino
De señalarte asiento en la otra vida.
Tendréla yo, sin ti, como de muerte.
¡Que no me hallara yo a tu cabecera
Cuando diste el espíritu a los aires,
Para que le acogiera entre mis labios,
Y en mi estómago limpio le envasara!
¡Miseria humana! ¿Quién de ti confía?
Ayer fuí Periconá, hoy tierra fría (36),
Como dijo un poeta celebrísimo.

Entra *CHQUIZNAQUE* (37), rufián.

CHIQ. Mi so Trampagos, ¿es posible sea
Voacé (38) tan enemigo suyo,
Que se entumbe, se encubra, y se trasponga
Debajo desa sombra bayetuna
El sol hampesco? So Trampagos, basta
Tanto gemir, tantos suspiros bastan;
Trueque vcacé las lágrimas corrientes
En limosnas y en misas y oraciones
Por la gran Periconá, que Dios haya;
Que importan más que llantos y sollozos.

EL RUFÍAN VIUDO

TRAMP. Voacé ha garlado (39) como un tólogo,
Mi señor Chiquiznaque; pero, en tanto
Que encarrilo mis cosas de otro modo,
Tome vuesa merced, y platiquemos
Una levada (40) nueva.

CHIQ. So Trampagos,
No es este tiempo de levadas: llueven,
O han de llover hoy pésames adunia (41),
Y ¿hémonos de ocupar en levadicas?

Entra Vademecum con la silla, muy vieja y rota

VAD. ¡Bueno, por vida mial Quien le quita
A mi señor de líneas y posturas,
Le quita de los días de la vida.

TRAMP. Vuelve por el mortero y por el banco,
Y el broquel no se olvide, Vademecum.

VAD. Y aun trairé el asador, sartén y platos.

Vuélvese a entrar.

TRAMP. Después platicaremos una treta,
Única, a lo que creo, y peregrina;
Que el dolor de la muerte de mi ángel,
Las manos ata y el sentido todo.

CHIQ. ¿De qué edad acabó la mal lograda?

TRAMP. Para con sus amigas y vecinas,
Treinta y dos años tuvo.

CHIQ. ¡Edad lozana!

TRAMP. Si va a decir verdad, ella tenía

Cincuenta y seis; pero, de tal manera
 Supo encubrir los años, que me admiro.
 ¡Oh qué teñir de canas! ¡Oh qué rizos,
 Vueltos de plata en oro los cabellos!
 A seis del mes que viene hará quince años
 Que fué mi tributaria, sin que en ellos
 Me pusiese en pendencia ni en peligro
 De verme palmeadas las espaldas.
 Quince cuaresmas, si en la cuenta acierto,
 Pasaron por la pobre desde el día
 Que fué mi cara, agradecida prenda,
 En las cuales sin duda susurraron
 A sus oídos treinta y más sermones, (42)
 Y en todos ellos, por respeto mío,
 Estuvo firme, cual está a las olas
 Del mar movible la inmovible roca.
 ¡Cuántas veces me dijo la pobreta,
 Saliendo de los trances rigurosos
 De gritos y plegarias y de ruegos,
 Sudando y trasudando: «¡Plega al cielo,
 Trampagos mío, que en descuento vaya
 De mis pecados lo que aquí yo paso
 Por ti, dulce bien mío!»

CHIQ. ¡Bravo triunfol
 ¡Ejemplo raro de inmortal firmeza!
 ¡Allá lo habrá hallado!

TRAMP. ¿Quién lo duda?
 Ni aun una sola lágrima vertieron
 Jamás sus ojos en las sacras pláticas,
 Cual si de esparto (43) o pedernal su alma

Formada fuera.

CHIQ. ¡Oh hembra, benemérita
De griegas y romanas alabanzas!
¿De qué murió?

TRAMP. ¿De qué? Casi de nada:
Los médicos dijeron que tenía
Malos los hipocondrios y los hígados,
Y que con agua de taray (44) pudiera
Vivir, si la bebiera setenta años.

CHIQ. ¿No la bebió?

TRAMP. Murióse.

CHIQ. Fué una necia.
¡Bebiérala hasta el día del juicio,
Que hasta entonces viviera! El yerro estuvo
En no hacerla sudar.

TRAMP. Sudó (45) once veces.

Entra VADEMECUM (46) con los asientos referidos.

CHIQ. ¿Y aprovechóle alguna?

TRAMP. Casi todas:
Siempre quedaba como un ginjo (47) verde,
Sana como un peruétano (48) o manzana.

CHIQ. Dícenme que tenía ciertas fuentes
En las piernas y brazos.

TRAMP. La sin dicha
Era un Aranjuéz; pero, con todo,
Hoy come en ella, la que llaman tierra,
De las más blancas y hermosas carnes
Que jamás encerraron sus entrañas;

Y, si no fuera porque habrá dos años
Que comenzó a dañársele el aliento,
Era abrazarla, como quien abraza
Un tiesto de albahaca o clavellinas.

CHIQ. Neguijón debió ser, o corrimiento,
El que dañó las perlas de su boca,
Quiero decir, sus dientes y sus muelas.

TRAMP. Una mañana amaneció sin ellos.

VAD. Así es verdad; mas fué deso la causa
Que anocheció sin ellos; de los finos,
Cinco acerté a contarle; de los falsos,
Doce disimulaba en la covacha.

TRAMP. ¿Quién te mete a ti en esto, mentecato?

VAD. Acredito verdades.

TRAMP. Chiquiznaque,
Ya se me ha reducido a la memoria
La treta de denantes; toma, y vuelve
Al ademán primero.

VAD. Pongan pausa,
Y quédese la treta en ese punto;
Que acuden moscovitas al reclamo (49).
La Repulida viene y la Pizpita,
Y la Mostrenca, y el jayán (50) Juan Claros.

TRAMP. Vengan en hora buena: vengan ellos
En cien mil norabuenas.

Entran LA REPULIDA, LA PIZPITA, LA MOSTRENCA,
y el rufián JUAN CLAROS.

JUAN. En las mismas
Esté mi sor Trampagos.

EL RUFIÓN VIUDO

- REP. Quiera el cielo
Mudar su escuridad en luz clarísima.
- PIZP. Desollado le vieses ya mis lumbres
De aquel pellejo lóbrego y oscuro.
- MOST. ¡Jesús, y qué fantasma noturninal!
Quítenmele delante.
- VAD. ¿Melindricos?
- TRAMP. Fuera yo un Polifemo, un antropófago,
Un troglodita, un bárbaro Zoílo,
Un caimán, un caribe, un come-vivos,
Si de otra suerte me adornara en tiempo
De tamaña desgracia.
- JUAN. Razón tiene.
- TRAMP. ¡He perdido una mina potosisca,
Un muro de la hiedra de mis faltas,
Un árbol de la sombra de mis ansias!
- JUAN. Era la Periconá un pozo de oro.
- TRAMP. Sentarse a prima noche, y, a las horas [ta
Que se echa el golpe (51), hallarse con sesen-
Númos (52) en cuartos, ¿por ventura es ba-
[rro?
- REP. Pues todo esto perdí en la que ya pudre.
Confieso mi pecado; siempre tuve
Envidia a su no vista diligencia.
No puedo más; yo hago lo que puedo,
Pero no lo que quiero.
- PIZP. No te penes,
Pues vale más aquel que Dios ayuda,
Que el que mucho madruga: ya me entien-
- VAD. El refrán vino aquí como de molde; [des.

- ¡Tal os dé Dios el sueño, mentecatas!
- Most. Nacidas somos; no hizo Dios a nadie
A quien desamparase. Poco valgo;
Pero, en fin, como y ceno, y a mi cuyo (53)
Le traigo más vestido que un palmito (54).
Ninguna es fea, como tenga bríos;
Feo es el diablo.
- VAD. Alega la Mostrenca
Muy bien de su derecho, y alegara
Mejor, si se añadiera el ser muchacha
Y limpia, pues lo es por todo extremo.
- CHIQ. En el que está Trampagos me da lástima.
- TRAMP. Vestíme este capuz: mis dos lanternas
Convertí en alquitaras.
- VAD. ¿De aguardiente?
- TRAMP. Pues ¿tanto cielo yo, hi de malicias?
- VAD. A cuatro lavanderas de la puente
Puede dar quince y falta en la colambre;
Miren qué ha de llorar, sino agua-ardiente.
- JUAN. Yo soy de parecer que el gran Trampagos
Ponga silencio a su contino llanto,
Y vuelva al *sicut erat in principio*,
Digo a sus olvidadas alegrías;
Y tome prenda que las tuyas quite,
Que es bien que el vivo vaya a la hogaza,
Como el muerto se va a la sepultura.
- REP. Zonzorino (55) Catón es Chiquiznaque.
- PIZP. Pequeña soy, Trampagos, pero grande
Tengo la voluntad para servirte;
No tengo cuyo, y tengo ochenta cobas (56).

EL RUFÍAN VIUDO

REP. Yo ciento, y soy dispuesta y nada lerda.

MOST. Veinte y dos tengo yo, y aun venticuatro,
Y no soy mema.

REP. ¡Oh mi Jezúz! ¿Qué es esto?

¿Contra mí la Pizpita y la Mostrenca?

¿En tela (57) quieres competir conmigo,
Culebrilla de alambre, y tú, pazguata?

PIZP. Por vida de los huesos de mi abuela,
Doña Mari-Bobales, monda-níspolas, (58)

Que no la estimo en un feluz (59) morisco.

¡Han visto el ángel tonto almidonado,
Cómo quiere empinarse sobre todas!

MOST. Sobre mí no, a lo menos, que no sufro
Carga que no me ajuste y me convenga.

JUAN. Adviertan que defiende a la Pizpita.

CHIQ. Consideren que está la Repulida
Debajo de las alas de mi amparo.

VAD. Aquí fué Troya, aquí se hacen rajas;
Los de las cachas amarillas (60) salen;
Aquí, otra vez, fué Troya.

REP. Chiquiznaque,
No he menester que nadie me defienda;
Aparta, tomaré yo la venganza,
Rasgando con mis manos pecadoras
La cara de membrillo cuartanario.

JUAN. ¡Repulida, respeto al gran Juan Claros!

PIZP. Déjala, venga: déjala que llegue
Esa cara de masa mal sobada.

Entra UNO muy alborotado.

UNO. Juan Claros, ¡la justicia, la justicia!
El alguacil de la justicia viene
La calle abajo.

Entrase luego.

JUAN. ¡Cuerpo de mi padre!
¡No paro más aquí!

TRAMP. Ténganse todos:
Ninguno se alborote: que es mi amigo
El alguacil; no hay que tenerle miedo.

Torna a entrar.

UNO. No viene acá, la calle abajo cuela. (Vase).

CHIQ. El alma me temblaba ya en las carnes,
Porque estoy desterrado.

TRAMP. Aunque viniera,
No nos hiciera mal, yo lo sé cierto;
Que no puede chillar, porque está untado (61).

VAD. Cese, pues, la pendencia, y mi sor sea
El que escoja la prenda que le cuadre
O le esquine (62) mejor.

REP. Yo soy contenta.

PIZP. Y yo también.

MOST. Y yo.

VAD. Gracias al cielo
Que he hallado a tan gran mal, tan gran

TRAMP. Abúrrome, y escojo. [remedio.

MOST. Dios te guíe.

REP. Si te aburres, Trampagos, la escogida

También será aburrida.

TRAMP. Errado anduve;
Sin aburrirme escojo.

MOST. Dios te guíe.

[TRAMP.] Digo que escojo aquí a la Repulida.

JUAN. Con su pan se la coma, Chiquiznaque.

CHIQ. Y aun sin pan, que es sabrosa en cual-
[quier modo.

REP. Tuya soy: pónme un clavo y una S (63)
En estas dos mejillas.

PIZP. ¡Oh hechiceral

MOST. No es sino venturosa: no la envidies,
Porque no es muy católico Trampagos,
Pues ayer enterró a la Periconá,
Y hoy la tiene olvidada.

REP. Muy bien dices.

TRAMP. Este capuz arruga, Vademecum,
Y dile al padre (64), que sobre él te preste
Una docena de reales.

VAD. Creo

Que tengo yo catorce.

TRAMP. Luego, luego,
Parte, y trae seis azumbres de lo caro.
Alas pon en los pies.

VAD. Y en las espaldas.

Entrase Vademecum (65) con el capuz, y queda en cuerpo
Trampagos.

TRAMP. ¡Por Dios, que si durara la bayeta,
Que me pudieran enterrar mañana!

REP. ¡Ay lumbre destas lumbres, que son tuyas,
Y cuán mejor estás en este traje,
Que en el otro sombrío y malencónico!

Entran dos músicos, sin guitarras.

MÚS. I.º Tras el olor del jarro nos venimos
Yo y mi compadre.

TRAMP. En hora buena sea;
¿Y las guitarras?

MÚS. I.º En la tienda quedan;
Vaya por ellas Vademecum.

MÚS. 2.º Vaya:
Mas yo quiero ir por ellas.

MÚS. I.º De camino.

Entrase el un músico.

Diga a mi oislo (66) que, si viene alguno
Al *rapiorapis* (67), que me aguarde un poco;
Que no haré sino colar seis tragos,
Y cantar dos tonadas y partirme;
Que ya el señor Trampagos, según muestra,
Está para tomar armas de gusto.

Vuelve VADEMECUM.

VAD. Ya está en el antesala el jarro.

TRAMP. Traile.

VAD. No tengo taza.

TRAMP. Ni Dios te la depare (68).

EL RUFIÓN VIUDO

El cuerno de orinar no está estrenado (69);
Tráele, que te maldiga el cielo santo;
Que eres bastante a deshonnar un duque.

VAD. Sosiéguese; que no ha de faltar copa,
Y aun copas, aunque sean de sombreros.
[Aparte] Abuen seguro que éste es churrullero (70).

Entra UNO, como cautivo, con una cadena al hombro,
y pónese a mirar a todos muy atento, y todos a él.

REP. ¡Jesús! ¿es visión ésta? ¿qué es aquésto?
¿No es éste Escarramán? (71) Él es sin
[duda.—

¡Escarramán del alma, dame, amores,
Esos brazos, coluna de la hampa!

TRAMP. ¡Oh Escarramán, Escarramán amigo!
¿Cómo es esto? ¿A dicha eres estatua?
Rompe el silencio y habla a tus amigos.

PIZP. ¿Qué traje es éste y qué cadena es ésta?
¿Eres fantasma a dicha? Yo te toco,
Y eres de carne y hueso.

Most. Él es, amiga;
No lo puede negar, aunque más calle.

Esc. Yo soy Escarramán, y estén atentos
Al cuento breve de mi larga historia.

Vuelve EL BARBERO con dos guitarras, y da la una
al compañero.

Dió la galera al traste en Berbería,
Donde la furia de un juéz me puso

Por espalder (72) de la siniestra banda;
 Mudé de cautiverio y de ventura;
 Quedé en poder de turcos por esclavo;
 De allí a dos meses, como el cielo plugo,
 Me levanté con una galeota;
 Cobré mi libertad, y ya soy mío.
 Hice voto y promesa inviolable
 De no mudar de ropa ni de carga
 Hasta colgarla de los muros santos
 De una devota ermita, que en mi tierra
 Lllaman de San Millán de la Cogolla;
 Y este es el cuento de mi estraña historia;
 Digna de atesorarla en mi (73) memoria.
 La Mendez (74) no estará ya de provecho,
 ¿Vive?

JUAN. Y está en Granada a sus anchuras.

CHIQ. ¡Allí le duele al pobre todavía!

Esc. ¿Qué se ha dicho de mí en aqueste mundo,
 En tanto que en el otro me han tenido
 Mis desgracias y gracia?

Most. Cien mil cosas (75):
 Ya te han puesto en la horca los farsan-
 [tes (76).

PIZP. Los muchachos han hecho pepitoria
 De todas tus medulas (77) y tus huesos.

REP. Hante vuelto divino; ¿qué más quieres?

CHIQ. Cántante por las plazas, por las calles;
 Báilante en los teatros y en las casas;
 Has dado que hacer a los poetas,
 Más que dió Troya al mantuano Títro.

EL RUFÍAN VIUDO

- JUAN. Óyente resonar en los establos.
REP. Las fregonas te alaban (78) en el río;
Los mozos de caballos te almohazan.
CHIQ. Túndete el tundidor con sus tijeras; [so.
Muy más que el potro rucio (79) eres famo-
MOST. Han pasado a las Indias tus palmeos (80),
En Roma se han sentido tus desgracias,
Y hante dado botines *sine numero*.
VAD. Por Dios que te han molido como alhe-
ña (81),
Y te han desmenuzado como flores,
Y que eres más sonado y más mocoso
Que un reloj y que un niño de dotrina.
De tí han dado querella todos cuantos
Bailes pasaron en la edad del gusto,
Con apretada y dura residencia;
Pero llevóse el tuyo la excelencia.
Esc. Tenga yo fama, y hágame pedazos;
De Efeso el templo abrasaré por ella.

Tocan de improviso los músicos, y comienzan a cantar
este romance:

- «Ya salió de las gurapas (82)
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura (83),
Y para bien de su mal.»
Esc. ¿Es aquesto brindarme por ventura?
¿Piensan se me ha olvidado el regodeo?
Pues más ligero vengo que solía;

- Si no, toquen, y vaya, y fuera ropa (84).
 PIZP. ¡Oh flor y fruto de los bailarines!
 Y ¡qué bueno has quedado!
 VAD. Suelto y limpio.
 JUAN. Él honrará las bodas de Trampagos.
 ESC. Toquen; verán que soy hecho de azogue.
 MÚS. Váyanse todos por lo que cantare,
 Y no será posible que se yerren.
 ESC. Toquen; que me deshago y que me bullo.
 REP. Ya me muero por verle en la estacada.
 MÚS. Estén alerta todos.
 CHIQ. Ya lo estamos.

Cantan.

«Ya salió de las gurapas
 El valiente Escarramán,
 Para asombro de la gura,
 Y para bien de su mal.
 Ya vuelve a mostrar al mundo
 Su felice habilidad,
 Su ligereza y su brío,
 Y su presencia real.
 Pues falta la Coscolina,
 Supla agora en su lugar
 La Repulida, olorosa
 Más que la flor de azahar,
 Y, en tanto que se remonda
 La Pizpita sin igual,
 De la gallarda (85) el paseo
 Nos muestre aquí Escarramán.

EL RUFÍAN VIUDO

Tocan la gallarda, dánzala Escarramán, que le ha de hacer
el bailarín, y, en habiendo hecho una mudanza, prosíguese
el romance.

La Repulida comience,
Con su brío, a rastrear (86),
Pues ella fué la primera
Que nos le vino a mostrar.
Escarramán la acompañe,
La Pizpita otro que tal,
Chiquiznaque y la Mostrenca,
Con Juan Claros el galán.
¡Vive Dios que va de perlas!
No se puede desear
Más ligereza o más garbo,
Más certeza o más compás.
¡A ello, hijos, a ello!
No se pueden alabar
Otras ninfas, ni otros rufos,
Que nos pueden igualar.
¡Oh, qué desmayar de manos!
¡Oh, qué huir y qué juntar!
¡Oh, qué nuevos laberintos,
Donde hay salir y hay entrar!
Muden el baile a su gusto,
Que yo le sabré tocar:
El canario, o las gambetas,
O *Al villano se lo dan*,
Zarabanda, o zambapalo,
El *Pésame dello* y más;

El rey don Alonso el Bueno,
Gloria de la antigüedad.» (87)

Esc. El canario, si le tocan,
A solas quiero bailar.

Mús. Tocaréle yo de plata;
Tú de oro le bailarás.

Toca el canario, y baila solo Escarramán; y, en habiéndole
bailado, diga:

Esc. Vaya *El villano* a lo burdo,
Con la cebolla y el pan,
Y acompañenme los tres.

Mús. Que te bendiga San Juan.

Bailan el villano, como bien saben y, acabado el villano, pida
Escarramán el baile que quisiere, y, acabado, diga Trampagos:

TRAMP. Mis bodas se han celebrado
Mejor que las de Roldán.
Todos digan, como digo:
¡Viva, viva Escarramán!

Todos. ¡Viva, viva!

III

LA ELECCIÓN DE LOS
ALCALDES DE DAGANZO

[III]

ENTREMÉS DE
LA ELECCIÓN DE LOS
ALCALDES DE DAGANZO

Salen EL BACHILLER PESUÑA; PEDRO ESTORNUDO,
escribano; PANDURO, regidor, y ALONSO ALGARROBA,
regidor.

PAND. Rellánense; que todo saldrá a cuajo,
Si es que lo quiere el cielo benditísimo.

ALGAR. Mas echémoslo a doce, y no se venda (89).

[PAND.] Paz, que no será mucho que salgamos
Bien del negocio, si lo quiere el cielo.

[ALGAR.] Que quiera, o que no quiera, es lo que im-
[porta.

PAND. ¡Algarroba, la lengua se os deslacial
Habrad acomedido y de buen rejo (90),
Que no me suenan bien esas palabras:
«Quiera o no quiera el cielo»; por San Jun-
Que, como presomís de resabido, [co (91),
Os arrojáis a trochemoche en todo.

ALGAR. Cristiano viejo soy a todo ruedo (92),

Y creo en Dios a pies juntillas.

BACH. Bueno;

No hay más que desear.

ALGAR. Y, si por suerte,

Hablé mal, yo confieso que soy ganso,

Y doy lo dicho por no dicho.

ESC. Basta;

No quiere Dios, del pecador más malo,

Sino que viva y se arrepienta.

ALGAR. Digo

Que vivo y me arrepiento, y que conozco

Que el cielo puede hacer lo que él quisiere,

Sin que nadie le pueda ir a la mano,

Especial cuando llueve.

PAND. De las nubes,

Algarroba, cae el agua, no del cielo.

ALGAR. ¡Cuerpo del mundo! si es que aquí venimos

A reprochar los unos a los otros,

Díganmoslo; que a fe que no le falten

Reproches a Algarroba a cada paso.

BACH. *Redeamus ad rem*, señor Panduro

Y señor Algarroba; no se pase

El tiempo en niñerías escusadas.

¡Juntámonos aquí para disputas

Impertinentes? ¡Bravo caso es este,

Que siempre que Panduro y Algarroba

Están juntos, al punto se levantan

Entre ellos mil borrascas y tormentas

De mil contradictorias intenciones!

ESC. El señor bachiller Pesuña tiene

Demasiada razón; véngase al punto,
Y mírese qué alcaldes nombraremos
Para el año que viene, que sean tales,
Que no los pueda calumniar Toledo,
Sino que los confirme y dé por buenos,
Pues para esto ha sido nuestra junta.

PAND. De las varas hay cuatro pretendientes:
Juan Berrocal, Francisco de Humillos,
Miguel Jarrete, y Pedro de la Rana;
Hombres todos de chapa (93) y de caletre,
Que pueden gobernar, no que a Dagan-
Sino a la misma Roma. [zo (94),

ALGAR. A Romanillos.

ESC. ¿Hay otro apuntamiento? ¡Por san Pito (95),
Que me salga del corrol!

ALGAR. Bien parece
Que se llama Estornudo el escribano,
Que así se le encarama y sube el humo.
Sosiéguese, que yo no diré nada.

PAND. ¿Hallarse han por ventura en todo el sorbe?

ALGAR. ¿Qué es *sorbe*, sorbe-huevos? Orbe diga
El discreto Panduro, y serle ha sano.

PAND. Digo que en todo el mundo no es posible
Que se hallen cuatro ingenios como aquies-
De nuestros pretendientes. [tos

ALGAR. Por lo menos,
Yo sé que Berrocal tiene el más lindo
Distinto (96).

ESC. ¿Para qué?

ALGAR. Para ser sacre (97)

En esto de mojón (98) y cata-vinos.
 En mi casa probó los días pasados
 Una tinaja, y dijo que sabía
 El claro vino a palo, a cuero y hierro:
 Acabó la tinaja su camino,
 Y hallóse en el asiento della un palo
 Pequeño, y dél pendía una correa
 De cordobán y una pequeña llave (99).

Esc. ¡Oh rara habilidad! ¡Oh raro ingenio!
 Bien puede gobernar, el que tal sabe,
 A Alanis y a Cazalla, y a una Esquivias (100).

ALGAR. Miguel Jarrete es águila.

BACH. ¿En qué modo?

ALGAR. En tirar con un arco de bodoques (101).

BACH. ¿Qué, tan certero es?

ALGAR. Es de manera,
 Que, si no fuese porque los más tiros
 Se da en la mano izquierda, no habría pá-
 En todo este contorno. [jaro

BACH. ¡Para alcalde

Es rara habilidad, y necesaria!

ALGAR. ¿Qué diré de Francisco de Humillos?

Un zapato remienda como un sastre.

Pues ¿Pedro de la Rana? no hay memoria
 Que a la suya se iguale; en ella tiene
 Del antiguo y famoso perro de Alba
 Todas las coplas (102), sin que letra falte.

PAND. Este lleva mi voto.

Esc. Y aun el mío.

ALGAR. A Berrocal me atengo.

BACH. Yo a ninguno,
Si es que no dan más pruebas de su ingenio,
A la jurisprudencia encaminadas.

ALGAR. Yo daré un buen remedio, y es aqueste:
Hagan entrar los cuatro pretendientes,
Y el señor bachiller Pesuña puede
Examinarlos, pues del arte sabe,
Y, conforme a su ciencia, así veremos
Quién podrá ser nombrado para el cargo.

ESC. ¡Vive Dios, que es rarísima advertencia!

PAND. Aviso es, que podrá servir de arbitrio
Para su Jamestad; que, como en corte
Hay potra-médicos, haya potra-alcaldes.

ALGAR. *Prota* (103), señor Panduro; que no potra.

PAND. Como vos no hay friscal (104) en todo el

ALGAR. ¡*Fiscal*, pese a mis males! [mundo.

ESC. ¡Por Dios santo
Que es Algarroba impertinente!

ALGAR. Digo
Que, pues se hace examen de barberos,
De herradores, de sastres, y se hace
De cirujanos y otras zarandajas,
También se examinasen para alcaldes,
Y, al que se hallase suficiente y hábil
Para tal menester, que se le diese
Carta de examen, con la cual podría
El tal examinado remediarse;
Porque de lata en una blanca caja
La carta acomodando merecida,
A tal pueblo podrá llegar el pobre,

Que le pesen a oro; que hay hogaño
Carestía de alcaldes de caletre
En lugares pequeños casi siempre.

BACH. Ello está muy bien dicho y bien pensado:
Llamen a Berrocal, entre, y veamos
Dónde llega la raya de su ingenio.

ALGAR. Humillos, Rana, Berrocal, Jarrete,
Los cuatro pretensores, se han entrado.

Entran estos cuatro labradores.

Ya los tienes presentes.

BACH. Bien venidos
Sean vuestras mercedes.

BERR. Bien hallados
Vuestras mercedes sean.

PAND. Acomódense.
Que asientos sobran.

HUM. ¡Siéntome, y me sientol

JARR. Todos nos sentaremos, Dios loado.

RANA. ¿De qué os sentís, Humillos?

HUM. De que vaya

Tan a la larga nuestro nombramiento.
¡Hémoslo de comprar a gallipavos,
A cántaros de arropo y a abiervadas (105),
Y botas de lo añejo (106) tan crecidas,
Que se arremetan a ser cueros? Díganlo,
Y pondráse remedio y diligencia.

BACH. No hay sobornos aquí, todos estamos
De un común parecer, y es, que el que fuere

Más hábil para alcalde, ese se tenga
Por escogido y por llamado.

RANA. Bueno;

Yo me contento.

BERR. Y yo.

BACH. Mucho en buen hora.

HUM. También yo me contento.

JARR. Dello gusto.

BACH. Vaya de examen, pues.

HUM. De examen venga.

BACH. ¿Sabéis leer, Humillos?

HUM. No, por cierto,

Ni tal se probará que en mi linaje
Haya persona tan de poco asiento,
Que se ponga a aprender esas quimeras
Que llevan a los hombres al brasero,
Y a las mujeres a la casa llana (107).
Leer no sé, mas sé otras cosas tales,
Que llevan al leer ventajas muchas.

BACH. Y ¿cuáles cosas son?

HUM. Sé de memoria

Todas cuatro oraciones, y las rezo
Cada semana cuatro y cinco veces.

RANA. Y ¿con eso pensáis de ser alcalde?

HUM. Con esto, y con ser yo cristiano viejo,
Me atrevo a ser un senador romano.

BACH. Está muy bien. Jarrete diga agora
Qué es lo que sabe.

JARR. Yo, señor Pesuña,

Sé leer, aunque poco; deletreo,

Y ado en el *be-a-ba* bien ha tres meses,
Y en cinco más daré con ello a un cabo;
Y, además desta ciencia que ya aprendo,
Sé calzar un arado bravamente,
Y herrar, casi en tres horas, cuatro pares
De novillos briosos y cerreros (108);
Soy sano de mis miembros, y no tengo
Sordez ni cataratas, tos ni reumas;
Y soy cristiano viejo como todos,
Y tiro con un arco como un Tulio.

ALGAR. ¡Raras habilidades para alcalde,
Necesarias y muchas!

BACH. Adelante.

¿Qué sabe Berrocal?

BERR. Tengo en la lengua
Toda mi habilidad, y en la garganta;
No hay mojón en el mundo que me llegue;
Sesenta y seis sabores estampados
Tengo en el paladar, todos vináticos.

ALGAR. Y ¿quiere ser alcalde?

BERR. Y lo requiero;
Pues, cuando estoy armado a lo de Baco,
Así se me aderezan los sentidos,
Que me parece a mí que en aquel punto
Podría prestar leyes a Licurgo
Y limpiarme con Bártulo.

PAND. ¡Pasito;
Que estamos en concejo!

BERR. No soy nada
Melindroso ni puerco; sólo digo

Que no se me malogre mi justicia,
Que echaré el bodegón por la ventana.

BACH. ¿Amenazas aquí? Por vida mía,
Mi señor Berrocal, que valen poco.
¿Qué sabe Pedro Rana?

RANA. Como Rana,
Habré de cantar mal; pero, con todo,
Diré mi condición, y no mi ingenio.
Yo, señores, si acaso fuese alcalde,
Mi vara no sería tan delgada
Como las que se usan de ordinario:
De una encina o de un roble la haría,
Y gruesa de dos dedos, temeroso
Que no me la encorvase el dulce peso
De un bolsón de ducados, ni otras dádivas,
O ruegos, o promesas, o favores,
Que pesan como plomo, y no se sienten
Hasta que os han brumado las costillas
Del cuerpo y alma; y, junto con aquesto,
Sería bien criado y comedido,
Parte severo y nada riguroso;
Nunca deshonoraría al miserable
Que ante mí le trujesen sus delitos;
Que suele lastimar una palabra
De un juéz arrojado, de afrentosa,
Mucho más que lastima su sentencia,
Aunque en ella se intime cruel castigo.
No es bien que el poder quite la crianza,
Ni que la sumisión de un delincuente
Haga al juez soberbio y arrogante (109).

ALGAR. ¡Vive Dios, que ha cantado nuestra Rana
Mucho mejor que un cisne cuando muere!

PAND. Mil sentencias ha dicho censorinas.

ALGAR. De Catón Censorino; bien ha dicho
El regidor Panduro.

PAND. ¡Reprochadme!

ALGAR. Su tiempo se vendrá.

ESCR. Nunca acá venga.

¡Terrible inclinación es, Algarroba,
La vuestra en reprochar!

ALGAR. No más, so escriba.

ESCR. ¿Qué *escriba*, fariseo? (110)

BACH. ¡Por San Pedro,

Que son muy demasiadas demasías
Estas!

ALGAR. Yo me burlaba.

ESCR. Y yo me burlo.

BACH. Pues no se burlen más, por vida mía.

ALGAR. Quien miente, miente.

ESCR. Y quien verdad pronuncia,

Dice verdad.

ALGAR. Verdad.

ESCR. Pues punto en boca.

HUM. Esos ofrecimientos que ha hecho Rana,
Son desde lejos. A fé, que si él empu-
[ña (111)

Vara, que él se trueque y sea otro hombre
Del que ahora parece.

BACH. Está de molde

Lo que Humillos ha dicho.

HUM. Y más añado:

Que, si me dan la vara, verán cómo
No me mudo ni trueco, ni me cambio.

BACH. Pues veis aquí la vara, y haced cuenta
Que sois alcálde ya.

ALGAR. ¡Cuerpo del mundo!
¿La vara le dan zurda?

HUM. ¿Cómo zurda?

ALGAR. Pues ¿no es zurda esta vara? Un sordo o mudo
Lo podrá echar de ver desde una legua.

HUM. ¿Cómo, pues, si me dan zurda la vara,
Quieren que juzgue yo derecho?

ESCR. El diablo
Tiene en el cuerpo este Algarroba; ¡miren
Dónde jamás se han visto varas zurdas!

Entra uno.

UNO. Señores, aquí están unos gitanos
Con unas gitanillas milagrosas;
Y aunque la ocupación se les ha dicho
En que están sus mercedes, todavía
Porfían que han de entrar a dar sola-
[cio (112)

A sus mercedes.

BACH. Entren, y veremos
Si nos podrán servir para la fiesta
Del Corpus, de quien yo soy mayordomo.

PAND. Entren mucho en buen hora.

BACH. Entren luego.

- HUM. Por mí, ya los deseo.
 JARR. Pues yo, pajas (113).
 RANA. ¿Ellos no son gitanos? pues adviertan
 Que no nos hurten las narices.
 UNO. Ellos,
 Sin que los llamen, vienen; ya están dentro.

Entran los músicos de gitanos, y dos gitanas bien aderezadas, y al son deste romance, que han de cantar los músicos, ellas dancen.

- Mús. «Reverencia os hace el cuerpo,
 Regidores de Daganzo,
 Hombres buenos de repente,
 Hombres buenos de pensado;
 De caletre prevenidos
 Para proveer los cargos
 Que la ambición solicita
 Entre moros y cristianos.
 Parece que os hizo el cielo,
 El cielo, digo, estrellado,
 Sansones para las letra s,
 Y para las fuerzas Bártulos.»
 JARR. Todo lo que se canta toca historia.
 HUM. Ellas y ellos son únicos y malos (114).
 ALGAR. Algo tienen de espesos.
 BACH. Ea, *sufficit*.
 Mús. «Como se mudan los vientos,
 Como se mudan los ramos,
 Que, desnudos en invierno,
 Se visten en el verano,

LA ELECCIÓN DE LOS ALCALDES

Mudaremos nuestros bailes
Por puntos, y a cada paso,
Pues mudarse las mujeres
No es nuevo ni estraño caso.
*¡Vivan de Daganzo los regidores,
Que parecen palmas, puesto que son robles!»*

Bailan.

JARR. ¡Brava trova, por Dios!
HUM. Y muy sentida.
BERR. Estas se han de imprimir, para que quede
Memoria de nosotros en los siglos
De los siglos. Amén.
BACH. Callen, si pueden.
Mús. «Vivan y revivan,
Y en siglos veloces
Del tiempo los días
Pasen con las noches,
Sin trocar la edad,
Que treinta años forme,
Ni tocar las hojas
De sus alcornoques.
Los vientos, que anegan
Si contrarios corren,
Cual céfiros blandos
En sus mares soplen.
*¡Vivan de Daganzo los regidores,
Que palmas parecen, puesto que son robles!»*
BACH. El estribillo en parte me desplace;

Pero, con todo, es bueno.

BERR. Ea, callemos.

MÚS. «Pisaré yo el polvico,
A tan menudico,
Pisaré yo el polvó,
A tan menudó.» (115)

PAND. Estos músicos hacen pepitoria
De su cantar.

HUM. Son diablos los gitanos.

MÚS. «Pisaré yo la tierra
Por más que esté dura,
Puesto que me abra en ella
Amor sepultura,
Pues ya mi buena ventura
Amor la pisó
A tan menudó.
Pisaré yo lozana
El más duro suelo,
Si en él acaso pisas
El mal que recelo;
Mi bien se ha pasado en vuelo,
Y el polvo dejó
A tan menudó.»

Entra UN SOTA-SACRISTAN, muy mal endeliñado (116).

SACR. Señores regidores, ¡voto a dico,
Que es de bellacos tanto pasatiempo!
¿Así se rige el pueblo, noramala,
Entre guitarras, bailes y bureos?

- BACH. ¡Agarradle, Jarretel
JARR. Ya le agarro.
BACH. Traigan aquí una manta; que, por Cristo,
Que se ha de mantear este bellaco,
Necio, desvergonzado e insolente,
Y atrevido además.
SACR. ¡Oigan, señores!
ALGAR. Volveré con la manta a las volandas (117).

Éntrase ALGARROBA.

- SACR. Miren que les intimo que soy presbíter.
BACH. ¿Tú presbítero, infame?
SACR. Yo presbítero;
O de prima tonsura, que es lo mismo.
PAND. Agora lo veredes, dijo Agrajes.
SACR. No hay Agrajes aquí.
BACH. Pues habrá grajos
Que te piquen la lengua y aun los ojos.
RANA. Dime, desventurado: ¿qué demonio
Se revistió en tu lengua? ¿Quién te mete
A ti en reprehender (118) a la justicia?
¿Has tú de gobernar a la república?
Métete en tus campanas y en tu oficio.
Deja a los que gobiernan; que ellos saben
Lo que han de hacer, mejor que no nos-
[otros.
Si fueren malos, ruega por su enmienda;
Si buenos, porque Dios no nos los quite.
BACH. Nuestro Rana es un santo y un bendito.

Vuelve ALGARROBA; trae la manta.

ALGAR. No ha de quedar por, manta.

BACH. Aspan, pues, todos,
Sin que queden gitanos ni gitanas.
¡Arriba, amigos!

SACR. ¡Por Dios, que va de veras! (119)
¡Vive Dios, si me enoja, que bonito
Soy yo para estas burlas! ¡Por San Pedro,
Que están descomulgados (120) todos cuan-
Han tocado los pelos de la manta! [tos

RANA. Basta, no más: aquí cese el castigo;
Que el pobre debe estar arrepentido.

SACR. Y molido, que es más. De aquí adelante
Me coseré la boca con dos cabos
De zapatero.

RANA. Aqueso es lo que importa.

BACH. Vénganse los gitanos a mi casa;
Que tengo qué decilles.

GIT. Tras ti vamos.

BACH. Quedarse ha la elección para mañana,
Y desde luego doy mi voto a Rana.

GIT. ¿Cantaremos, señor?

BACH. Lo que quisiéredes.

PAND. No hay quien cante cual nuestra Rana canta.

JARR. No solamente canta, sino encanta.

Éntranse cantando: *Pisaré yo el polvico.*

· IV

LA GUARDA CUIDADOSA

[IV]

ENTREMÉS DE LA GUARDA CUIDADOSA ⁽¹²¹⁾

Sale UN SOLDADO a lo pícaro (122), con una muy mala banda y un antojo, y detrás dél UN MAL SACRISTAN.

SOLD. ¿Qué me quieres, sombra vana?

SAC. No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLD. Pues, con todo eso, por la fuerza de mi desgracia, te conjuro que me digas quién eres, y qué es lo que buscas por esta calle.

SAC. A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha, que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristán desta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas y no hallas.

SOLD. ¿Buscas por ventura a Cristinica, la fre-gona desta casa?

SAC. *Tu dixisti.*

SOLD. Pues ven acá, sota-sacristán de Satanás.

SAC. Pues voy allá, caballo de Ginebra (123).

SOLD. Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos (124). Ven acá, digo otra

vez, ¿y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mía?

SAC. ¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mía?

SOLD. ¡Vive Dios, que te dé mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos!

SAC. Con las que le cuelgan desas calzas, y con los dese vestido, se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

SOLD. ¿Has hablado alguna vez a Cristina?

SAC. Cuando quiero.

SOLD. ¿Qué dádivas le has hecho?

SAC. Muchas.

SOLD. ¿Cuántas y cuáles?

SAC. Díle una destas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias, blancas como la misma nieve, y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

SOLD. ¿Qué más le has dado?

SAC. En un billete envueltos, cien mil deseos de servirla.

SOLD. Y ella ¿cómo te ha correspondido?

SAC. Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

SOLD. Luego, ¿no eres de epístola? (125)

SAC. Ni aun de completas. Motilón (126) soy, y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad; y presto lo veredes.

SOLD. Ven acá, motilón arrastrado; respóndeme a esto que preguntarte quiero. Si esta mocha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, a la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá a la grandeza de las mías? Que el otro día le envié un billete amoroso, escrito por lo menos en un revés de un memorial que di a su Majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes; que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre; el cual memorial salió decretado y remitido al limosnero mayor; y, sin atender a que sin duda alguna me podía valer cuatro o seis reales, con liberalidad increíble, y con desenfado notable, escribí en el revés dél, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó a las tuyas casi santas.

SAC. ¿Hasle enviado otra cosa?

SOLD. Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias que para descubrir su pasión los buenos enamorados usan, y deben de usar en todo tiempo y sazón.

SAC. ¿Hasle dado alguna música concertada?

SOLD. La de mis lamentos y congojas, las de mis ansias y pesadumbres.

SAC. Pues a mí me ha acontecido dársela con mis campanas a cada paso; y tanto, que tengo enfadada a toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, sólo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome a su

servicio; y, aunque haya de tocar a muerto, repico a vísperas solenes.

SOLD. En eso me llevas ventaja, porque no tengo qué tocar, ni cosa que lo valga.

SAC. ¿Y de qué manera ha correspondido Cristina a la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

SOLD. Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas (127) cuando jabona, y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y a su puerta; porque soy su guarda cuidadosa; soy, en fin, el perro del hortelano, etcétera (128). Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere: por eso, váyase de aquí el señor sota-sacristán; que, por haber tenido y tener respeto a las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

SAC. A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLD. El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; ¡y váyase, que haré lo que dicho tengo!

SAC. ¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas.

LA GUARDA CUIDADOSA

SOLD. ¿Qué puede ser un Pasillas?

SAC. Ahora lo veredes, dijo Agrajes.

Éntrase el Sacristán.

SOLD. ¡Oh mujeres, mujeres, todas, o las más, mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, a esta flor, a este jardín de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de un sota-sacristán, pudiendo acomodarte con un sacristán entero, y aun con un canónigo? Pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguando tu gusto, con ojear desta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna vía pueden ser tus amantes; y así vendré a alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

Entra UN MOZO con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imagen.

Mozo. Den por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. ¡Ha de casa! ¿Dan limosna?

SOLD. Hola, amigo Santa Lucía, venid acá: ¿qué es lo que queréis en esa casa?

Mozo. ¿Ya vuesa merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía.

SOLD. ¿Pedís para la lámpara, o para el aceite de la lámpara? Que, como decís: limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite, y no el aceite de la lámpara.

Mozo. Ya todos entienden que pido para acei-

te de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

SOLD. ¿Y suelen-os dar limosna en esta casa?

Mozo. Cada día dos maravedís.

SOLD. ¿Y quién sale a dároslos?

Mozo. Quien se halla más a mano; aunque las más veces sale una fregoncita que se llama Cristina, bonita como un oro.

SOLD. Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro?

Mozo. ¡Y como unas pelras!

SOLD. ¿De modo que no os parece mal a vos la muchacha?

Mozo. Pues, aunque yo fuera hecho de leño no pudiera parecerme mal.

SOLD. ¿Cómo os llamáis? Que no querría volveros a llamar Santa Lucía.

Mozo. Yo, señor, Andrés me llamo.

SOLD. Pues, señor Andrés, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de a ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro días de la limosna que le dan en esta casa, y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios, y séale aviso que por cuatro días no vuelva a llegar a esta puerta ni por lumbre, que le romperé las costillas a coces.

Mozo. Ni aun volveré en este mes, si es que me acuerdo; no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. (Vase.)

SOLD. ¡No, sino dormíos, guarda cuidadosal

Entra OTRO MOZO, vendiendo y pregonando tranzaderas, holanda, (de) cambray, randas de Flandes, y hilo portugués (129).

UNO. ¿Compran tranzaderas, randas de Flandes, holanda, cambray, hilo portugués?

CRISTINA, a la ventana.

CRIST. Hola, Manuel: ¿traéis vivos para unas camisas?

UNO. Sí traigo, y muy buenos.

CRIST. Pues entrá; que mi señora los ha menester.

SOLD. ¡Oh estrella de mi perdición, antes que norte de mi esperanza!—Tranzaderas, o como os llamáis, ¿conocéis aquella doncella que os llamó desde la ventana?

UNO. Sí conozco; pero, ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

SOLD. ¿No tiene muy buen rostro y muy buena gracia?

UNO. A mí así me lo parece.

SOLD. Pues también me parece a mí que no entre dentro desá casa; si no, ¡por Dios de molelle los huesos, sin dejarle ninguno sano!

UNO. Pues ¿no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercadería?

SOLD. ¡Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego!

UNO. ¡Terrible caso! Pasito, señor soldado, que ya me voy. (Vase Manuel.)

CRISTINA, a la ventana.

CRIST. ¿No entras, Manuel?

SOLD. Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque a muertos y a vivos tienes debajo de tu mando y señorío.

CRIST. ¡Jesús, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta?

Éntrase Cristina.

SOLD. Encubrióse y púsose mi sol detrás de las nubes.

Entra UN ZAPATERO con unas chinelas (130) pequeñas nuevas en la mano, y, yendo a entrar en casa de Cristina, detiéndole el soldado.

SOLD. Señor bueno, ¿busca vuesa merced algo en esta casa?

ZAP. Sí busco.

SOLD. ¿Y a quién, si fuere posible saberlo?

ZAP. ¿Por qué no? Busco a una fregona que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLD. ¿De manera que vuesa merced es su zapatero?

ZAP. Muchas veces la he calzado.

SOLD. ¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

ZAP. No será menester; si fueran zapatillos de hombre, como ella los suele traer, sí calzara.

SOLD. ¿Y éstas, están pagadas, o no?

ZAP. No están pagadas; que ella me las ha de dagnar agora.

SOLD. ¿No me haría vuesa merced una merced, que sería para mí muy grande, y es, que me fiasse estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí a dos días, que espero tener dineros en abundancia?

ZAP. Sí haré, por cierto: venga la prenda, que, como soy pobre oficial, no puedo fiar a nadie.

SOLD. Yo le daré a vuesa merced un monda-dientes, que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene vuesa merced la tienda, para que vaya a quitarle?

ZAP. En la calle Mayor, en un poste de aquéllos, y llámome Juan Juncos.

SOLD. Pues, señor Juan Juncos, el monda-dientes es éste, y estímele vuesa merced en mucho, porque es mío.

ZAP. Pues una biznaga (131) que apenas vale dos maravedís, ¿quiere vuesa merced que estime en mucho?

SOLD. ¡Oh pecador de mí! no la doy yo sino para recuerdo de mí mismo; porque, cuando vaya a echar mano a la faldriquera, y no halle la biznaga, me venga a la memoria que la tiene vuesa merced y vaya luego a quitalla; sí, a fe de soldado, que no la doy por otra cosa; pero, si no está contento con ella, añadiré está banda y este antojo; que al buen pagador no le duelen prendas.

ZAP. Aunque zapatero, no soy tan descortés que tengo de despojar a vuesa merced de sus joyas y preseas; vuesa merced se quede con ellas,

que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más a cuento.

SOLD. ¿Cuántos puntos tienen?

ZAP. Cinco escasos.

SOLD. Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros. ¡Chinelas de mis entrañas!—Escuche vuesa merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso, que me ha salido medido:

Chinelas de mis entrañas.

ZAP. ¿Es poeta vuesa merced?

SOLD. Famoso, y agora lo verá; estéme atento.

Chinelas de mis entrañas.

GLOSA

Es amor tan gran tirano,
Que, olvidado de la fe
Que le guardo siempre en vano,
Hoy, con la funda de un pie,
Da a mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,
Fundas pequeñas y hurañas;
Que ya mi alma imagina
Que sois, por ser de Cristina,
Chinelas de mis entrañas.

ZAP. A mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope (132), como lo son todas las cosas que son o parecen buenas.

SOLD. Pues, señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mi mal halladas (133), llévelo, a lo menos, de que vuesa merced me las guarde hasta desde aquí a dos días, que yo vaya por ellas; y por ahora, digo, por esta vez, el señor zapatero no ha de ver ni hablar a Cristina.

ZAP. Yo haré lo que me manda el señor soldado, porque se me trasluce de qué pies cojea, que son dos: el de la necesidad y el de los celos.

SOLD. Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAF. ¡Oh celos, celos, cuán mejor os llamaran duelos, duelos!

Éntrase el zapatero.

SOLD. No, sino no seáis guarda, y guarda cuidadosa, y veréis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento. Pero ¿qué voz es ésta? sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando, cuando barre o friega.

Suenan dentro platos, como que friegan, y cantan:

Sacristán de mi vida,
tenme por tuya,
y, fiado en mi fe,
canta *alleluia*.

SOLD. ¡Oídos que tal oyen! sin duda el sacris-

tán debe de ser el brinco de su alma. ¡Oh platera la más limpia que tiene, tuvo o tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué, así como limpias esa loza talaveril que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

Entra EL AMO de Cristina.

AMO. Galán, ¿qué quiere o qué busca a esta puerta?

SOLD. Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo; pero ¿quién es vuesa merced, que me lo pregunta?

AMO. Soy el dueño desta casa.

SOLD. ¿El amo de Cristinica?

AMO. El mismo.

SOLD. Pues lléguese vuesa merced a esta parte, y tome este envoltorio de papeles; y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de veinte y dos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO. ¡Pues no ha habido, a lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años a esta parte!

SOLD. Vuesa merced es hombre pacífico, y no está obligado a entenderse mucho de las cosas de la guerra; pase los ojos por esos papeles, y

verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

AMO. Yo los doy por pasados y vistos; pero, ¿de qué sirve darme cuenta desto?

SOLD. De que hallará vuesa merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es, que estoy consultado (134) en uno de tres castillos y plazas, que están vacas en el reino de Nápoles; conviene a saber: Gaeta, Barleta y Rijobes (135).

AMO. Hasta agora, ninguna cosa me importa a mí estas relaciones que vuesa merced me da.

SOLD. Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO. ¿En qué manera?

SOLD. En que, por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveído en una destas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica; y, siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda como cosa propia; que no tengo de mostrarme desagradecido a la crianza que vuesa merced ha hecho a mi querida y amada consorte.

AMO. Vuesa merced lo ha de los cascós (136), más que de otra parte.

SOLD. Pues ¿sabe cuánto le va, señor dulce? Que me la ha de entregar luego, luego, o no ha de atravesar los umbrales de su casa.

AMO. ¡Hay tal disparate! ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

Vuelve el SOTA-SACRISTÁN PASILLAS, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa; viene con él OTRO SACRISTAN, con un morrión y una vara o palo, atado a él un rabo de zorra.

SAC. ¡Ea, amigo Grajales, que éste es el turbador de mi sosiego!

GRAJ. No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas; que ya le hubiera despachado al otro mundo a toda diligencia.

AMO. Ténganse, gentiles hombres; ¿qué desmán y qué acecinamiento es éste?

SOLD. Ladrones, ¿a traición y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto a tal que os tengo que horadar, aunque tengáis más órdenes que un Cere monial. Cobarde, ¿a mí con rabo de zorra? (137) ¿Es notarme de borracho, o piensas que estás quitando el polvo a alguna imagen de bulto?

GRAJ. No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

A la ventana CRISTINA y SU AMA.

CRIST. ¡Señora, señora, que matan a mi señor! Más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

ELLA. Dices verdad, hija mía; Dios sea con él; santa Úrsola, con las once mil vírgines, sea en su guarda. Ven, Cristina, y bajemos a socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO. Por vida de vuesas mercedes, caballeros,

que se tengan, y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

SOLD. Tente, rabo, y tente, tapadorcillo; no acabéis de despertar mi cólera, que, si la acabo de despertar, os mataré, y os comeré, y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

AMO. Ténganse, digo; si no, por Dios que me descomponga de modo que pese a alguno.

SOLD. Por mí, tenido soy; que te tengo respeto, por la imagen que tienes en tu casa.

SAC. Pues, aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLD. ¿Han visto la desvergüenza deste bellaco, que me viene a hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa? (138)

Entran CRISTINA y su SEÑORA.

ELLA. ¡Ay, marido mío! ¿Estáis, por desgracia, herido, bien de mi alma?

CRIST. ¡Ay desdichada de mí! Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLD. Aun bien que voy a la parte con el sacristán; que también dijo: «mi soldado».

AMO. No estoy herido, señora, pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA. ¿Cómo por Cristinica?

AMO. A lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

ELLA. Y ¿es esto verdad, muchacha?

CRIST. Sí, señora.

ELLA. ¡Mirad con qué poca vergüenza lo dice! y ¿háte deshonrado alguno dellos?

CRIST. Sí, señora.

ELLA. ¿Cuál?

CRIST. El sacristán me deshonró el otro día, cuando fuí al Rastro.

ELLA. ¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenía apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja? Y ¿dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

CRIST. A ninguna parte, sino allí en mitad de la calle.

ELLA. ¿Cómo en mitad de la calle?

CRIST. Allí, en mitad de la calle de Toledo, a vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de sucia y de deshonesto, de poca vergüenza y menos miramiento, y otros muchos baldones deste jaez; y todo por estar celoso de aquel soldado.

AMO. Luego ¿no ha pasado otra cosa entre ti ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo?

CRIST. No por cierto, porque luego se le pasa la cólera.

ELLA. El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

CRIST. Y más, que todo cuanto me dijo fué confiado en esta cédula que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

AMO. Muestra, veamos.

ELLA. Leedla alto, marido.

AMO. Así dice: «Digo yo, Lorenzo Pasillas, »sota-sacristán desta parroquia, que quiero bien, »y muy bien, a la señora Cristina de Parrazes; y »en fee desta verdad, le di ésta, firmada de mi »nombre, fecha en Madrid, en el cimiterio de »San Andrés, a seis de Mayo deste presente año »de mil y seiscientos y once. Testigos: mi cora- »zón, mi entendimiento, mi voluntad y mi memo- »ria.—LORENZO PASILLAS.»

¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

SAC. Debajo de decir que la quiero bien, se incluye todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella, porque, quien da la voluntad, lo da todo.

AMO. Luego, si ella quisiese, ¿bien os casaríades con ella?

SAC. De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedís de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mía, según me han escrito de mi tierra.

SOLD. Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve días hace hoy que, al entrar de la Puente Segoviana, di yo a Cristina la mía, con todos los anejos a mis tres potencias; y, si ella quisiere ser

mi esposa, algo irá a decir de ser castellano de un famoso castillo, a un sacristán no entero, sino medio, y aun de la mitad le debe de faltar algo.

AMO. ¿Tienes deseo de casarte, Cristinica?

CRIST. Sí tengo.

AMO. Pues escoge, destos dos que se te ofrecen, el que más te agradare.

CRIST. Tengo vergüenza.

ELLA. No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser a gusto propio, y no a voluntad ajena.

CRIST. Vuelas mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga; aunque todavía quisiera escoger.

SOLD. Niña, échame el ojo; mira mi garbo; soldado soy, castellano pienso ser; brío tengo de corazón; soy el más galán hombre del mundo; y, por el hilo deste vestidillo, podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SAC. Cristina, yo soy músico, aunque de campanas; para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

AMO. Ahora bien, muchacha: escoge de los dos el que te agrada; que yo gusto dello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLD. Yo me allano.

SAC. Y yo me rindo.

CRIST. Pues escojo al sacristán.

Han entrado los músicos.

AMO. Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos a celebrar el desposorio, cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

SOLD. Acepto:

*Que, donde hay fuerza de hecho,
Se pierde cualquier derecho.*

Mús. Pues hemos llegado a tiempo, este será el estribillo de nuestra letra.

Cantan el estribillo.

SOLD. Siempre escogen las mujeres
Aquello que vale menos,
Porque excede su mal gusto
A cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
Porque se estima el dinero,
Pues un sacristán prefieren
A un roto soldado lego;
Mas no es mucho, que ¿quién vió
Que fué su voto tan necio,
Que a sagrado se acogiese,
Que es de delincuentes puerto?
Que a donde hay fuerza, etc.

SAC. Como es propio de un soldado
Que es sólo en los años viejo,
Y se halla sin un cuarto
Porque ha dejado su tercio,

ENTREMESES DE CERVANTES

Imaginar que ser puede
Pretendiente de Gaiferos (139),
Conquistando por lo bravo
Lo que yo por manso adquiero,
No me afrentan tus razones,
Pues has perdido en el juego;
Que siempre un picado tiene
Licencia para hacer fieros.

Que a donde, etc.

Éntranse cantando y bailando.

V

EL VIZCAÍNO FINGIDO

[V]

ENTREMES DEL VIZCAÍNO FINGIDO

Entran SOLÓRZANO y QUIÑONES.

SOL. Estas son las bolsas, y, a lo que parecen, son bien parecidas, y las cadenas que van dentro, ni más ni menos; no hay sino que vos acudáis con mi intento; que, a pesar de la taimería desta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

QUIÑ. ¿Tanta honra se adquiere, o tanta habilidad se muestra en engañar a una mujer, que lo tomáis con tanto ahinco, y ponéis tanta solicitud en ello?

SOL. Cuando las mujeres son como éstas, es gusto el burlallas; cuanto más, que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba; quiero decir, que ni ha de ser con ofensa de Dios, ni con daño de la burlada; que no son burlas las que redundan en desprecio ajeno.

QUIÑ. Alto; pues vos lo queréis, sea así; digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habéis

dicho, y sabré fingir tan bien (140) como vos, que no lo puedo más encarecer. ¿Adónde vais agora?

SOL. Derecho en casa de la ninfa, y vos, no salgáis de casa; que yo os llamaré a su tiempo.

QUIN. Allí estaré clavado, esperando.

Éntranse los dos.

Salen DOÑA CRISTINA y DOÑA BRÍGIDA: Cristina sin manto, y Brígida con él, toda asustada y turbada.

CRIST. ¡Jesús! ¿Qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma a su Hacedor?

BRÍG. Doña Cristina amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro, que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. ¡Dios sea conmigo; confesión a toda priesa!

CRIST. ¡Qué es esto? ¡Desdichada de mí! ¿No me dirás, amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿Hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre, o de que viene tu marido, o hante robado tus joyas?

BRÍG. Ni he visto visión alguna, ni se ha muerto mi madre, ni viene mi marido, que aun le faltan tres meses para acabar el negocio donde fué, ni me han robado mis joyas; pero hame sucedido otra cosa peor.

CRIST. Acaba, dímelas, doña Brígida mía; que me tienes turbada y suspensa hasta saberla.

BRÍG. ¡Ay, queridal que también te toca a ti parte deste mal suceso. Límpiame este rostro, que él y todo el cuerpo tengo bañado en sudor más frío que la nieve. ¡Desdichadas de aquellas que andan en la vida libre, que, si quieren tener algún poquito de autoridad, granjeada de aquí o de allí, se la dejarretan y se la quitan al mejor tiempo!

CRIST. Acaba, por tu vida, amiga, y dime lo que te ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo también tengo de tener parte.

BRÍG. Y ¡cómo si tendrás partel y mucha, si eres discreta, como lo eres. Has de saber, hermana, que, viniendo agora a verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que, en medio de infinita justicia y gente, estaba un pregonero, pregonando que quitaban los coches, y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles (141).

CRIST. Y ¿esa es la mala nueva?

BRÍG. Pues para nosotras, ¿puede ser peor en el mundo?

CRIST. Yo creo, hermana, que debe de ser alguna reformación de los coches: que no es posible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque, según he oído decir, andaba muy de caída la caballería en España, porque se empanaban diez o doce caballeros mozos en un coche, y azotaban las calles de noche y de día, sin acordárseles que había caballos y jineta en el mundo; y, como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al

ejercicio de la caballería, con quien sus antepasados se honraron.

BRÍG. ¡Ay, Cristina de mi alma! que también oí decir que, aunque dejan algunos, es con condición que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes.

CRIST. Ese mal nos hagan: porque has de saber, hermana, que está en opinión, entre los que siguen la guerra, cuál es mejor, la caballería o la infantería, y hase averiguado que la infantería española lleva la gala a todas las naciones; y agora podremos las alegres mostrar a pie nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bizarría, y más yendo descubiertos los rostros, quitando la ocasión de que ninguno se llame a engaño si nos sirviere, pues nos ha visto.

BRÍG. ¡Ay, Cristina! no me digas eso, que linda cosa era ir sentada en la popa de un coche (142), llenándola de parte a parte, dando rostro a quien y como y cuando quería. Y, en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban, y me vía sentada en él con aquella autoridad, que me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

CRIST. ¿Veis, doña Brígida, como tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos a nosotras el pecado de la vanagloria? Y más, que no era bien que un coche

igualase a las no tales con las tales; pues, viendo los ojos extranjeros a una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaría a perder la cortesía, haciéndosela a ella como si fuera a una principal señora; así que, amiga, no debes acongojarte, sino acomoda tu brío y tu limpieza, y tu manto de soplillo (143) sevillano, y tus nuevos chapines, en todo caso, con las virillas (144) de plata, y déjate ir por esas calles; que yo te aseguro que no falten moscas a tan buena miel, si quisieres dejar que a ti se lleguen; que engaño (145) en más va que en besarla durmiendo.

BRIG. Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica, y pulirme y repulirme, y dar el rostro a pie, y pisar el polvico a tan menudico (146), pues no tengo quien me corte la cabeza, que este que piensan que es mi marido, no lo es, aunque me ha dado la palabra de serlo.

CRIST. ¡Jesús! ¿tan a la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¿Qué es lo que vuestra merced manda?

Entra SOLÓRZANO.

SOL. Vuestra merced perdone el atrevimiento, que la ocasión hace al ladrón: hallé la puerta abierta, y entréme, dándome ánimo al entrarme, venir a servir a vuestra merced, y no con palabras, sino

con obras; y, si es que puedo hablar delante desta señora, diré a lo que vengo, y la intención que traigo.

CRIST. De la buena presencia de vuestra merced, no se puede esperar sino que han de ser buenas sus palabras y sus obras. Diga vuestra merced lo que quisiere; que la señora doña Brígida es tan mi amiga, que es otra yo misma.

SOL. Con ese seguro y con esa licencia, hablaré con verdad; y con verdad, señora, soy un cortesano a quien vuestra merced no conoce.

CRIST. Así es la verdad.

SOL. Y ha muchos días que deseo servir a vuestra merced, obligado a ello de su hermosura, buenas partes y mejor término; pero estrechezas, que no faltan, han sido freno a las obras hasta agora, que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío a un hijo suyo, vizcaíno, muy galán, para que yo le lleve a Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe. Porque, para decir la verdad a vuestra merced, él es un poco burro, y tiene algo de mentecapto; y añádesele (147) a esto una tacha, que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto, un sí es no es, del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y, cuando está asomado (148), y aun casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa su alegría y su liberalidad: da todo cuanto tiene a quien se lo

pide y a quien no se lo pide; y yo querría que (149), ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme de alguna cosa, y no he hallado mejor medio que traerle a casa de vuestra merced, porque es muy amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como a gato; y para principio traigo aquí a vuestra merced ésta cadena en este bolsillo, que pesa ciento y veinte escudos de oro, la cual tomará vuestra merced y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche, que vendrá acá nuestro burro o nuestro búfalo, que le llevo yo por el naso, como dicen, y, a dos idas y venidas, se quedará vuestra merced con toda la cadena, que yo no quiero más de los diez escudos de ahora. La cadena es bonísima, y de muy buen oro, y vale algo de hechura: héla aquí, vuestra merced la tome.

CRIST. Beso a vuestra merced las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasión; pero, si he decir lo que siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algún tanto sospechosa.

SOL. Pues ¿de qué es la sospecha, señora mía?

CRIST. De que podrá ser esta cadena de alquimia (150); que se suele decir que no es oro todo lo que reluce.

SOL. Vuestra merced habla discretísimamente; y no en balde tiene vuestra merced fama de la más discreta dama de la corte, y hame dado mu-

cho gusto el ver cuán sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazón; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte. Vuestra merced se cubra su manto, o envíe, si tiene de quien fiarse, y vaya a la Platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena, y cuando fuera fina, y de la bondad que yo he dicho, entonces vuestra merced me dará los diez escudos, harála una regalaría (151) al borrico, y se quedará con ella.

CRIST. Aquí pared y medio tengo yo un platero mi conocido, que con facilidad me sacará de duda.

SOL. Eso es lo que yo quiero, y lo que amo y lo que estimo, que, las cosas claras, Dios las bendijo.

CRIST. Si es que vuestra merced se atreve a fiarme esta cadena, en tanto que me satisfago, de aquí a un poco podrá venir, que yo tendré los diez escudos en oro.

SOL. ¡Bueno es eso! Fío mi honra de vuestra merced, ¿y no le había de fiar la cadena? Vuestra merced la haga tocar y retocar; que yo me voy, y volveré de aquí a media hora.

CRIST. Y aun antes, si es que mi vecino está en casa.

Éntrase SOLÓRZANO.

BRÍG. Esta, Cristina mía, no sólo es ventura, sino venturón llovido. ¡Desdichada de mí! y ¡qué

desgraciada que soy, que nunca topo quien me dé un jarro de agua, sin que me cueste mi trabajo primero! Sólo me encontré el otro día en la calle a un poeta, que de bonísima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trecientos en mi alabanza.

CRIST. Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginovés que te diera trecientos reales.

BRÍG. ¡Sí por cierto; ahí están los ginoveses de manifiesto y para venirse a la mano, como halcones al señuelo! Andan todos malencónicos y tristes con el decreto (152).

CRIST. Mira, Brígida (153), desto quiero que estés cierta: que vale más un ginovés quebrado, que cuatro poetas enteros: mas ¡ay! el viento corre en popa; mi platero es éste. Y ¿qué quiere mi buen vecino? que a fe que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le quería cubrir para buscarle.

Entra el PLATERO.

PLAT. Señora doña Cristina, vuestra merced me ha de hacer una merced, de hacer todas sus fuerzas por llevar mañana a mi mujer a la comedia, que me conviene y me importa quedar mañana en la tarde (154) libre de tener quien me siga y me persiga.

CRIST. Eso haré yo de muy gana; y aun, si el

señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada; que bien sé en qué caen estos negocios.

PLAT. No, señora; entretener a mi mujer me basta. Pero ¿qué quería vuestra merced de mí, que quería ir a buscarme?

CRIST. No más, sino que me diga el señor vecino qué pesará esta cadena, y si es fina, y de qué quilates.

PLAT. Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento y cincuenta escudos de oro de a veinte y dos quilates; y que si vuestra merced la compra y se la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

CRIST. Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

PLAT. Mire cómo la concierta la señora vecina que yo le haré dar, cuando se quisiere deshacer della, diez ducados de hechura.

CRIST. Menos me ha de costar, si yo puedo; pero mire el vecino no se engañe en lo que dice de la fineza del oro y cantidad del peso.

PLAT. ¡Bueno sería que yo me engañase en mi oficio! Digo, señora, que dos veces la he tocado eslabón por eslabón, y la he pesado, y la conozco como a mis manos.

BRÍG. Con eso nos contentamos.

PLAT. Y por más señas, sé que la ha llegado a pesar y a tocar un gentil hombre cortesano, que se llama Tal de Solórzano.

EL VIZCAÍNO FINGIDO

CRIST. Basta, señor vecino; vaya con Dios, que yo haré lo que me deja mandado; yo la llevaré, y entretendré dos horas más, si fuere menester; que bien sé que no podrá dañar una hora más de entretenimiento.

PLAT. Con vuestra merced me entierren, que sabe de todo, y adiós, señora mía.

Éntrase el PLATERO.

BRÍG. ¿No haríamos con este cortesano Solórzano, que así se debe llamar sin duda, que trujese con el vizcaíno para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese de algún borgoñón más borracho que un zaque?

CRIST. Por decírselo no quedará; pero vesle aquí vuelve: priesa trae; diligente anda; sus diez escudos le aguijan y espolean.

Entra SOLÓRZANO.

SOL. Pues, señora doña Cristina, ¿ha hecho vuestra merced sus diligencias? ¿Está acreditada la cadena?

CRIST. ¿Cómo es el nombre de vuestra merced, por su vida?

SOL. Don Esteban de Solórzano me suelen llamar en mi casa; pero, ¿por qué me lo pregunta vuestra merced?

CRIST. Por acabar de echar el sello a su mucha

verdad y cortesía. Entretenga vuestra merced un poco a la señora doña Brígida, en tanto que entro por los diez escudos.

Éntrase CRISTINA.

BRÍG. Señor don Solórzano, ¿no tendrá vuestra merced por ahí algún mondadientes (155) para mí? Que en verdad no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salidas en mi casa como la señora doña Cristina; que, a no temer (156) que nos oyera alguna, le dijera yo al señor Solórzano más de cuatro tachas suyas: que sepa que tiene las tetas como dos alforjas vacías, y que no le huele muy bien el aliento, porque (157) se afeita mucho; y con todo eso la buscan, solicitan y quieren; que estoy por arañarme esta cara, más de rabia que de envidia, porque (158) no hay quien me dé la mano, entre tantos que me dan del pie; en fin, la ventura de las feas (159).

SOL. No se desespere vuestra merced, que, si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

Vuelve a entrar CRISTINA.

CRIST. He aquí, señor don Esteban, los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

SOL. Pues nuestro burro está a la puerta de la calle, quiero ir por él; vuestra merced me le aca-

EL VIZCAÍNO FINGIDO

ricie, aunque sea como quien toma una píldora (160).

Vase SOLÓRZANO.

BRÍG. Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase a mí, y dijo que sí haría, andando el tiempo.

CRIST. Andando el tiempo en nosotras, no hay quien nos regale; amiga, los pocos años traen la mucha ganancia, y los muchos, la mucha pérdida.

BRÍG. También le dije cómo vas muy limpia, muy linda, y muy agraciada, y que toda eras ámbar, almizcle, y algalia entre algodones (161).

CRIST. Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

BRÍG. [Aparte.] Mirad quién tiene amartelados; que vale más la suela de mi botín, que las arandelas de su cuello; otra vez vuelvo a decir: la ventura de las feas.

Entran QUIÑONES y SOLÓRZANO.

QUIÑ. Vizcaíno, manos bésame vuestra merced, que mándeme.

SOL. Dice el señor vizcaíno, que besa las manos de vuestra merced, y que le mande.

BRÍG. ¡Ay, qué linda lengual Yo no la entiendo a lo menos, pero paréceme muy linda.

CRIST. Yo beso las del mi señor vizcaíno, y más adelante.

QUIN. Pareces buena, hermosa; también noche esta cenamos; cadena quedas, duermes nunca, basta que doyla.

SOL. Dice mi compañero que vuestra merced le parece buena y hermosa; que se apareje la cena: que él da la cadena, aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

BRÍG. ¿Hay tal Alejandro en el mundo? ¡Venturón, venturón, y cien mil veces venturón!

SOL. Si hay algún poco de conserva, y algún traguito del devoto (162) para el señor vizcaíno, yo sé que nos valdrá por uno ciento.

CRIST. Y ¡cómo si lo hay! Y yo entraré por ello, y se lo daré mejor que al Preste Juan de las Indias.

Éntrase CRISTINA.

QUIN. Dama que quedaste, tan buena como entraste.

BRÍG. ¿Qué ha dicho, señor Solórzano?

SOL. Que la dama que se queda, que es vuestra merced, es tan buena como la que se ha entrado.

BRÍG. Y ¡cómo que está en lo cierto el señor vizcaíno! A fe que en este parecer que no es nada burro.

QUIN. Burro el diablo; vizcaíno ingenio queréis cuando tenerlo.

BRÍG. Ya le entiendo: que dice que el diablo

EL VIZCAÍNO FINGIDO

es el burro, y que los vizcaínos, cuando quieren tener ingenio, le tienen.

SOL. Así es, sin faltar un punto.

Vuelve a salir CRISTINA con un criado o criada, que traen una caja de conserva, una garrafa con vino, su cuchillo, y servilleta.

CRIST. Bien puede comer el señor vizcaíno, y sin asco: que todo cuanto hay en esta casa es la quinta esencia de la limpieza.

QUÍN. Dulce conmigo, vino y agua llamas bueno, santo le muestras, ésta le bebo y otra también.

BRÍG. ¡Ay Dios, y con qué donaire lo dice el buen señor, aunque no le entiendo!

SOL. Dice que, con lo dulce, también bebe vino como agua; y que este vino es de San Martín, y que beberá otra vez.

CRIST. Y aun otras ciento; su boca puede ser medida.

SOL. No le den más, que le hace mal, y ya se le va echando de ver; que le he yo dicho al señor Azcaray que no beba vino en ningún modo, y no aprovecha.

QUÍN. Vamos, que vino que subes y bajas, lengua es grillos y corma es pies; tarde vuelvo, señora, Dios que te guárdate.

SOL. ¡Miren lo que dice, y verán si tengo yo razón!

CRIST. ¿Qué es lo que ha dicho, señor Solórzano?

SOL. Que el vino es grillo de su lengua y cor-
ma de sus pies; que vendrá esta tarde, y que
vuestras mercedes se queden con Dios.

BRÍG. ¡Ay pecadora de mí, y cómo que se le
turban los ojos y se trastraba la lengual ¡Jesús,
que ya va dando traspiés! ¡Pues monta que ha
bebido mucho! La mayor lástima es ésta que he
visto en mi vida; ¡miren qué mocedad y qué borra-
cheral!

SOL. Ya venía él refrendado de casa. Vuestra
merced, señora Cristina, haga aderezar la cena,
que yo le quiero llevar a dormir el vino, y sere-
mos temprano esta tarde.

Éntranse el vizcaíno y SOLÓRZANO.

CRIST. Todo estará como de molde; vayan
vuestras mercedes en hora buena.

BRÍG. Amiga Cristina, muéstrame esa cadena,
y déjame dar con ella dos filos al deseo. ¡Ay qué
linda, qué nueva, qué reluciente, y qué barata!
Digo, Cristina, que, sin saber cómo ni cómo no,
llueven los bienes sobre ti, y se te entra la ventu-
ra por las puertas, sin solicitalla. En efeto, eres
venturosa sobre las venturosas; pero todo lo me-
rece tu desenfado, tu limpieza, y tu magnífico tér-
mino: hechizos bastantes a rendir las más descui-
dadas y esentas (163) voluntades; y no como yo,
que no soy para dar migas a un gato. Toma tu
cadena, hermana, que estoy para reventar en lágri-

EL VIZCAÍNO FINGIDO

mas, y no de envidia que a ti te tengo, sino de lástima que me tengo a mí.

Vuelve a entrar SOLÓRZANO.

SOL. ¡La mayor desgracia nos ha sucedido del mundo!

BRÍG. ¡Jesús! ¿Desgracia? ¿Y qué es, señor Solórzano?

SOL. A la vuelta desta calle, yendo a la casa, encontramos con un criado del padre de nuestro vizcaíno, el cual trae cartas y nuevas de que su padre queda a punto de espirar, y le manda que al momento se parta, si quiere hallarle vivo. Trae dinero para la partida, que sin duda ha de ser luego. Yo le he tomado diez escudos para vuestra merced, y vélos aquí, con los diez que vuestra merced me dió denantes, y vuélvaseme la cadena; que, si el padre vive, el hijo volverá a darla, o yo no seré don Esteban de Solórzano.

CRIST. En verdad, que a mí me pesa; y no por mi interés, sino por la desgracia del mancebo, que ya le había tomado afición.

BRÍG. Buenos son diez escudos ganados tan holgando; tómalos, amiga, y vuelve la cadena al señor Solórzano.

CRIST. Vela aquí, y venga el dinero; que en verdad que pensaba gastar más de treinta en la cena.

SOL. Señora Cristina, al perro viejo nunca tus

tus; estas tretas, con los de las galleruzas (164), y con este hueso a otro perro (165).

CRIST. ¿Para qué son tantos refranes, señor Solórzano?

SOL. Para que entienda vuestra merced que la codicia rompe el saco. ¿Tan presto se desconfió de mi palabra, que quiso vuestra merced curarse en salud, y salir al lobo al camino, como la gansa de Cantipalos? (166) Señora Cristina, señora Cristina, lo bien ganado se pierde, y lo (167) malo ello y su dueño. Venga mi cadena verdadera, y tómese vuestra merced su falsa, que no ha de haber conmigo transformaciones de Ovidio en tan pequeño espacio. ¡Oh hi de puta, y qué bien que la amoldaron, y qué presto!

CRIST. ¿Qué dice vuestra merced, señor mío, que no le entiendo?

SOL. Digo que no es ésta la cadena que yo dejé a vuestra merced, aunque le parece; que ésta es de alquimia, y la otra es de oro de a veinte y dos quilates.

BRÍG. En mi ánima, que así lo dijo el vecino, que es platero.

CRIST. ¿Aun el diablo sería eso?

SOL. El diablo o la diabla, mi cadena venga, y dejémonos de voces, y escúsense juramentos y maldiciones.

CRIST. El diablo me lleve, lo cual querría que no me llevase, si no es esa la cadena que vuestra merced me dejó, y que no he tenido otra en mis

manos. ¡Justicia de Dios, si tal testimonio se me levantara!

SOL. Que no hay para qué dar gritos, y más estando ahí el señor Corregidor, que guarda su derecho a cada uno.

CRIST. Si a las manos del Corregidor llega este negocio, yo me doy por condenada; que tiene de mí tan mal concepto, que ha de tener mi verdad por mentira, y mi virtud por vicio. Señor mío, si yo he tenido otra cadena en mis manos, sino aquesta, de cáncer las vea yo comidas.

Entra UN ALGUACIL.

ALG. ¿Qué voces son estas, qué gritos, qué lágrimas y qué maldiciones?

SOL. Vuestra merced, señor alguacil, ha venido aquí como de molde. A esta señora del rumbo sevillano le empeñé una cadena, habrá una hora, en diez ducados, para cierto efecto; vuelvo ahora a desempeñarla, y, en lugar de una que le di, que pesaba ciento y cincuenta ducados de oro de veinte y dos quilates, me vuelve ésta de alquimia, que no vale dos ducados; y quiere poner mi justicia a la venta de la Zarza (168), a voces y a gritos, sabiendo que será testigo desta verdad esta misma señora, ante quien ha pasado todo.

BRÍG. Y ¡cómo si (169) ha pasado! y aun repasado; y, en Dios y en mi ánima, que estoy por decir que este señor tiene razón; aunque no puedo

imaginar dónde se pueda haber hecho el trueco, porque la cadena no ha salido de aquesta sala.

SOL. La merced que el señor alguacil me ha de hacer, es llevar a la señora al Corregidor; que allá nos averiguaremos.

CRIST. Otra vez torno a decir que, si ante el Corregidor me lleva, me doy por condenada.

BRÍG. Sí, porque no está (170) bien con sus huesos.

CRIST. Desta vez me ahorco. Desta vez me desespero. Desta vez me chupan brujas.

SOL. Ahora bien, yo quiero hacer una cosa por vuestra merced, señora Cristina, siquiera porque no la chupen brujas, o por lo menos se ahorque: esta cadena se parece mucho a la fina del vizcaíno; él es mentecapto y algo borrachuelo; yo se la quiero llevar, y darle a entender que es la suya, y vuestra merced contente aquí al señor alguacil, y gaste la cena desta noche, y sosiegue su espíritu, pues la pérdida no es mucha.

CRIST. Págueselo a vuestra merced todo el cielo; al señor alguacil daré media docena de escudos, y en la cena gastaré uno, y quedaré por esclava perpetua del señor (171) Solórzano.

BRÍG. Y yo me haré rajas bailando en la fiesta.

ALG. Vuestra merced ha hecho como liberal y buen caballero, cuyo oficio ha de ser servir a las mujeres.

SOL. Vengan los diez escudos que di demasiados.

EL VIZCAÍNO FINGIDO

CRIST. Hélos aquí, y más los seis para el señor alguacil.

Entran dos MÚSICOS, y QUIÑONES el vizcaíno.

Mús. Todo lo hemos oído, y acá estamos.

QUIÑ. Ahora sí que puede decir a mi señora Cristina: mamóla una y cien mil veces.

BRÍG. ¿Han visto qué claro que habla el vizcaíno?

QUIÑ. Nunca hablo yo turbio, si no es cuando quiero.

CRIST. Que me maten si no me la han dado a tragar estos bellacos.

QUIÑ. Señores músicos, el romance que les di y que saben, ¿para qué se hizo?

Mús. *La mujer más avisada,
O sabe poco, o no nada.*

La mujer que más presume
De cortar como navaja
Los vocablos repulgados,
Entre las godeñas (172) pláticas:
La que sabe de memoria,
A Lo Fraso (173) y a Diana (174),
Y al Caballero del Febo (175)
Con Olivante de Laura (176);
La que seis veces al mes
Al gran Don Quijote (177) pasa,
Aunque más sepa de aquesto,
O sabe poco, o no nada.

La que se fía en su ingenio,
Lleno de fingidas trazas,
Fundadas en interés
Y en voluntades tiranas;
La que no sabe guardarse,
Cual dicen, del agua mansa,
Y se arroja a las corrientes
Que ligeramente pasan;
La que piensa que ella sola
Es el colmo de la nata
En esto del trato alegre,
O sabe poco, o no nada.

CRIST. Ahora bien, yo quedo burlada, y, con todo esto, convido a vuestras mercedes para esta noche.

QUIN. Aceptamos el convite, y todo saldrá en la colada (178).

VI

EL RETABLO DE
LAS MARAVILLAS

[VI]

ENTREMÉS DEL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

Salen CHANFALLA y la CHIRINOS (179).

CHANF. No se te pasen de la memoria, Chirinos, mis advertimientos, principalmente los que te he dado para este nuevo embuste, que ha de salir tan a luz como el pasado del llovista (180).

CHIR. Chanfalla ilustre, lo que en mí fuere-tenlo como de molde; que tanta memoria tengo como entendimiento, a quien se junta una voluntad de acertar a satisfacerte, que excede a las demás potencias; pero dime: ¿de qué te sirve este Rabelín que hemos tomado? Nosotros dos solos, ¿no pudiéramos salir con esta empresa?

CHANF. Habíamosle menester como el pan de, la boca, para tocar en los espacios que tardaren en salir las figuras del Retablo de las Maravillas.

CHIR. Maravilla será si no nos apedrean por solo el Rabelín; porque, tan desventurada criaturilla, no la he visto en todos los días de mi vida.

Entra EL RABELÍN.

RAB. ¿Hase de hacer algo en este pueblo, señor Autor? (181) Que ya me muero porque vuestra merced vea que no me tomó a carga cerrada (182).

CHIR. Cuatro cuerpos de los vuestros no harán un tercio (183), cuanto más una carga; si no sois más gran músico que grande, medrados estamos.

RAB. Ello dirá; que en verdad que me han escrito para entrar en una compañía de partes (184), por chico que soy.

CHANF. Si os han de dar la parte a medida del cuerpo, casi será invisible.—Chirinos, poco a poco estamos ya en el pueblo, y estos que aquí vienen deben de ser, como lo son sin duda, el Gobernador y los Alcaldes. Salgámosles al encuentro, y date un filo a la lengua en la piedra de la adulación; pero no despuntes de aguda.

Salen el GOBERNADOR, y BENITO REPOLLO, alcalde, JUAN CASTRADO, regidor, y PEDRO CAPACHO, escribano.

Beso a vuestras mercedes las manos: ¿quién de vuestras mercedes es el Gobernador deste pueblo?

GOB. Yo soy el Gobernador; ¿qué es lo que queréis, buen hombre?

CHANF. A tener yo dos onzas de entendimiento, hubiera echado de ver que esa peripatética y anchurosa presencia no podía ser de otro que del dignísimo Gobernador deste honrado pue-

blo; que, con venirlo a ser de las Algarrobillas, lo deseche vuestra merced (185).

CHIR. En vida de la señora y de los señoritos, si es que el señor Gobernador los tiene.

CAP. No es casado el señor Gobernador.

CHIR. Para cuando lo sea: que no se perderá nada.

GOB. Y bien, ¿qué es lo que queréis, hombre honrado?

CHIR. Honrados días viva vuestra merced, que así nos honra; en fin, la encina da bellotas, el pero peras, la parra uvas, y el honrado honra, sin poder hacer otra cosa.

BEN. Sentencia ciceronianca, sin quitar ni poner un punto.

CAP. *Ciceroniana* quiso decir el señor alcalde Benito Repollo.

BEN. Siempre quiero decir lo que es mejor, sino que las más veces no acierto; en fin, buen hombre, ¿qué queréis?

CHANF. Yo, señores míos, soy Montiel, el que trae el Retablo de las Maravillas: hanme enviado a llamar de la corte los señores cofrades de los hospitales, porque no hay autor de comedias en ella, y perecen los hospitales, y con mi ida se remediará todo (186).

GOB. Y ¿qué quiere decir *Retablo de las Maravillas*?

CHANF. Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran, viene a ser llamado Reta-

blo de las Maravillas; el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo, debajo de tales paralelos, rumbo, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado destas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas, jamás vistas ni oídas, de mi retablo (187).

BEN. Ahora echo de ver que cada día se ven en el mundo cosas nuevas. Y ¡qué! ¿se llamaba Tontonelo el sabio que el Retablo compuso?

CHIR. Tontonelo se llamaba, nacido en la ciudad de Tontonela: hombre de quien hay fama que le llegaba la barba a la cintura.

BEN. Por la mayor parte, los hombres de grandes barbas son sabihondos.

GOB. Señor regidor Juan Castrado, yo determino, debajo de su buen parecer, que esta noche se despose la señora Teresa Castrada, su hija, de quien yo soy padrino, y, en regocijo de la fiesta, quiero que el señor Montiel muestre en vuestra casa su Retablo.

JUAN. Eso tengo yo por servir al señor Gobernador, con cuyo parecer me convengo, entablo y arrimo, aunque haya otra cosa en contrario.

CHIR. La cosa que hay en contrario es, que, si no se nos paga primero nuestro trabajo, así verán las figuras, como por el cerro de Úbeda. ¿Y vues-

tras mercedes, señores Justicias, tienen conciencia y alma en esos cuerpos? ¡Bueno sería que entrase esta noche todo el pueblo en casa del señor Juan Castrado, o como es su gracia, y viese lo contenido en el tal Retablo, y mañana, cuando quisiésemos mostralle al pueblo, no hubiese ánima que le viesel No, señores, no, señores; *ante omnia* (188) nos han de pagar lo que fuere justo.

BEN. Señora Autora, aquí no os ha de pagar ninguna Antona, ni ningún Antoño; el señor regidor Juan Castrado os pagará más que honradamente, y si no, el Concejo. ¡Bien conocéis el lugar, por cierto! Aquí, hermana, no aguardamos a que ninguna Antona pague por nosotros.

CAP. ¡Pecador de mí, señor Benito Repollo, y qué lejos da del blanco! No dice la señora Autora que pague ninguna Antona, sino que le paguen adelantado y ante todas cosas, que eso quiere decir *ante omnia*.

BEN. Mirad, escribano Pedro Capacho, haced vos que me hablen a derechas, que yo entenderé a pie llano; vos, que sois leído y escrito, podéis entender esas algarabías de allende(189), que yo no.

JUAN. Ahora bien; ¿contentarse ha el señor Autor con que yo le dé adelantados media docena de ducados? Y más, que se tendrá cuidado que no entre gente del pueblo esta noche en mi casa.

CHANF. Soy contento; porque yo me fío de la diligencia de vuestra merced y de su buen término.

JUAN. Pues véngase conmigo, recibirá el dinero, y verá mi casa, y la comodidad que hay en ella para mostrar ese Retablo.

CHANF. Vamos, y no se les pase de las mientes las calidades que han de tener los que se atrevieren a mirar el maravilloso Retablo.

BEN. A mi cargo queda eso, y séle decir que, por mi parte, puedo ir seguro a juicio, pues tengo el padre alcalde; cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo rancioso tengo sobre los cuatro costados de mi linaje: ¡miren si veré el tal Retablo!

CAP. Todos le pensamos ver, señor Benito Repollo.

JUAN. No nacimos acá en las malvas (190), señor Pedro Capacho.

GOB. Todo será menester, según voy viendo, señores Alcalde, Regidor y Escribano.

JUAN. Vamos, Autor, y manos a la obra; que Juan Castrado me llamo, hijo de Antón Castrado y de Juana Macha; y no digo más, en abono y seguro que podré ponerme cara a cara y a pie quedo delante del referido retablo.

CHIR. ¡Dios lo haga!

Éntranse JUAN CASTRADO y CHANFALLA

GOB. Señora Autora, ¿qué poetas se usan ahora en la corte, de fama y rumbo, especialmente de los llamados cómicos? Porque yo tengo mis puntas y collar de poeta, y pícome de la farándula.

la y carátula (191). Veinte y dos comedias tengo, todas nuevas, que se veen las unas a las otras; estoy aguardando coyuntura para ir a la corte y enriquecer con ellas media docena de autores.

CHIR. A lo que vuestra merced, señor gobernador, me pregunta de los poetas, no le sabré responder; porque hay tantos, que quitan el sol; y todos piensan que son famosos. Los poetas cómicos son los ordinarios y que siempre se usan, y así no hay para qué nombrarlos. Pero dígame vuestra merced, por su vida: ¿cómo es su buena gracia? ¿Cómo se llama?

GOB. A mí, señora Autora, me llaman el Licenciado Gomecillos.

CHIR. ¡Válame Dios! ¿Y qué, vuesa merced es el señor Licenciado Gomecillos, el que compuso aquellas coplas tan famosas de *Lucifer estaba malo*, y *Tómale mal de fuera*?

GOB. Malas lenguas hubo que me quisieron ahijar esas coplas, y así fueron mías como del Gran Turco. Las que yo compuse, y no lo quiero negar, fueron aquellas que trataron del diluvio de Sevilla; que, puesto que los poetas son ladrones unos de otros, nunca me precié de hurtar nada a nadie: con mis versos me ayude Dios, y hurte el que quisiere.

Vuelve CHANFALLA.

CHANF. Señores, vuestras mercedes vengan,

que todo está a punto, y no falta más que comenzar.

CHIR. ¿Está ya el dinero *in corbona*? (192).

CHANF. Y aun entre las telas del corazón.

CHIR. Pues doite por aviso, Chanfalla, que el Gobernador es poeta.

CHANF. ¿Poeta? ¡Cuerpo del mundo! Pues dale por engañado, porque todos los de humor semejante son hechos a la mazacona (193), gente descuidada, crédula y no nada maliciosa.

BEN. Vamos, Autor; que me saltan los pies por ver esas maravillas.

Éntranse todos.

Salen JUANA CASTRADA y TERESA REPOLLA, labradoras:
la una como desposada, que es la Castrada.

CAST. Aquí te puedes sentar, Teresa Repolla amiga, que tendremos el Retablo enfrente; y pues sabes las condiciones que han de tener los miradores del Retablo, no te descuides, que sería una gran desgracia.

TER. Ya sabes, Juana Castrada, que soy tu prima, y no digo más. ¡Tan cierto tuviera yo el cielo, como tengo cierto ver todo aquello que el Retablo mostrare! ¡Por el siglo de mi madre, que me sacase los mismos ojos de mi cara, si alguna desgracia me aconteciese! ¡Bonita soy yo para eso!

CAST. Sosiégate, prima; que toda la gente viene.

EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

Entran el GOBERNADOR, BENITO REPOLLO, JUAN CASTRADO, PEDRO CAPACHO, EL AUTOR y LA AUTORA, y EL MÚSICO, y otra gente del pueblo, y UN SOBRINO de Benito, que ha de ser aquel gentil hombre que baila.

CHANF. Siéntense todos; el Retablo ha de estar detrás deste repostero, y la Autora también, y aquí el músico.

BEN. ¡Músico es éste? Méntele también detrás del repostero, que, a trueco de no velle, daré por bien empleado el no oille.

CHANF. No tiene vuestra merced razón, señor alcalde Repollo, de descontentarse del músico, que en verdad que es muy buen cristiano, y hidalgo de solar conocido.

GOB. ¡Calidades son bien necesarias para ser buen músico!

BEN. De solar, bien podrá ser; mas de sonar, *abrenuncio*.

RAB. ¡Eso se merece el bellaco que se viene a sonar delante de...!

BEN. ¡Pues por Dios, que hemos visto aquí sonar a otros músicos tan...!

GOB. Quédese esta razón en el *de* del señor Rabel, y en el *tan* del Alcalde, que será proceder en infinito; y el señor Montiel comience su obra.

BEN. Poca balumba trae este autor para tan gran Retablo.

JUAN. Todo debe de ser de maravillas.

CHANF. Atención, señores, que comienzo.—

¡Oh tú, quien quiera que fuiste, que fabricaste este Retablo con tan maravilloso artificio, que alcanzó renombre *de las Maravillas*: por la virtud que en él se encierra, te conjuro, apremio y mando que luego incontinenti (194) muestres a estos señores algunas de las tus maravillosas maravillas, para que se regocijen y tomen placer, sin escándalo alguno! Ea, que ya veo que has otorgado mi petición, pues por aquella parte asoma la figura del valentísimo Sansón, abrazado con las columnas del templo, para derriballe por el suelo y tomar venganza de sus enemigos. ¡Tente, valeroso caballero, tente, por la gracia de Dios Padre; no hagas tal desaguizado, porque no cojas debajo y hagas tortilla tanta y tan noble gente como aquí se ha juntado!

BEN. ¡Téngase, cuerpo de tal conmigol! ¡Bueno sería que, en lugar de habernos venido a holgar, quedásemos aquí hechos plastal! ¡Téngase, señor Sansón, pesia a mis males, que se lo ruegan buenos!

CAP. ¿Veisle vos, Castrado?

JUAN. Pues ¿no le había de ver? ¿Tengo yo los ojos en el colodrillo?

CAP. Milagroso caso es éste: así veo yo a Sansón ahora, como el Gran Turco. Pues en verdad que me tengo por legítimo y cristiano viejo.

CHIR. ¡Guárdate, hombre, que sale el mismo toro que mató al ganapán en Salamancal! ¡Échate, hombre; échate, hombre; Dios te libre, Dios te libre!

CHANF. ¡Échense todos, échense todos! ¡Húcho hol, ¡húcho hol, ¡húcho hol (195).

Échense todos, y alborótanse.

BEN. El diablo lleva en el cuerpo el torillo; sus partes tiene de hosco y de bragado; si no me tiendo, me lleva de vuelo.

JUAN. Señor Autor, haga, si puede, que no salgan figuras que nos alboroten; y no lo digo por mí, sino por estas mochachas, que no les ha quedado gota de sangre en el cuerpo, de la ferocidad del toro.

CAST. Y ¡cómo, padre! No pienso volver en mí en tres días; ya me vi en sus cuernos, que los tiene agudos como una lesna.

JUAN. No fueras tú mi hija, y no lo vieras.

GOB. Basta, que todos ven lo que yo no veo; pero al fin habré de decir que lo veo, por la negra honrilla.

CHIR. Esa manada de ratones que allá va, decidiendo por línea recta de aquellos que se criaron en el arca de Noé; dellos son blancos, dellos albarazados (196), dellos jaspeados, y dellos azules; y, finalmente, todos son ratones.

CAST. ¡Jesús! ¡ay de mí! ¡ténganme, que me arrojaré por aquella ventana! ¡Ratones? ¡Desdichada! Amiga, apriétate las faldas, y mira no te muerdan; y ¡monta que son pocos! ¡por el siglo de mi abuela, que pasan de milenta!

REP. Yo sí soy la desdichada, porque se me entran sin reparo ninguno; un ratón morenico me tiene asida de una rodilla: ¡socorro venga del cielo, pues en la tierra me falta!

BEN. Aun bien que tengo gregüescos: que no hay ratón que se me entre, por pequeño que sea.

CHANF. Esta agua, que con tanta priesa se deja descolgar de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordán. Toda mujer a quien tocara en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y a los hombres se les volverán las barbas como de oro.

CAST. ¿Oyes, amiga? descubre el rostro, pues ves lo que te importa. ¡Oh qué licor tan sabroso! Cúbrase, padre, no se moje.

JUAN. Todos nos cubrimos, hija.

BEN. Por las espaldas me ha calado el agua hasta la canal maestra.

CAP. Yo estoy más seco que un esparto.

GOB. ¿Qué diablos puede ser esto, que aun no me ha tocado una gota, donde todos se ahogan? Mas ¿si viniera yo a ser bastardo entre tantos legítimos?

BEN. Quítenme de allí aquel músico; si no, voto a Dios que me vaya sin ver más figura. ¡Válgate el diablo por músico aduendado, y qué hace de menudear sin cítola y sin son!

RAB. Señor alcalde, no tome conmigo la hinchacha; que yo toco como Dios ha sido servido de enseñarme.

BEN. ¿Dios te había de enseñar, sabandija? ¡Métete tras la manta; si no, por Dios que te arroje este bancol

RAB. El diablo creo que me ha traído a este pueblo.

CAP. Fresca es el agua del santo río Jordán; y, aunque me cubrí lo que pude, todavía me alcanzó un poco en los bigotes, y apostaré que los tengo rubios como un oro.

BEN. Y aun peor cincuenta veces.

CHIR. Allá van hasta dos docenas de leones rapantes y de osos colmeneros; todo viviente se guarde; que, aunque fantásticos, no dejarán de dar alguna pesadumbre, y aun de hacer las fuerzas de Hércules, con espadas desenvainadas.

JUAN. Ea, señor Autor, ¡cuerpo de nosla! ¿y ahora nos quiere llenar la casa de osos y de leones?

BEN. ¡Mirad qué ruiseñores y calandrias nos envía Tontonelo, sino leones y dragones! Señor Autor, o (197) salgan figuras más apacibles, o aquí nos contentamos con las vistas, y Dios le guíe, y no pare más en el pueblo un momento.

CAST. Señor Benito Repollo, deje salir ese oso y leones, siquiera por nosotras, y recibiremos mucho contento.

JUAN. Pues, hija, ¿de antes te espantabas de los ratones, y ahora pides osos y leones?

CAST. Todo lo nuevo aplace, señor padre.

CHIR. Esa doncella, que agora se muestra tan

galana y tan compuesta, es la llamada Herodías, cuyo baile alcanzó en premio la cabeza del Precursor de la vida. Si hay quien la ayude a bailar, verán maravillas.

BEN. ¡Esta sí ¡cuerpo del mundo! que es figura hermosa, apacible y reluciente! ¡Hi de puta, y cómo que se vuelve la mochac[h]a! — Sobrino Repollo, tú, que sabes de achaque de castañetas, ayúdala, y será la fiesta de cuatro capas (198).

SOB. Que me place, tío Benito Repollo.

Tocan la zarabanda.

CAP. ¡Toma mi abuelo, si es antiguo el baile de la zarabanda y de la chacona!

BEN. Ea, sobrino, ténselas tiesas a esa bellaca jodía; pero, si ésta es jodía, ¿cómo vee estas maravillas?

CHANF. Todas las reglas tienen excepción, señor Alcalde.

Suena una trompeta o corneta dentro del teatro, y entra
UN FURRIER (199) de compañías.

FURR. ¿Quién es aquí el señor Gobernador?

GOB. Yo soy. ¿Qué manda vuestra merced?

FURR. Que luego, al punto, mande hacer alojamiento para treinta hombres de armas que llegarán aquí dentro de media hora, y aun antes, que ya suena la trompeta; y adiós.

[Vase.]

BEN. Yo apostaré que los envía el sabio Tontonelo.

CHANF. No hay tal; que esta es una compañía de caballos, que estaba alojada dos leguas de aquí.

BEN. Ahora yo conozco bien a Tontonelo, y sé que vos y él sois unos grandísimos bellacos, no perdonando al músico; y mirá que os mando que mandéis a Tontonelo no tenga atrevimiento de enviar estos hombres de armas, que le haré dar docientos azotes en las espaldas, que se vean unos a otros.

CHANF. ¡Digo, señor alcalde, que no los envía Tontonelo!

BEN. Digo que los envía Tontonelo, como ha enviado las otras sabandijas que yo he visto.

CAP. Todos las habemos visto, señor Benito Repollo.

BEN. No digo yo que no, señor Pedro Capacho.—No toques más, músico de entre sueños, que te romperé la cabeza.

Vuelve el FURRIER.

FURR. Ea, ¿está ya hecho el alojamiento? que ya están los caballos en el pueblo.

BEN. ¿Qué, todavía ha salido con la suya Tontonelo? ¡Pues yo os voto a tal, Autor de humos y de embelecos, que me lo habéis de pagar!

CHANF. Séanme testigos que me amenaza el Alcalde.

CHIR. Séanme testigos que dice el Alcalde que, lo que manda S. M., lo manda el sabio Tontonelo.

BEN. Atontoneleada te vean mis ojos, plega a Dios Todopoderoso.

GOB. Yo para mí tengo que verdaderamente estos hombres de armas no deben de ser de burlas.

FURR. ¿De burlas habían de ser, señor Gobernador? ¿Está en su seso?

JUAN. Bien pudieran ser atontoneleados; como esas cosas habemos visto aquí. Por vida del Autor, que haga salir otra vez a la doncella Herodías, porque vea este señor lo que nunca ha visto; quizá con esto le cohecharemos para que se vaya presto del lugar.

CHANF. Eso en buen hora, y véisla aquí a do vuelve, y hace de señas a su bailador a que de nuevo la ayude.

SOB. Por mí no quedará, por cierto.

BEN. Eso sí, sobrino, cánsala, cánsala; vueltas y más vueltas; ¡vive Dios, que es un azogue la muchacha! ¡Al hoyo, al hoyo! ¡A ello, a ello!

FURR. ¿Está loca esta gente? ¿Qué diablos de doncella es ésta, y qué baile, y qué Tontonelo?

CAP. Luego ¿no vee la doncella herodiana el señor Furrier?

FURR. ¿Qué diablos de doncella tengo de ver?

CAP. Basta: de *ex il[li]is* es.

GOB. De *ex il[li]is* es, de *ex il[li]is* es.

JUAN. Dellos es, dellos el señor Furrier, dellos es.

FURR. ¡Soy de la mala puta que los parió; y, por Dios vivo, que, si echo mano a la espada, que los haga salir por las ventanas, que no por la puerta!

CAP. Basta: de *ex il[li]is* es.

BEN. Basta: dellos es, pues no vee nada.

FURR. Canalla barretina: si otra vez me dicen que soy dellos, no les dejaré hueso sano.

BEN. Nunca los confesos (200) ni bastardos fueron valientes; y por eso no podemos dejar de decir: dellos es, dellos es.

FURR. ¡Cuerpo de Dios con los villanos! ¡Esperad!

Mete mano a la espada, y acuchillase con todos; y el Alcalde aporrea al Rabellejo; y la Chirinos (201) descuelga la manta y dice:

CHIR. El diablo ha sido la trompeta y la venida (202) de los hombres de armas; parece que los llamaron con campanilla (203).

CHANF. El suceso ha sido extraordinario; la virtud del Retablo se queda en su punto, y mañana lo podemos mostrar al pueblo; y nosotros mismos podemos cantar el triunfo desta batalla, diciendo: ¡Vivan Chirinos y Chanfalla!



VII

LA CUEVA DE SALAMANCA

[VII]

ENTREMÉS DE LA CUEVA DE SALAMANCA

Salen PANCRACIO, LEONARDA, y CRISTINA.

PANC. Enjugad, señora, esas lágrimas, y poned pausa a vuestros suspiros, considerando que cuatro días de ausencia no son siglos: yo volveré, a lo más largo, a los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor, por no turbar la vuestra romper mi palabra, y dejar esta jornada; que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

LEONARDA. No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que por respeto mío vos parezcáis descor-tés; id en hora buena, y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas: que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere. Sólo os encargo la vuelta, y que no paséis del término que habeis puesto.—Tenme, Cristina, que se me aprieta el corazón.

Desmáyase LEONARDA.

CRIST. ¡Oh, que bien hayan las bodas y las fiestas! En verdad, señor, que, si yo fuera que vuestra merced, que nunca allá fuera.

PANC. Entra, hija, por un vidrio de agua para echársela en el rostro. Mas espera; diréle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos.

Dicele las palabras: vuelve LEONARDA diciendo:

LEONARDA. Basta: ello ha de ser forzoso: no hay sino tener paciencia, bien mío; cuanto más os de-[t]uviéredes, más dilatais mi contento. Vuestro compadre L[c]oniso os debe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios: que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANC. Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

LEONARDA. No, no, descanso mío; que mi gusto está en el vuestro; y, por agora, más que os váis, que no os quedéis, pues es vuestra honra la mía.

CRIST. ¡Oh espejo del matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto a sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEONARDA. Entra, Cristinica, y saca mi manto; que quiero acompañar a tu señor hasta dejarle en el coche.

PANC. No, por mi amor; abrazadme, y quedaos, por vida mía.—Cristinica, ten cuenta de regalar a tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tú le quisieres.

CRIST. Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora, porque la pienso persuadir de manera a que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuestra merced le ha de hacer.

LEONARDA. ¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! porque, ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores sí.

PANC. Ya no lo puedo sufrir. Quedad en paz, lumbre destos ojos, los cuales no verán cosa que les dé placer, hasta volveros a ver.

Éntrase PANCRACTIO.

LEONARDA. Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz (204). Vayas, y no vuelvas; la ida del humo (205). Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

CRIST. Mil veces temí que con tus estremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEONARDA. ¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRIST. ¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron (206) con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y

de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el rey el Jueves Santo a sus pobres (207); sino que la canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco, y dos capones que aun no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja (208), que huele que traciende.

LEONARDA. Es muy cumplido, y lo fué siempre, mi Reponce (209), sacristán de las telas de mis entrañas.

CRIST. Pues ¿qué le falta a mi maese Nicolás, barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido?

LEONARDA. ¿Pusiste la canasta en cobro?

CRIST. En la cocina la tengo, cubierta con un cernadero, por el disimulo.

Llama a la puerta el ESTUDIANTE CARRAOLANO, y, en llamando, sin esperar que le respondan, entra.

LEONARDA. Cristina, mira quien llama.

EST. Señoras, soy yo, un pobre estudiante.

CRIST. Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa estraña es esta, que no hay pobre que espere a que le saquen la limosna a la puerta, sino que se entran en

las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan a quien duerme, o si no!

Est. Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuestra merced; cuanto más que yo no quería, ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeriza o pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que, según se me trasluce, parece que con grandísimo rigor a la tierra amenazan.

LEONARDA. ¿Y, de dónde bueno sois, amigo?

Est. Salmantino soy, señora mía; quiero decir, que soy de Salamanca. Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme a mi tierra: robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinarde (210), en Cataluña, porque él estaba ausente; que, a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio, porque es muy cortés y comedido, y además limosnero. Hame tomado a estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

LEONARDA. ¡En verdad, Cristina, que me ha movido a lástima el estudiante!

CRIST. Ya me tiene a mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real; quiero decir, que en las reliquias de la canasta habrá en quien adore su hambre; y más, que me ayudará a pelar la volatería que viene en la cesta.

LEONARDA. Pues ¿cómo, Cristina, quieres que

metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

CRIST. Así tiene él talle de hablar por el colodrillo, como por la boca (211).—Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

EST. ¿Cómo si sé pelar? No entiendo eso de saber pelar, si no es que quiere vuesa merced motejarme de pelón; que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelón del mundo.

CRIST. No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino por saber si sabía pelar dos o tres pares de capones.

EST. Lo que sabré responder es, que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

LEONARDA. Desa manera, ¿quién duda sino que sabrá pelar, no sólo capones, sino gansos y avutardas? Y, en esto del guardar secreto, ¿cómo le va? y, a dicha, ¿[es] tentado de decir todo lo que vee, imagina o siente?

EST. Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el Rastro (212), que yo desplegue mis labios para decir palabra alguna.

CRIST. Pues atúrese (213) esa boca, y córsase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los pies que quisiere para su cama.

EST. Con siete tendré demasiado: que no soy nada codicioso ni regalado.

Entran el SACRISTÁN REPONCE y el BARBERO.

SAC. ¡Oh, que en hora buena estén los automedones y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas, y las dos recíprocas voluntades que sirven de basas y columnas a la amorosa fábrica de nuestros deseos!

LEONARDA. ¡Esto solo me enfada déll Reponce mío: habla, por tu vida, a lo moderno, y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

BARB. Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato; pan por vino y vino por pan, o como suele decirse.

SAC. Sí, que diferencia ha de haber de un sacristán gramático a un barbero (214) romancista.

CRIST. Para lo que yo he menester a mi barbero, tanto latín sabe, y aun más, que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia, ni de modos de hablar: que cada uno habla, si no como debe, a lo menos como sabe; y entrémonos, y manos a la labor, que hay mucho que hacer.

EST. Y mucho que pelar.

SAC. ¿Quién es este buen hombre?

LEONARDA. Un pobre estudiante salamanqueso, que pide albergó para esta noche.

SAC. (215) Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y váyase con Dios.

EST. Señor sacristán Reponce, recibo y agradezco (216) la merced y la limosna; pero yo soy

mudo, y pelón además, como lo ha menester esta señora doncella, que me tiene convidado; y voto a... de no irme esta noche desta casa, si todo el mundo me lo manda. Confíese vuestra merced mucho de (217) enhoramala de un hombre de mis prendas, que se contenta de dormir en un pajar; y si lo han por sus capones, peléelos el Turco y cómanselos ellos, y nunca del cuero les salgan.

BARB. - Este más parece rufián que pobre. Talle tiene de alzarse con toda la casa.

CRIST. No medre yo, si no me contenta el brío. Entrémonos todos, y demos orden en lo que se ha de hacer; que el pobre pelará y callará como en misa.

EST. Y aun como en vísperas.

SAC. Puesto me ha miedo (218) el pobre estudiante; yo apostaré que sabe más latín que yo.

LEONARDA. De ahí le deben de nacer los bríos que tiene; pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas.

Éntranse todos, y sale LEONISO, compadre de Pancracio, y PANCRACIO.

COMP. Luego lo ví yo que nos había de faltar la rueda; no hay cochero que no sea temático; si él rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

PANC. A mí no se me da nada; que antes gusto de volverme y pasar esta noche con mi esposa

Leonarda, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para espirar, del sentimiento de mi partida.

COMP. ¡Gran mujer! ¡De buena os ha dado el cielo, señor compadre! Dadle gracias por ello.

PANC. Yo se las doy como puedo, y no como debo; no hay Lucrecia que se [le] llegue, ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

COMP. Si la mía no fuera celosa, no tenía yo más que desear. Por esta calle está más cerca mi casa: tomad, compadre, por estas, y estaréis presto en la vuestra; y veámonos mañana, que [no] me faltará coche para la jornada. Adiós.

PANC. Adiós.

Éntranse los dos.

Vuelven a salir el SACRISTÁN [y] el BARBERO, con sus guitarras: LEONARDA, CRISTINA y el ESTUDIANTE. Sale el sacristán con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando al son de su misma guitarra; y, a cada cabriola, vaya diciendo estas palabras:

SAC. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

CRIST. Señor sacristán Reponce, no es este tiempo de danzar; dése orden en cenar, y en las demás cosas, y quédense las danzas para mejor coyuntura.

SAC. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

LEONARDA. Déjale, Cristina; que en extremo gusto de ver su agilidad.

Llama Pancracio a la puerta, y dice:

PANC. Gente dormida, ¿no oís? ¡Cómol! ¿Y tan temprano tenéis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por aquí.

LEONARDA. ¡Ay, desdichada! A la voz, y a los golpes, mi marido Pancracio es éste; algo le debe de haber sucedido, pues él se vuelve. Señores, a recogerse a la carbonera: digo al desván, donde está el carbón.—Corre, Cristina, y lléalos; que yo entretendré a Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

EST. ¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

CRIST. ¡Gentil relente, por cierto! ¡Ea, vengan todos!

PANC. ¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abrís, lirones?

EST. Es el toque, que yo no quiero correr la suerte destos señores. Escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme a mí al pajar, que, si allí me hallan, antes pareceré pobre que adúltero.

CRIST. Caminen, que se hunde la casa a golpes.

SAC. El alma llevo en los dientes.

BARB. Y yo en los carcañares.

Éntranse todos, y asómase LEONARDA a la ventana.

LEONARDA. ¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

PANC. Tu marido soy, Leonarda mía; ábreme, que ha media hora que estoy rompiendo a golpes estas puertas.

LEONARDA. En la voz, bien me parece a mí que oigo a mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo se parece a la de otro gallo, y no me aseguro.

PANC. ¡Oh recato inaudito de mujer prudente! Que yo soy, vida mía, tu marido Pancracio: ábreme con toda seguridad.

LEONARDA. Venga acá, yo lo veré agora. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANC. Suspiraste, lloraste, y al cabo te desmayaste.

LEONARDA. Verdad; pero, con todo esto, dígame: ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombres?

PANC. En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

LEONARDA. Verdad; pero ¿cómo se llama la doncella de casa?

PANC. ¡Ea, boba, no seas enfadosa: Cristinica se llamal ¿Qué más quieres?

[LEONARDA.] ¡Cristinica, Cristinica, tu señor es; ábrele, niña!

CRIST. Ya voy, señora; que él sea muy bien venido.—¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿Qué acelerada vuelta es ésta?

LEONARDA. ¡Ay, bien mío! Decídnoslo presto,

que el temor de algún mal suceso me tiene ya sin pulsos.

PANC. No ha sido otra cosa sino que en un barranco se quebró la rueda del coche, y mi compadre y yo determinamos volvernos, y no pasar la noche en el campo; y mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo. Pero ¿qué voces hay?

Dentro, y como de muy lejos, diga el estudiante:

EST. ¡Ábrame aquí, señores; que me ahogo!

PANC. ¿Es en casa, o en la calle?

CRIST. Que me maten si no es el pobre estudiante que encerré en el pajar, para que durmiese esta noche.

PANC. ¿Estudiante encerrado en mi casa, y en mi ausencia? ¡Malol! En verdad, señora, que, si no me tuviera asegurado vuestra mucha bondad, que me causara algún recelo este encerramiento. Pero vé, Cristina, y ábrele; que se le debe de haber caído toda la paja acuestas.

CRIST. Ya voy. [Vase.]

LEONARDA. Señor, que es un pobre salamanqueso, que pidió que le acogiésemos esta noche, por amor de Dios, aunque fuese en el pajar; y, ya sabes mi condición, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero veisle aquí, y mirad cuál sale.

·Sale el ESTUDIANTE y CRISTINA; él lleno de paja las barbas, cabeza y vestido.

EST. Si yo no tuviera tanto miedo, y fuera menos escrupuloso, yo hubiera escusado el peligro de ahogarme en el pajar, y hubiera cenado mejor, y tenido más blanda y menos peligrosa cama.

PANC. Y ¿quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

EST. ¿Quién? mi habilidad; sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

PANC. ¡Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, pues os teméis de la justicia!

EST. La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara a costa de mis herederos; y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

PANC. No se cure dellas, amigo, sino haga lo que quisiere, que yo les haré que callen; y ya deseo en todo extremo ver alguna destas cosas que dice que se aprenden en la Cueva de Salamanca (219).

EST. ¿No se contentará vuestra merced con que le saque de aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan acuestas una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

LEONARDA. ¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesús! Librada sea yo de lo que librarme no sé.

CRIST. El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo: ¡plega a Dios que vaya a buen viento esta parva! Temblándome está el corazón en el pecho.

PANC. Ahora bien; si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y a la canasta de las fiambreras; y torno a advertir, que las figuras no sean espantosas.

EST. Digo que saldrán en figura del sacristán de la parroquia, y en la de un barbero su amigo.

CRIST. ¿Mas que lo dice por el sacristán Roponce (220), y por maese Roque, el barbero de casa? ¡Desdichados dellos, que se han de ver convertidos en diablos!—Y dígame, hermano, ¿y éstos han de ser diablos bautizados?

EST. ¡Gentil-novedad! ¿A dónde diablos hay diablos bautizados, o para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen, porque no hay regla sin excepción; y apártense, y verán maravillas.

LEONARDA. ¡Ay, sin ventural! Aquí se descose; aquí salen nuestras maldades a plaza; aquí soy muerta.

CRIST. ¡Ánimo, señora, que buen corazón quebranta mala ventural!

EST. Vosotros, mezquinos, que en la carbonera Hallastes amparo a vuestra desgracia,
Salid, y en los hombros, con priesa y con
Sacad la canasta de la fiambrera; [gracia,
No me incitéis a que de otra manera

Más dura os conjure. Salid; ¿qué esperáis?
Mirad que si a dicha el salir rehusáis,
Tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Hora bien; yo sé cómo me tengo de haber con estos demonicos humanos: quiero entrar allá dentro, y a solas hacer un conjuro tan fuerte, que los haga salir más que de paso; aunque la calidad destes demonios, más está en sabellos aconsejar, que en conjurallos.

Éntrase el ESTUDIANTE.

PANC. Yo digo que, si éste sale con lo que ha dicho, que será la cosa más nueva y más rara que se haya visto en el mundo.

LEONARDA. Sí saldrá, ¿quién lo duda? pues ¿habíanos de engañar?

CRIST. Ruido anda allá dentro; yo apostaré que los saca; pero vee aquí do vuelve con los demonios y el apatusco (221) de la canasta.

[Salen el ESTUDIANTE, el SACRISTÁN, y el BARBERO.]

LEONARDA. ¡Jesús! ¡Qué parecidos son los de la carga al sacristán Reponce y al barbero de la plazuela!

CRIST. Mirá, señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesús.

SAC. Digan lo que quisieren; que nosotros somos como los perros del herrero, que dormimos

al son de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEONARDA. Lléguese a que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen menos.

EST. Yo haré la salva (222) y comenzaré por el vino. (Bebe.) Bueno es: ¿es de Esquivias, señor sacridiablo?

SAC. De Esquivias es, juro a...

EST. Téngase, por vida suya, y no pase adelante. ¡Amiguito soy yo de diablos juradores! Demonico, demonico, aquí no venimos a hacer pecados mortales, sino a pasar una hora de pasatiempo, y cenar, y irnos con Cristo.

CRIST. ¿Y éstos, han de cenar con nosotros?

PANC. Sí, que los diablos no comen.

BARB. Sí comen algunos, pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

CRIST. ¡Ay, señores! Quédense acá los pobres diablos, pues han traído la cena; que sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

LEONARDA. Como no nos espanten, y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

PANC. Queden; que quiero ver lo que nunca he visto.

BARB. Nuestro Señor pague a vuestras mercedes la buena obra, señores míos.

CRIST. ¡Ay, qué bien criados, qué cortesés! Nunca medre yo, si todos los diablos son como éstos, si no han de ser mis amigos de aquí adelante.

LA CUEVA DE SALAMANCA

SAC. Oigan, pues, para que se enamoren de veras.

Toca el Sacristán, y canta; y ayúdale el Barbero con el último verso no más.

SAC. Oigan los que poco saben
Lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene

BARB. *La Cueva de Salamanca.*

SAC. Oigan lo que dejó escrito
Della el Bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua
Que dicen que fué potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes

BARB. *La Cueva de Salamanca.*

SAC. En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca.
Siéntanse los que allí enseñan
De alquitrán en una banca,
Porque estas bombas encierra

BARB. *La Cueva de Salamanca.*

SAC. En ella se hacen discretos
Los moros de la Palanca;
Y el estudiante más burdo
Ciencias de su pecho arranca.
A los que estudian en ella,
Ninguna cosa les manca;
Viva, pues, siglos eternos

BARB. *La Cueva de Salamanca.*

SAC. Y nuestro conjurador,
Si es a dicha de Loranca,

Tenga en ella cien mil vides
De uva tinta y de uva blanca;
Y al diablo que le acusare,
Que le den con una tranca,
Y para el tal jamás sirva

BARB. *La Cueva de Salamanca.*

CRIST. Basta; ¿que también los diablos son poetas?

BARB. Y aun todos los poetas son diablos.

PANC. Dígame, señor mío, pues los diablos lo saben todo, ¿dónde se inventaron todos estos bailes de las *Zarabandas*, *Zambapalo*, y *Dello me pesa*, con el famoso del nuevo *Escarramán*? (223).

BARB. ¿Adonde? en el infierno; allí tuvieron su origen y principio.

PANC. Yo así lo creo.

LEONARDA. Pues en verdad, que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco; sino que por mi honestidad, y por guardar el decoro a quien soy, no me atrevo a bailarle.

SAC. Con cuatro mudanzas que yo le enseñase a vuestra merced cada día en una semana, saldría única en el baile; que sé que le falta bien poco.

EST. Todo se andará; por agora entrémonos a cenar, que es lo que importa.

PANC. Entremos; que quiero averiguar si los diablos comen o no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y, por Dios, que no han de salir de mi casa hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en la Cueva de Salamanca.

VIII

EL VIEJO CELOSO

[VIII]

ENTREMÉS DEL VIEJO CELOSO

Salen DOÑA LORENZA, y CRISTINA su criada,
y ORTIGOSA, su vecina.

LOR. Milagro ha sido éste, señora Ortigosa, el no haber dado la vuelta a la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación; este es el primero día, después que me casé con él, que hablo con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida a él y a quien con él me casó.

ORT. Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

LOR. Y aun con esos y otros semejantes villancicos o refranes me engañaron a mí; que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces; malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuanto me da y promete. ¿De qué me sirve a mí todo aquesto, si en mitad de la riqueza estoy pobre, y en medio de la abundancia con hambre?

CRIST. En verdad, señora tía, que tienes razón; que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otro adelante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

LOR. ¿Yo le tomé, sobrina? A la fe, diómele quien pudo; y yo, como muchacha, tuí más presta al obedecer que al contradecir; pero, si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, antes me tarazara la lengua (224) con los dientes, que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años; pero yo imagino que no fué otra cosa sino que había de ser ésta, y que, las que han de suceder forzosamente, no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga.

CRIST. ¡Jesús, y del mal viejo! Toda la noche: «Daca el orinal, toma el orinal; levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de la ijada: dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra.» Con más ungüentos y medicinas en el aposento, que si fuera una botica; y yo, que apenas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera. ¡Pux, pux, pux, viejo clueco, tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo!

LOR. Dice la verdad mi sobrina.

CRIST. ¡Pluguiera a Dios que nunca yo la dijera en esto!

ORT. Ahora bien, señora doña Lorenza; vuestra merced haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El

EL VIEJO CELOSO

mozo es como un ginjo verde (225); quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y pues los celos y el recato del viejo no nos dan lugar a demandas ni a respuestas, resolución y buen ánimo: que, por la orden que hemos dado, yo le pondré al galán en su aposento de vuestra merced y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos, y viese más que un zahorí, que dicen que vee siete estados debajo de la tierra.

LOR. Como soy primeriza, estoy temerosa, y no querría, a trueco del gusto, poner a riesgo la honra.

CRIST. Eso me parece, señora tía, a lo del cantar de Gómez Arias (226):

«Señor Gómez Arias,
Doleos de mí;
Soy niña y muchacha,
Nunca en tal me vi.»

LOR. Algún espíritu malo debe de hablar en ti, sobrina, según las cosas que dices.

CRIST. Yo no sé quién habla; pero yo sé que haría todo aquello que (227) la señora Ortigosa ha dicho, sin faltar punto.

LOR. ¿Y la honra, sobrina?

CRIST. ¿Y el holgarnos, tía?

LOR. ¿Y si se sabe?

CRIST. ¿Y si no se sabe?

LOR. Y ¿quién me asegurará a mí que no se sepa?

ORT. ¿Quién? la buena diligencia, la sagacidad, la industria; y, sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.

CRIST. Mire, señora Ortigosa, tráyanosle galán, limpio, desenvuelto, un poco atrevido, y, sobre todo, mozo.

ORT. Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más, que es rico y liberal.

LOR. Que no quiero riquezas, señora Ortigosa; que me sobran las joyas, y me ponen en confusión las diferencias de colores de mis muchos vestidos; hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud a Cañizares (228); más vestida me tiene que un palmito, y con más joyas que la vedriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara a todas horas la casa, desterrara della los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varón; que, a trueco de que no hiciera esto y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dádivas y mercedes.

ORT. ¿Que tan celoso es?

LOR. ¡Digo! que le vendían el otro día una tapicería a bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso, y compró otra de verduras, por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay antes que se llegue a mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave; y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

EL VIEJO CELOSO

CRIST. Tía, la llave de loba (229) creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

LOR. No lo creas, sobrina; que yo duermo con él, y jamás le he visto ni sentido que tenga llave alguna.

CRIST. Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa; y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas porque se vayan: es un malo, es un brujo, es un viejo, que no tengo más que decir.

LOR. Señora Ortigosa, váyase, no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo a perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego; que estoy tan aburrida, que no me falta sino echarme una soga al cuello, por salir de tan mala vida.

ORT. Quizá con esta que ahora se comenzará, se le quitará toda esa mala gana y le vendrá otra más saludable y que más la contente.

CRIST. Así suceda, aunque me costase a mí un dedo de la mano: que quiero mucho a mi señora tía, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder deste viejo y reviejo, y más que viejo; y no me puedo hartar de decille viejo.

LOR. Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.

CRIST. ¿Deja por eso de ser viejo? Cuanto más, que yo he oído decir que siempre los viejos son amigos de niñas.

ORT. Así es la verdad, Cristina, y adiós, que,

en acabando de comer, doy la vuelta. Vuestra merced esté muy en lo que dejamos concertado, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.

CRIST. Señora Ortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailecico pequeñito, con quien yo me huelgue.

ORT. Yo se lo traeré a la niña pintado.

CRIST. ¡Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito, como unas perlas!

LOR. ¿Y si lo vee tío?

CRIST. Diréle yo que es un duende, y tendrá dél miedo, y holgaréme yo.

ORT. Digo que yo le traire, y adiós.

Vase ORTIGOSA.

CRIST. Mire, tía: si Ortigosa trae al galán y a mi frailecico, y si señor los viere, no tenemos más que hacer, sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo o enterrarle en la caballeriza.

LOR. Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.

CRIST. Pues no sea el viejo celoso, y déjenos vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno, y vivimos como unas santas.

Éntranse.

Entran CAÑIZARES, viejo, y UN COMPADRE (230) suyo.

CAÑ. Señor compadre, señor compadre: el se-

tentón que se casa con quince, o carece de entendimiento, o tiene gana de visitar el otro mundo lo más presto que le sea posible. Apenas me casé con doña Lorencica, pensando tener en ella compañía y regalo, y persona que se hallase en mi cabecera, y me cerrase los ojos al tiempo de mi muerte, cuando me embistieron una turba multa de trabajos y desasosiegos; tenía casa, y busqué casar; estaba posado (231), y desposéme.

COMP. Compadre, error fué, pero no muy grande; porque, según el dicho del Apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

CAÑ. ¡Que no había que abrasar en mí, señor compadre, que con la menor llamarada quedara hecho ceniza! Compañía quise, compañía busqué, compañía hallé; pero Dios lo remedie, por quien él es.

COMP. ¿Tiene celos, señor compadre?

CAÑ. Del sol que mira a Lorencita, del aire que le toca, de las faldas que la vapulean.

COMP. ¿Dale ocasión?

CAÑ. Ni por pienso, ni tiene por qué, ni cómo, ni cuándo, ni a dónde: las ventanas, amén de estar con llave, las guarnecen rejas y celosías; las puertas, jamás se abren: vecina no atraviesa mis umbrales, ni los (232) atravesará mientras Dios me diere vida. Mirad, compadre: no les vienen los malos aires a las mujeres de ir a los jubileos ni a las procesiones, ni a todos los actos de regocijos públicos; donde ellas se mancan, donde ellas se

estropean, y adonde ellas se dañan, es en casa de las vecinas y de las amigas; más maldades encubre una mala amiga, que la capa de la noche; más conciertos se hacen en su casa y más se concluyen, que en una semblea (233).

COMP. Yo así lo creo; pero, si la señora doña Lorenza no sale de casa, ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

CAÑ. De que no pasará mucho tiempo en que no caya Lorencica en lo que le falta; que será un mal caso, y tan malo, que en sólo pensallo le temo, y de temerle me desespero, y de desesperarme vivo con disgusto.

COMP. Y con razón se puede tener ese temor; porque las mujeres querrían gozar enteros los frutos del matrimonio.

CAÑ. La mía los goza doblados.

COMP. Ahí está el daño, señor compadre.

CAÑ. No, no, ni por pienso; porque es más simple Lorencica que una paloma, y hasta agora no entiende nada desas filaterías (234); y adiós, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

COMP. Yo quiero entrar allá, y ver a mi señora doña Lorenza.

CAÑ. Habéis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban de un refrán, que decía: *Amicus usque ad aras*, que quiere decir: «El amigo hasta el altar»; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuere contra Dios; y yo digo que mi amigo *usque ad portam*,

EL VIEJO CELOSO

hasta la puerta; que ninguno ha de pasar mis quicios; y adiós, señor compadre, y perdóneme.

Éntrase CAÑIZARES.

COMP. En mi vida he visto hombre más recatado, ni más celoso, ni más impertinente; pero éste es de aquellos que traen la sogá arrastrando, y de los que siempre vienen a morir del mal que temen.

Éntrase el COMPADRE.

Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA.

CRIST. Tía, mucho tarda tío, y más tarda Ortigosa.

LOR. Mas que nunca él acá viniese, ni ella tampoco, porque él me enfada, y ella me tiene confusa.

CRIST. Todo es probar, señora tía; y, cuando no saliere bien, darle del codo.

LOR. ¡Ay, sobrina! que estas cosas, o yo sé poco, o sé que todo el daño está en probarlas.

CRIST. A fe, señora tía, que tiene poco ánimo, y que, si yo fuera de su edad, que no me espantarán hombres armados.

LOR. Otra vez torno a decir, y diré cien mil veces, que Satanás habla en tu boca: mas ¡ay! ¿cómo se ha entrado señor?

CRIST. Debe de haber abierto con la llave maestra.

LOR. Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

Entra CAÑIZARES.

CAÑ. ¿Con quién hablábades, doña Lorenza?

LOR. Con Cristinica hablaba.

CAÑ. Miradlo bien, doña Lorenza.

LOR. Digo que hablaba con Cristinica: ¿con quién había de hablar? ¿Tengo yo, por ventura, con quién?

CAÑ. No querría queuviédeses algún soliloquio con vos misma, que redundase en mi perjuicio.

LOR. Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero entender; y tengamos la fiesta en paz.

CAÑ. Ni aun las vísperas no querría yo tener en guerra con vos; pero ¿quién llama a aquella puerta con tanta priesa? Mira, Cristinica, quién es, y, si es pobre, dale limosna y despídele.

CRIST. ¿Quién está ahí?

ORT. La vecina Ortigosa es, señora Cristina.

CAÑ. ¿Ortigosa y vecina?—Dios sea conmigo. Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condición que no atraviase esos umbrales.

CRIST. ¿Y qué quiere, señora vecina?

CAÑ. El nombre de vecina me turba y sobresalta: llámala por su propio nombre, Cristina.

CRIST. Responda: ¿y qué quiere, señora Ortigosa?

ORT. Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

CAÑ. Decidle, sobrina, a esa señora, que a mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

LOR. ¡Jesús, y qué condición tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hanme de comer de ojo? ¿Hanme de llevar por los aires?

CAÑ. Entre con cien mil Bercebuyes, pues vos lo queréis.

CRIST. Entre, señora vecina.

CAÑ. ¡Nombre fatal para mí es el de vecinal!

Entra ORTIGOSA, y tray un guadamecí, y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradaso (235); y Rodamonte venga pintado como arrebozado.

ORT. Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuestra merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir a suplicar a vuestra merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí, porque tengo un hijo preso por unas heridas que dió a un tundidor, y ha mandado la Justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrían ser muchos, a causa que es muy travieso mi hijo; y querría echarle hoy o mañana, si fuese posible, de

la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo, y, con todo eso, le daré por lo que vuestra merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida. Tenga vuestra merced desa punta, señora mía, y descojámosle, porque no vea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

Al alzar y mostrar el guadamecí, entra por detrás dél UNGALÁN; y, como Cañizares ve los retratos, dice:

CAÑ. ¡Oh qué lindo Rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy yo destas cosas y destos rebozitos, espantarse ía (236).

CRIST. Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Ortigosa tiene la culpa; que a mí el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase; no, en mi conciencia, aun el diablo sería si mi señor tío me echase a mí la culpa de su entrada.

CAÑ. Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Ortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición, ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.

LOR. Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

CRIST. Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea

2a. ruy. dela muger del mercader 7 su suegra vieia.



GRABADO DEL ISOPETE HISTORIADO,
SEGÚN LA EDICIÓN ZARAGOZANA DE 1489

conmigo! Vuelto se me ha el ánimo al cuerpo, que ya andaba por los aires.

LOR. Quemado vea yo ese pico de once varas: en fin, quien con muchachos se acuesta, etc.

CRIST. ¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta haraja!

CAÑ. Señora Ortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar; tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévase su gadamecí.

ORT. Viva vuestra merced más años que Matute el de Jerusalem (237), en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama, a quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.

CAÑ. Señora Ortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.

ORT. Si vuestra merced hubiere menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos, y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

CAÑ. Abrevie, señora Ortigosa; que doña Lorenza, ni tiene madre, ni dolor de muelas; que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

ORT. Ella se las sacará, placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida; y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

CAÑ. ¡Aquí de Dios! ¿Que no será posible que me deje esta vecina? ¡Ortigosa, o diablo, o vecina, o lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa!

ORT. Justa es la demanda, y vuestra merced no se enoje, que ya me voy.

Vase ORTIGOSA.

CAÑ. ¡Oh vecinas, vecinas! Escaldado quedo aun de las buenas palabras desta vecina, por haber salido por boca de vecina.

LOR. Digo que tenéis condición de bárbaro y de salvaje; y ¿qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal: dístesle dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias.

CAÑ. No, no, a mal viento va esta parva; no me parece bien que volváis tanto por vuestra vecina.

CRIST. Señora tía, éntrese allá dentro y desenójese, y deje a tío, que parece que está encjado.

LOR. Así lo haré, sobrina; y aun quizá no me verá la cara en estas dos horas; y a fe que yo se la dé a beber, por más que la rehuse.

Éntrese DOÑA LORENZA.

CRIST. Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe?

Y creo que va a buscar una tranca para asegurar la puerta (238).

Doña Lorenza por dentro.

LOR. ¿Cristinica? ¿Cristinica?

CRIST. ¿Qué quiere, tía?

LOR. ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suertel Mozo, bien dispuesto, pelinegro, y que le huele la boca a mil azahares.

CRIST. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?

LOR. No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad que, si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRIST. ¡Jesús y qué locuras, y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, a decir deshonestidades.

CAÑ. ¿Bobeas (239), Lorenza? Pues a fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

LOR. Que no son sino veras, y tan veras, que en este género no pueden ser mayores.

CRIST. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?

LOR. No, sobrina; pero otra vez vendrá, si quiere Ortigosa la vecina.

CAÑ. Lorenza, di lo que quisieres, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.

LOR. También me tiemblan a mí por amor de la vecina.

CRIST. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

LOR. Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.

CRIST. Ríñala, tío, ríñala, tío; que se desvergüenza mucho.

LOR. Lavar quiero a un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

CRIST. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tío.

CAÑ. No la despedazaré yo a ella, sino a la puerta que la encubre.

LOR. No hay para qué, vela aquí abierta; entre, y verá como es verdad cuanto le he dicho.

CAÑ. Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.

Al entrar Cañizares, dánle con una bacía de agua en los ojos: él vase a limpiar: acuden sobre él Cristina y Doña Lorenza, y en este interim sale el galán y vase.

CAÑ. ¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! Al diablo se dan las burlas que se arremeten a los ojos.

LOR. ¡Mirad con quién me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡Mirad cómo dió crédito a mis mentiras, por su..., fundadas en materia de celos, que menoscabada y asendereada sea mi ventural Pagad vosotros, cabellos, las deudas deste viejo; llorad vosotros,

EL VIEJO CELOSO

ojos, las culpas deste maldito: mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas veras, y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

CRIST. Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.

ALG. De dentro. ¡Abra esas puertas! Abra luego; si no, echarélas en el suelo.

LOR. Abre, Cristinica, y sepa todo el mundo mi inocencia, y la maldad deste viejo.

CAÑ. ¡Vive Dios, que creí que te burlabas, Lorenza! Calla.

Entran el ALGUACIL y los MÚSICOS, y EL BAILARÍN y ORTIGOSA.

ALG. ¿Qué es esto? ¿Qué pendencia es ésta? ¿Quién daba aquí voces?

CAÑ. Señor, no es nada; pendencias son entre marido y mujer, que luego se pasan.

Mús. ¡Por Dios, que estábamos mis compañeros y yo, que somos músicos, aquí pared y medio, en un desposorio, y a las voces hemos acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa!

ORT. Y yo también, en mi ánima pecadora.

CAÑ. Pues en verdad, señora Ortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de lo sucedido.

ORT. Mis pecados lo habrán hecho; que soy

tan desdichada, que, sin saber por dónde ni por dónde no, se me echan a mí las culpas que otros cometen.

CAÑ. Señores, vuestras mercedes todos se vuelvan norabuena, que yo les agradezco su buen deseo; que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

LOR. Si quedaré, como le pida primero perdón a la vecina, si alguna cosa mala pensó contra ella.

CAÑ. Si a todas las vecinas de quien yo pienso mal hubiese de pedir perdón, sería nunca acabar; pero, con todo eso, yo se le pido a la señora Ortigosa.

ORT. Y yo le otorgo para aquí y para delante de Pero García.

MÚS. Pues en verdad, que no habemos de haber venido en balde: toquen mis compañeros, y baile el bailarín, y regocíjense las paces con esta canción.

CAÑ. Señores, no quiero música: yo la doy por recibida.

MÚS. Pues aunque no la quiera.

[Cantan.]

El agua de por San Juan
Quita vino y no da pan (240).
Las riñas de por San Juan,
Todo el año paz nos dan.

Llover el trigo en las eras,
Las viñas estando en ciernes,
No hay labrador que gobierne
Bien sus cubas y paneras;

EL VIEJO CELOSO

*Mas las riñas más de veras,
Si suceden por San Juan,
Todo el año paz nos dan.*

Baila.

Por la canícula ardiente
Está la cólera a punto;
Pero, pasando aquel punto,
Menos activa se siente.
Y así el que dice, no miente,
*Que las riñas por San Juan,
Todo el año paz nos dan.*

Baila.

Las riñas de los casados
Como aquesta siempre sean,
Para que después se vean,
Sin pensar regocijados.
Sol que sale tras nublados,
Es contento tras afán:
*Las riñas de por San Juan,
Todo el año paz nos dan.*

CAÑ. Porque vean vuesas mercedes las revueltas y vueltas en que me ha puesto una vecina, y si tengo razón de estar mal con las vecinas.

LOR. Aunque mi esposo está mal con las vecinas, yo beso a vuesas mercedes las manos, señoras vecinas.

CRIST. Y yo también; mas si mi vecina me hubiera traído mi frailecico, yo la tuviera por mejor vecina; y adiós, señoras vecinas (241).

IX

LOS HABLADORES



[IX] *

ENTREMÉS ⁽²⁴²⁾ DE LOS HABLADORES

[Hablan las personas siguientes:]

UN PROCURADOR.	INÉS, criada (243).
SARMIENTO.	UN ALGUACIL.
ROLDÁN.	ESCRIBANO (244).
DOÑA BEATRIZ.	CORCHETE (245).

Sale UN PROCURADOR y SARMIENTO, y detrás ROLDÁN,
en hábito roto, cuera (246), espada y calcillas.

SARM. Tome, señor procurador, que ahí van los docientos (247) ducados; y doy palabra a vuesa merced que, aunque me costara (248) cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

PROC. Vuesa merced ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagárselo; yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

ROLDÁN. ¡Ah caballero! ¿Es vmd. procurador?

PROC. ¿Qué es lo que manda vmd?

ROLDÁN. ¿Qué dinero es ese?

PROC. Dámele este caballero, para pagar la parte a quien dió una cuchillada de doce puntos.

ROLDÁN. Y ¿cuánto es el dinero?

PROC. Docientos ducados.

ROLDÁN. Vaya vuesa merced con Dios.

PROC. Dios guarde a vmd.

[Vase.]

ROLDÁN. ¡Ah, caballero!

SARM. ¿A mí, gentilhombre?

ROLDÁN. A vmd. digo.

SARM. Y ¿qué es lo que manda?

ROLDÁN. Cúbrase vmd; que [si no], no hablaré palabra.

SARM. Ya estoy cubierto.

ROLDÁN. Señor mío: yo soy un pobre hidalgo; aunque me he visto en honra: tengo necesidad, y he sabido que vmd. ha dado a un hombre ducientos ducados (249), a quien había dado una cuchillada; y, por si vmd. tiene deleite en darlas, vengo a que vmd. me dé una donde (250) fuere servido; que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro (251).

SARM. Si no estuviera tan mohino, me obligara a reir vmd. ¿Dícelo de veras? Pues venga acá. ¿Piensa que las cuchilladas se dan sino a quien las merece?

ROLDÁN. Pues ¿quién las merece como la necesidad? (252). ¿No dicen que tiene cara de hereje? Pues ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

SARM. Vmd. [no] debe [de] (253) ser muy leído; que el proverbio latino no dice, sino que *neces[s]itas caret lege*, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

ROLDÁN. Dice muy bien vmd.; porque la ley fué inventada para la quietud: y la razón es el alma de la ley; y quien tiene alma, tiene potencias: tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento; vmd. tiene muy buen entendimiento; porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de vmd. es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Vénus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

SARM. ¡El diablo (254) acá me trujo! Esto es lo que yo había menester, después de haber pagado docientos ducados por esta cuchillada!

ROLDÁN. ¿Cuchillada dijo vmd.? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Caín a Abel, su hermano, aunque entonces no había cuchillos; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno a la reina Pantasilea, sobre quitalle a Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar a las tablas con don Gaiferos entre Cabañas y Olías. Pero advierta vmd. que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traición se comete al rey, y la alevosía contra los iguales: por las armas lo han de ser; y si yo riñere con ventaja: porque dice Car[r]anza en su *Filosofía de la*

espada, y Terencio en la Conjuración de Catilina (255).

SARM. ¡Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio! ¿No echa de ver que me dice bernardinas? (256).

ROLDÁN. Bernardinas dijo vmd., y dijo muy bien, porque es muy lindo nombre, y una mujer que se llamase Bernardina, estaba obligada a ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser: que las Franciscas tienen cuatro efes, y la F es una de las letras del A. B. C.: las letras del A. B. C. son veinte y tres (257); la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos la KK, que se compone de dos veces esta letra, K: dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes: no se ha de tomar en ayunas, ni aguado: porque las partes raras del agua penetran los poros y se le suben al cerebro (258), y entrando puros...

SARM. Téngase, que me ha muerto, y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLDÁN. Dice ymd. muy bien; porque, quien tiene lengua, a Roma va: yo he estado en Roma y en la Mancha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalván: Montalván era un castillo, de donde era señor Reinaldos: Reinaldos era uno de los doce Pares de Francia, y de los que comían con el emperador Carlo Magno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada. En Valladolid hay una placetilla, que llaman el Ochavo: un

ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta (259) tanto como agora un escudo; dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

SARM. ¡Dios me la dé para sufrille! ¡Téngase, que me lleva perdido!

ROLDÁN. Perdido dijo vmd., y dijo muy bien; porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija o un lienzo, perder...

SARM. ¡Acabe, con el diablo!

ROLDÁN. Diablo dijo vmd., y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es de (260) la carne: la carne no es pescado; el pescado es flemoso: los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, y flema, y melancolía; la melancolía no es alegría; porque el alegría consiste en tener dineros: los dineros hacen a los hombres: los hombres no son bestias: las bestias pacen; y finalmente...

SARM. Y finalmente, me quitará vmd. el juicio, o poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me cairé (261) muerto.

ROLDÁN. ¿Qué manda vmd.?

SARM. Señor mío: yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde

que hubo mujeres en el mundo: es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto a matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido a propósito; a mí me ha parecido que, si yo llevase a vmd. a mi casa, y hablase con ella seis días ar[r]eo (262), que la pondría de la manera que están los que comienzan a ser valientes delante de los que ha muchos días que lo son. Véngase vmd. comigo (263), suplícoselo; que yo quiero fingir que vmd. es mi primo, y con este achaque tendré a vmd. en mi casa.

ROLDÁN. ¿Primo dijo vmd.? ¡Oh, qué bien que dijo vmd.! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre: primo, a un zapatero de obra prima: prima es una cuerda de una guitarra: la guitar[r]a se compone de cinco órdenes: las órdenes mendicantes (264) son cuatro: cuatro son los que no llegan a cinco: con cinco estaba obligado a reñir antiguamente el que desafiaba de común; como se vió en don Diego Ordóñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey don Sancho...

SARM. ¡Téngase, téngase por Dios, y véngase comigo (265), que allá dirá lo demás!

ROLDÁN. Camine delante vmd., que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

SARM. No le oiré palabra.

ROLDÁN. Pues camine, que yo le curaré a su mujer.

LOS HABLADORES

(Vase Sarmiento y Roldán, y sale DOÑA BEATRIZ y INÉS, su criada.)

BEAT. ¡Inés! ¡Hola, Inés! ¿Qué digo? ¡Inés, Inés!

INÉS. Ya oigo señora, señora, señora.

BEAT. Bellaca, desvergonzada; ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS. Vuesa merced, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama docientas veces.

BEAT. Pícara, el número de docientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender docientos mil, añadiéndole ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos...

INÉS. Señora, yo lo tengo entendido: dígame vmd. lo (266) que tengo de hacer, porque haremos prosa.

BEAT. Y la prosa es para que traigáis la mesa, para que coma vuestro amo: que ya sabéis que anda mohino, y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y, comenzando por las criadas, remate con el ama.

INÉS. Pues ¿hay más de sacar la mesa? Voy volando.

Salen SARMIENTO y ROLDÁN.

SARM. ¡Hola! ¿No está nadie en esta casa? ¡Doña Beatriz! ¡Hola!

BEAT. Aquí estoy, señor. ¿De qué venís dando voces?

SARM. Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mío, convidado: acariciadle y regaladle (267) mucho, que va a pretender a la corte.

BEAT. Si vmd. va a la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tan (268) encogido; porque el encogimiento (269) es linaje de bobería, y el (270) bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones (271) humanas, y toda la acción (272) consiste...

ROLDÁN. Quedo, quedo: suplico a vmd., que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos: los sentidos son cinco: andar, tocar, cor[r]er y pensar, y no estorbar: toda persona que estorbare, es de ignorantes, y la inorancia (273) consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le da buenas Pascuas: las Pascuas son cuatro: la de Navidad, los Reyes, la de Flores, y la de Pentecostés: Pentecostés es un vocablo esquisito.

BEAT. ¿Cómo esquisito? Mal sabe vmd. de exquisitos: toda cosa exquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira (274): la admiración nace de cosas altas: la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza: la más baja es la malicia, porque todos caen en ella: el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas: el principio, el aumento, y la declinación.

ROLDÁN. Declinación dijo vmd., y dijo muy bien: porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan, y los que se casan se llaman con este nombre; y los casados son obligados a quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Sancta Madre Iglesia; y la razón desto es...

BEAT. Paso, paso. ¿Qué es esto, marido? ¿Tenéis juicio? ¿Qué hombre es éste que habéis traído a mi casa?

SARM. Por Dios, que me huelgo, que he hallado con qué esquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos: que el señor Roldán ha de ser huésped mío seis o siete años.

BEAT. ¿Siete años? Malos años; ni un hora, que reventaré, marido.

SARM. Él era harto mejor para serlo vuestro. ¡Holal Dad acá la comida.

INÉS. ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

ROLDÁN. ¿Quién es esta señora?

SARM. Es criada de casa.

ROLDÁN. Una criada se llama en Valencia *fadrina*; en Italia, *masara*; en Francia, *gaspirria*; en Alemania, *filimoquia*; en la corte, *sirvienta*; en Vizcaya, *moscorra*, y entre pícaros, *daifa*. Venga la comida alegremente, que quiero que vuestas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

BEAT. Aquí no hay que hacer sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

ROLDÁN. Hablar dijo vmd., [y] dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se for-

man en el entendimiento; quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive, es muerto; un muerto, echarle (275) en un huerto.

BEAT. ¡Marido, marido!

SARM. ¿Qué queréis, mujer?

BEAT. Echadme de aquí este hombre con los diablos; que reviento por hablar.

SARM. Mujer, tened paciencia; que, hasta cumplidos los siete (276) años, no puede salir de aquí: porque he dado mi palabra, y estoy obligado a cumplirla, o no seré quien soy.

BEAT. ¿Siete años? ¡Primero veré yo mi muerte! ¡Ay, ay, ay!

INÉS. Desmayóse. ¿Esto quiere ver vuesa merced delante de sus ojos? Vela ahí muerta.

ROLDÁN. ¡Jesús! ¿De qué le ha dado este mal?

SARM. De no hablar.

(Dentro la Justicia.)

ALG. ¡Abran aquí a la Justicia, abran a la Justicial!

ROLDÁN. ¡La Justicial! ¡Ay, triste de mí! Que yo ando huído, y, si me conocen, me han de llevar a la cárcel.

SARM. Pues señor, el remedio es meterse en esta estera vmd., que las habían quitado para limpiarlas, y así se podrá librar; que yo no hallo otro.

Métese en la estera Roldán, y salen el ALGUACIL,
ESCRIBANO (277) y CORCHETE.

ALG. ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

SARM. ¿Qué es lo que vmd. manda, que tan furioso viene?

ALG. El señor Gobernador manda que, no obstante que vmd. ha pagado los docientos ducados de esa cuchillada, venga vmd. a darle la mano a ese (278) hombre, y se abracen y sean amigos.

SARM. Quería (279) comer agora.

ESCR. El hombre está aquí junto, y luego se volverá vmd. a comer de espacio.

SARM. Vamos; y, entretanto, poned la mesa.

INÉS. Vuelve en ti, señora: que, si de no hablar te has desmayado, agora que estás sola, hablarás cuanto quisieres.

BEAT. Gracias a Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

Saca (280) ROLDÁN la cabeza, y, mirando
a Doña Beatriz, dice (281):

ROLDÁN. Silencio dijo vuesa merced, y dijo muy bien: porque el silencio fué siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan a tiempos, y callan a tiempos (282); porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar, y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y, si es de testamento cer[r]ado, siete; porque...

BEAT. Porque el diablo se (283) lleve el hom-

bre, y quien acá lo (284) trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo a desmayarme.

(Vuelven a salir todos.)

SARM. Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuesas mercedes beban con una caja. ¡Hola! Dad acá la cantimplora y aquella perada.

BEAT. ¿Agora nos metéis en eso? ¿No veis que estamos ocupados sacando estas esteras? (Muestra el palo.) Y tú, con esotro, démosles (285) hasta que queden limpias.

ROLDÁN. Paso, paso, señoras: que bien entendí que hablaban mucho; pero no que jugaban de mano.

ALG. ¡Oigan! (286), ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

ESCR. El mismo.

ALG. Sed preso, sed preso.

ROLDÁN. Preso dijo vmd., y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

ALG. Que no, no; aquí no ha de valer la habladuría; ¡vive Dios, que habéis de ir a la cárcel!

SARM. Señor Alguacil, suplico a vmd. que, por haberse hallado en mi casa, esta vez no se lleve; que le (287) doy palabra a vmd. de darle con que se vaya del lugar, en curándome a mi mujer.

ALG. Pues ¿de qué la cura?

SARM. Del hablar.

ALG. ¿Y cómo?

SARM. Hablando: porque, como habla tanto, la enmudece.

ALG. Soy contento, por ver ese milagro: pero ha de ser con condición que, si la diere sana, me avise vmd. luego, porque le lleve a mi casa: que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaría que me la curase de una vez.

SARM. Yo avisaré con lo que hubiere.

ROLDÁN. Yo sé que la dejaré bien curada.

ALG. ¡Vete pícaro hablador!

SARM. No me desagrada el verso.

ALG. Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna instancia de poesía.

ROLDÁN. ¡Oiga! ¿Poesía han dicho vuestas mercedes? Pues reparo, que por Dios que la han de llevar de puño.

(Hácense unos a otros la salva, y van diciendo las glosas.)

ALG. La condición del hablar,
 Más parece tentación
 De quien nos suele tentar;
 Ni puede ser condición
 En hombre que es muladar.
 Parte a servir de atambor
 Con esa lengua, embaidor;
 Y pues con mayor ruído
 Suenas a un discreto oído,
Vete, pícaro hablador.

ESCR. Después de muerto sé yo
 Que han de ponerse en lugar
 De epitafio: «Aquí murió
 Quien, muerto, no ha de callar
 Tanto como vivo habló.»

INÉS. Esa quiero yo acabar.

ESCR. Diga, veamos.

INÉS. Y pues de hablar el rigor
A un muerto pone temor,
A un monte, donde a ninguno
Seas hablando importuno,
Vete, pícaro hablador.

SARM. Va la mía.

¡Oh tú, que hablaste por veinte,
Y hablaste por veinte mil...!

BEAT. Yo la acabaré, detente.

ROLDÁN. Por hablar, traza sutil.

BEAT. Repare, señor pariente:
Vete a donde tu rumor
No suene para tu mengua;
Y, pues se sabe tu flor,
Vete, enfermo de la lengua,
Vete, pícaro hablador.

ROLDÁN. Oigan y reparen vuesas mercedes,
que no será peor la mía:

Aquí he venido a curar
Una mujer habladora,
Que nunca supo callar,
A quien pienso desde agora
Enmudecer con hablar.
Convidóme (288) este señor,
Y comencé (289) yo en rigor,
Aunque diga su mujer,
Por no me dar de comer:
Vete, pícaro hablador.

(Vanse todos dándose vaya, con que se da fin.)

NOTAS

NOTAS

EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS

(1) Decíase, por encarecimiento, «libre como el gavi-lán», según el maestro Gonzalo Correas (*Vocabulario ae refranes y frases proverbiales*; ed. Madrid, 1906; p. 196).

(2) «No cacarees, no ponderes tanto tu negocio», interpreta el anotador (A. García de Arrieta) de la edición de 1829 (*Obras escogidas de Miguel de Cervantes Saavedra*, t. IX; Madrid, imprenta de los hijos de doña Catalina Piñuela; pág. 450). Y así es verisímil que deba entenderse el verbo *almodonear*, que no consta en los léxicos. *Almodón*, sustantivo, significa en árabe: «especie de harina de trigo». (V. Engelmann: *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*; Leyde, 1861.)

(3) Como si dijese: arrugada, o también: enlutada y entristecida. *Frisa* era, según Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana*, Madrid, 1611, voz *Frio*), «cierta tela de lana delgada con pelo que se suele retorcer...sirve de aforros y entretelas a las bordaduras, porque no se rocen unas con otras; para mantillas a los niños, por ser blanda y suave y de poco peso, y de otros muchos ministerios. *Frisar*, retorcer los pelitos del paño, y esto se hace ordinariamente en los enveses de los paños. *Frisado*, el paño que le frisan por el haz, y esto se usa por luto de ordinario.»

Quevedo (*Parnaso español*, n. 458, ed. Janer) escribe:

«Adargué cara frisona
con una nariz de ganchos.»

(4) Esqueleto. Así dijo Quevedo (*Taha*), encareciendo la flaqueza de una dama:

«No os espantéis, señora Notomía,
que me atreva este día
con exprimida voz convaleciente
a cantar vuestras partes a la gente.» &c.²

(5) Tal ocurría, por ejemplo, con el arrendamiento de las rentas reales, según la ley 7.^a, título VII de la *Partida* quinta: «Otro sí decimos, que estos portadgos, e los otros derechos, e las rentas del rey, deben ser públicamente arrendadas, metiéndolas en almoneda, e cual más diere por ellas, ese las debe haber. Pero *cualquier que las arrendare, non las aebe tener más de tres años.*» Respecto de las demás cosas, la ley de Partida (2.^a, título VIII, *Part.* V) declara valederos «todos los pleitos que pusieren entre sí los omnes sobre los arrendamientos e los allogamientos».

(6) Recuérdense, a este propósito, los versos de Tirso en *Marta la Piadosa* (jornada I):

«PASTRANA. ¿Cuándo es la boda?
DON FELIPE. ¡Ay de mí!
 Esta noche, ¡y con un viejo!
PASTRANA. Tu venganza satisfizo
 quien tan mala elección hizo.
 Habrá barba betunada,
 tos, catarro, orina, ijada,
 y mucho diente postizo.»

(7) No existía semejante ley, la cual hubiera sido contraria en todo caso al espíritu del Derecho canónico (cons. *Decret. Gregor. IX*, IV, tít. 8). Véase, a este propósito, lo que cuenta Luis Vives en el tratado de *Institutione feminae christianae* (II, 4) acerca de Clara Cervent.

(8) Frase análoga se lee en el *Quijote* (I, 25): «¡Mal me conoce! Pues a fe que, si me conociese, que me ayunase!» *Ayuno* implica abstención de algo, y así, el que a otro

ayuna, se abstiene de su trato. *Ayunarle a uno*, según el *Diccionario* académico, equivale a «temerle y respetarle». En cuanto a *santiguar*, además de su acepción propia, tiene las de reñir y golpear.

(9) Términos jurídicos. «El imperio—dice Ulpiano en las *Pandectas* (II, 1, 3)—es *mero* o *mixto*. El mero imperio consiste en tener la facultad de imponer pena capital (*gladii potestas*) para castigar a los hombres facinerosos, lo cual se llama también *potestad*. El imperio mixto, al cual va aneja igualmente la jurisdicción, consiste en la facultad de dar la posesión de los bienes (*bonorum possessio*).»

(10) Algo hay en la vida de Cervantes que puede traerse a cuento para comentar esta irónica y sacramental frase. En el tomo I de los preciosos *Documentos cervantinos* de C. Pérez Pastor (Madrid, 1897, pág. 156 y siguientes), figura el testamento de doña Catalina de Salazar y Vozmediano, mujer de Cervantes, otorgado en Madrid el 16 de junio de 1610. En este documento, doña Catalina lega casi toda su hacienda a su hermano Francisco de Palacios, no acordándose del marido (Cervantes) sino para dejarle *el usufructo* de un majuelo, y además «la cama en que yo muriere con la ropa que tuviere, con más todos los demás bienes muebles que yo tuviere, excepto lo que mando al dicho mi hermano», todo, añade, *por el mucho amor y buena compañía que ambos* (doña Catalina y Miguel de Cervantes) *hemos tenido*. ¿Sería este *amor* semejante al que Mariana profesaba al vejete del entremés?

(11) *Pintas* son, según el *Diccionario* académico, un juego de naipes, «especie del que se llama del *parar*. Juégase volviendo a la cara toda la baraja junta, y la primera carta que se descubre es del contrario, y la segunda del que lleva el naipe, y estas dos se llaman *pintas*. Vanse sacando cartas hasta encontrar una semejante a alguna de las que salieron al principio, y gana aquel que

encuentra con la suya tantos puntos cuantas cartas puede contar desde ella hasta dar con azar, que son el tres, el cuatro, el cinco y el seis, si no es cuando son *pintas*, o cuando hacen encaje al tiempo de ir contando; como, por ejemplo, si la cuarta carta es un cuatro, no es azar, sino encaje. *El que lleva el naípe ha de querer los envites que le hace el contrario*, o dejar el naípe.» La frase en cursiva explica la atrevida alusión del vejete.

(12) Correas trae estas formas del refrán: «Cedacillo nuevo, tres días buenos.—Cedacillo nuevo, tres días en estaca. (*De lo que le dura poco la bondad, y más en el que entra diligente a servir y afloja presto*).»

(13) Locución semejante se lee en el *Quijote* (II, 10 62): «Apártense *nora en tal* del camino, y déjenme pasar.» El anotador de la edición de 1829, considera *nora en tal* como equivalente a «enhoramala» o «en mala hora». Cejador (*La lengua de Cervantes*, t. II, Madrid, 1906, p. 777) entiende, fundadamente, que el *tal* indica reticencia, como en *voto a tal*.

(14) *Tener*, en el sentido de «detener, parar».

(15) *Quínola* es, «en cierto juego de naipes, lance principal, que consiste en reunir cuatro cartas de un palo, ganando, cuando hay más de un jugador que tenga *quínola*, aquella que suma más puntos, atendiendo el valor de las cartas». (*Dic. acad.*) No estando al descubierto estas últimas, los jugadores han de *brujulear* y calcular, para ver si tienen quínola.

(16) Principal puerta de la antigua villa de Madrid, y muy citada por novelistas y poetas del siglo xvii. Se hallaba entre la embocadura de la Cava de San Miguel y la calle de Milaneses. (Véase R. de Mesonero Romanos: *El antiguo Madrid*; ed. de 1881; I, 209. y II, 233). Era lugar celebrado por sus tiendas, y por ser centro de reunión de gente ociosa y novelera. (Cons. mi edición de *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara; Madrid, 1910; pág. 218.)

NOTAS

(17) «*Dar barato*—dice Covarrubias—, sacar los que juegan del montón común, o del suyo, para dar a los que sirven o asisten al juego.» Véase, acerca de los *baratos*, el curiosísimo libro (muy digno de reimpresión) de Francisco de Navarrete y Ribera: *La casa del juego*; Madrid, 1644.

(18) «*Patillos*, por otro nombre bolillos o majaderuelos, con que las mujeres hacen randas» (Covarrubias, y comp. *Quijote*, II, 6). Alude Cervantes a los ministros de justicia, que todavía usan los susodichos bolillos en las bocamangas de sus ropones.

(19) *Estar de nones* equivale a estar de más, y, asimismo, a estar desocupado y sin trabajo. (Comp. *Quijote*, II, 49, *andar de nones*.)

«La doncella de Francia, y la doncella
de Dinamarca, *nones son* con ella»,

escribe Lope en *El premio del bien hablar* (I, 10), encareciendo la hermosura de cierta dama.

«Gente que viven como *de nones* o *de mas* ya en la tierra», se lee en el ms. colombino de *La Tía Fingida* (vid. la edición Bonilla; Madrid, 1911: pág. 36), obra probablemente cervantina, probabilidad que cada día resulta más clara.

«Y pienso que está de nones
el hombrecillo sentado.»

(Vélez de Guevara: *El ollero de Ocaña*; I).

En *La luna de la Sierra*, de Vélez de Guevara (jornada I), dice Gil a la reina doña Isabel, viendo que a los demás promete mercedes y de él no se acuerda:

«Y a mí, que me habeis dejado
de nones, ¿qué pensais herme?»

(20) De calle.

(21) Dase el nombre de *hilas raspadas*, a la pelusa

que se saca de los trapos, raspándolos con tijeras o cuchillo. *Raspa* significa también espinazo. *Raspahilar* parece un verbo pintiparado para describir la diligencia con que el hombrequito diligente hace su camino, caballero en la recalcitrante mula.

Cejador (*Tesoro de la lengua castellana*, letra R, página 230) da a *raspahilar* la significación de «ir muy de prisa el animal por lo flaco», y cita a Quiñones de Benavente (*Entremés de las civilidades*), que escribe: «venga rabo entre piernas raspahilando». Seijas, en su comentario del *Cuento de Cuentos*, de Quevedo, interpreta *respailar*: «ir con velocidad y presteza, con anhelo».

(22) «*Haron*, el tardo y perezoso. *Bestia harona*, la que camina muy de espacio y con flema.» (Covarrubias.)

«Madre señora—dice Cecilia en la *Comedia Selvagia* (II, 1.^a)—, Isabela me ha sacado de harona, que, a su deseo, alas había yo menester.»

(23) «Cuando queremos sinificar—escribe el citado Covarrubias—lo poco que estimamos alguna cosa, solemos decir: *No lo estimo en el baile del rey don Perico*, por no decir *en el baile del rey don Alonso*, que, entre otros, había uno que tenía este nombre, por ser la canción del dicho rey.»

(24) Quizá da a entender Cervantes que la tal criada era de ruin cuerpo. Los *sietemesinos*, o nacidos a los siete meses de engendrados, suelen ser débiles y entecos, en opinión de algunos naturalistas contemporáneos de Cervantes, como Jerónimo de Huerta, en su versión de Plinio (VII, 5). El Dr. Juan Sorapán de Rieros, en su *Medicina Española* (apud Sbarbi: *El Refranero general español*, III, 279) escribe que, de los sietemesinos, «si alguno escapa, siempre vive enfermo, o es casi enano». Y si la curiosidad del lector llegare hasta el extremo de desear saber «por qué al séptimo mes suele nacer la criatura», repase las páginas 68 a 76 de *El Ente dilucidado* (Madrid,

1677) del P. Antonio de Fuente La Peña, que le henchirá las medidas.

(25) La 1.^a ed.: «uatro ciertas»; pero es errata mani-fiesta.

(26) Véanse, sobre los *ganapanes*, el artículo de Covarrubias en su *Tesoro*, y el importante estudio: *Pícaros y ganapanes*, del Profesor F. De Haan, en el *Homenaje a Menéndez y Pelayo* (II, 153). El Sr. De Haan prueba que los ganapanes salieron de entre los moriscos. Por eso de ser, por la mayor parte, cristianos nuevos, el personaje del entremés cervantino empieza loándose de cristiano viejo. En cuanto al vocablo, se encuentra ya en textos de fines del siglo xv. El más antiguo que conozco, es el de ciertas coplas del poeta de la corte de Alfonso V, Ribera, dedicadas «a Juan Poeta, estando los dos en Nápoles», donde se lee:

«Especialmente Román,
contra vos lleno d'enojos,
que os llama *ganapán*.»

La poesía, que consta en el *Cancionero de obras de bur-las provocantes a risa* (1519), debió de escribirse por los años de 1458 a 1473, período durante el cual anduvo Juan Poeta por Italia. En aquélla se menciona también, como vivo, a Antón de Montoro, el cual murió hacia 1480.

En 3 de diciembre de 1611, los alcaldes de Casa y Corte de Madrid, reiterando anteriores disposiciones, mandaron que todos los ganapanes «traigan caperuzas azules para que sean conocidos». (Vid. C. Pérez Pastor: *Noticias y documentos relativos a la historia y literatura españolas*; I, 438).

En el siglo xvi, los ganapanes usaron caperuzas *rojas*, y los pícaros, caperuzas *verdes*. (V. *El Averiguador Universal*, de Sbarbi, I, año 1879, pág. 322).

(27) Los ganapanes.

(28) De ellas escribía Sancho Panza, en donosa epís-

tola a su señor (*Quijote*, II, 51), que «no hay gente más mala... porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas».

(29) Así en la primera edición; pero otros editores han leído «y aparceras», que hace mejor sentido.

(30) «Instrumento de metal que se alarga y recoge eu sí mesmo; táñese con los demás instrumentos de chirimías, cornetas y flautas.» (Covarrubias.)

(31) En la primera edición: «Li.» (por: Licenciado).

(32) Alusión al refrán: «Más vale mal concierto, que buen pleito», o «Más vale mala avenencia, que buena sentencia».

(33) Citando el refrán: «Las riñas de por San Juan, son paz para todo el año», añade Correas: «Este refrán le saben y dicen todos, chicos y grandes, y ninguno he visto que sepa su sentido y aplicación. Quiere decir que al principio de los conciertos se averigüe todo bien, y entonces se riña y porfíe lo que ha de ser, y resultará paz para todo el año, como se prueba con el otro refrán: *Quien destaja no baraja*. Tuvo principio de las casas que se alquilan y de los mozos que se escogen y entran con amos por San Juan».

EL RUFIAN VIUDO

(34) El *capuz* (capa cerrada, larga) era atavío propio de viudos. Así, en el entremés *De los viudos al uso*, de don Francisco Bernardo de Quirós (*Obras de...*; Madrid, 1656; pág. 31), los dos viudos, Cornelio y Cornejo, «salen con capuces», sin perjuicio de arrojar luego la «vil bayeta», cuando el vinillo y el baile les han alegrado los cascos.

En *La prueba de los amigos* (ed. Rivadeneyra, 1873; acto I), de Lope de Vega, dice Feliciano:

«Mi bien: ayer se murió
mi padre, y hoy le enterré;

NOTAS

si en aquesto me ocupé,
la muerte es quien te ofendió;
con esta dama dormí,
un capus la cama fué,
Que esta noche me quité
Por no entrar a verte así.»

(35) Las espadas *negras*, de esgrima, sin corte y con botón en la punta.

(36) Alusión a los famosos versos del romance viejo del rey D. Rodrigo (núm. 5 de la *Primavera* de Wolf-Hofmann):

«Ayer era rey de España,—hoy no lo soy de una villa,
.....
¡Oh muertel ¿por qué no vienes—y llevas esta alma mía?»

(37) Este nombre aparece también en *Rinconete y Corradillo*, aplicado a uno de los dos bravos que asisten a la casa de Monipodio. *Chiquiznaque* era igualmente nombre de cierto río africano, inmediato a la plaza de Mostagán (Cons. León Galindo y de Vera: *Historia, vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones en las costas de África*; Madrid, 1884; pág. 164). Probablemente se acordó Cervantes de esta denominación geográfica para designar al rufián.

(38) Así en la edición de 1615, pero el verso queda incompleto. Los editores modernos han leído: «vuesa merced».

(39) *Garlar* = hablar, en lengua de germanía. De ahí *garlo* = lenguaje.

«Vida, pague lo muflido
tu nante de gojería,
o entruje tu partido,
que el borce no haya entendido
el garlo de germanía.»

(Rodrigo de Reinosa: *Coloquio en dialecto jácara*.)

(40) Según Covarrubias, *levada* «es término del juego de la esgrima, cuando el que se va para su contrario, antes de ajustarse con él, tira algunos tajos y reveses al aire, para facilitar el movimiento del brazo y entrar en calor». Hernando Alonso de Herrera, en su rarísima *Breve disputa de ocho leuadas contra Aristotil y sus sequazes* (Salamanca, 1517), de la cual poseemos uno de los tres ejemplares conocidos, traduce *pasar una levada* por *conserere manum* = venir a las manos, pelear.

(41) *Adunia*, del árabe *ad-duniā* = el mundo, y metafóricamente: *harto, mucho, en abundancia* (L. de Eguílaz: *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*; Granada, 1886). J. Ribeiro, en sus *Frazes feitas* (Rio de Janeiro, 1908, pág. 62), considera equivalentes a *adunia* las locuciones portuguesas *a unha* y *a cunha*.

(42) El Sr. Hazañas y la Rúa, en su excelente libro: *Los rufianes de Cervantes* (Sevilla, 1906; pág. 32), recuerda a este propósito los sermones de arrepentidas, predicados a las mujeres de la mancebía sevillana, y trae a cuento el siguiente pasaje del analista Ortiz de Zúñiga: «Mientras duró *(la casa pública de Sevilla)*, usaba la piedad sevillana procurar su reducción, especialmente en la Cuaresma, con los sermones que llamaban de arrepentidas, en varios templos, a que las obligaban a asistir; y para las que lograban la conversión, había obras pías, ya para casarlas, ya para otros medios de su remedio.» En Madrid, los viernes de Cuaresma, las llevaban a la iglesia de las *Recogidas*; después del sermón, el predicador las presentaba el crucifijo, exhortándolas a que lo besasen: si alguna lo hacía, entendíase que renunciaba a su mala vida, y entraba en el convento. Así lo cuenta Aarsens de Sommerdyck, en su *Voyage d'Espagne* (Cologne, 1667).

(43) La edición de 1615: «espanto».

(44) El *taray*, *tamariz* o *tamarisco*, de la familia de las portuláceas. «Tiene el tamarisco—escribe el Dr. Laguna en sus comentarios a Dioscórides (I, 97)—virtud de mun-

dificar y cortar, con alguna stricción; por donde conviene mucho a las opilaciones del hígado y bazo, y es un soberano remedio contra la hidropesía.» En los tratados de Materia médica se cita hoy la corteza del taray (*tamarix gallica*) como sustancia astringente. En la *Recopilación de Ordenanzas de la villa de Madrid y su término*, del año 1500 (tomo III, pág. 539, de los *Documentos del archivo general de la villa de Madrid*, interpretados y coleccionados por D. T. D. Palacio; Madrid, 1907), se lee: «Quien cortare rrama de fresno o de otro arbol qualquier, e corte *taray* para aguijada e hurgunero, o para cama o dental, o para otra qualquier cosa, cayga en pena de sesenta maravedis por cada vez que lo cortare, y por cada rrama de *taray* veynte maravedis.»

(45) Los *sudores* aquí aludidos eran los producidos por las medicinas recetadas a los enfermos del mal tan ordinario en aquel «mesón de las ofensas» donde, según Quevedo:

«... trataba el dinero
como quien es al delito,
costando unas bubas menos
que una libra de pepinos.»

(46) La edición de 1615: «Vademecun».

(47) Vale la pena de transcribir aquí el comento de Covarrubias a este vocablo en su *Tesoro*:

«*Ginjas* o *ginjoles* son lo mesmo que azufaifas... Los portugueses llaman a las guindas o cerezas por madurar *ginjas*. Tienen alguna semejanza las cerezas y las azufaifas, en el color y forma, aunque no en el sabor; por desgaire, al que pide alguna cosa de fruta que no la hay en aquel tiempo, le suelen responder: *mas ginjoles verdes*. El nombre de *ginjol* o *ginjola* está corrompido del latino *iniuba*. El padre Guadix dice que *ginjol* está corrompido de *chinchil*, que vale contento y regocijo, por ser este árbol hermoso y vistoso, que da alegría en mirarle, especial-

mente si empieza a colorear la fruta, y el verde de sus hojas está entonces muy subido, y así dice otro proverbio, del que va gallardo y alegre, que *va como un ginjol verde.*»

(48) La pera salvaje, que madura muy tarde, según el Dr. Laguna, en sus notas a Dioscórides.

(49) «Acudan moscovitas al reclamo
de aquellos que a la jábega se aplican,
cantando de la iza y del caramo»

léese en la célebre *Vida del pícaro, compuesta por gallarao estilo en tercia rima* (véase la edición crítica de A. Bonilla y San Martín, en el tomo IX de la *Revue hispanique*), donde *iza* equivale a *ramera*, y *caramo*, a *vino*.

(50) *Jayán*, según Juan Hidalgo, en su *Vocabulario germanesco*, es «rufián a quien respetan». En las novelas caballerescas, *jayán* significa simplemente: «gigante, hombre de gran cuerpo», los cuales «de natura son soberbios e follones». (*Amadís de Gaula*, IV, 47).

(51) *Golpeado*, en vocabulario de germanía, es *postigo*, y *echar el golpe*, cerrar la puerta. El Sr. Hazañas cita muy oportunamente, a este propósito, el *Guzmán de Alfarache* (2.^a parte, II, 4). Chaves, en la segunda parte (si es que le pertenece) de las *Cosas que pasan en la cárcel de Sevilla* (en el *Ensayo* de Gallardo, I, col. 1354), dice que, en siendo hora de encerrar los presos, cinco hombres dan voces hasta que los últimos están encerrados, «y con esto, *cierran los golpes*, y, en cerrando, aunque importe la vida de mil hombres, no se abren *las puertas*.»

(52) Monedas de cobre (del latín *numus* = moneda, pieza de cobre).

(53) *Cuyo* no es precisamente el *galán* o *amante* de una mujer, sino algo más, como ha demostrado el P. Juan Mir, con significativos textos de Pedro Vega, en su útil *Rebusco de voces castizas* (Madrid, 1907; pág. 171): «El nombre *cuyo*, respecto del esclavo, es *amo*, *dueño*, *señor*; respecto de la mujer casada, representa el *marido*, que,

por serlo, es *dueño* y *señor* de ella; respecto de la soltera, significa el *galán* que en su ánimo la posee como *dueño*. Por manera, que privar al *cuyo* del concepto de señorío y posesión, es despojarle de su valor literal».

«Sin *cuyo* no ha de vivir,
y así, sospechas me dan,
si no se deja servir,
que tiene en corte galán.»

(*El caballero de Olmedo*, ed. Schaeffer, jornada I).

(54) «De uno que está con muchos vestidos—escribe Covarrubias, después de explicar que *palmitos* son redros de palma—decimos que *está vestido como un palmito*.» Hoy se dice también que *va hecho un palmito*. Pero ¿qué tienen que ver berzas con gazpachos? o, lo que es lo mismo ¿qué relación hay entre el redrojo de palma y el hombre que va *con muchos vestidos*? El Dr. Laguna, en sus preciosos comentarios a Dioscórides, esclarece la cuestión, haciendo notar que el palmito (*bdélium* en latín) «no es cogollo ni renuevo del árbol llamado palma, como piensan algunos, sino especie muy diferente, visto algunas veces crecer palmitos, a do nunca jamás hubo rastro de palmas. Es ordinariamente el palmito poco mayor de un codo; crece debajo de tierra; es todo cubierto de hojas semejantes a las de la palma, por donde solamente en Castilla se le dió este nombre». Añade que es planta afrodisíaca, y que sólo se come de ella «un cogollico tierro que, a manera de corazón, se halla en las entrañas desta planta, *para llegar al cual es menester quitar mil pañales, con gran dispendio del tiempo*». Por lo cual—concluye—«puédese por ella decir lo que dijo el diablo cuando trasquilaba los puercos: *Poca lana y mucho ruido*».

(55) Censorino, o Catón el Censor (murió de muy avanzada edad, hacia el año 150 a. de J. C.). Comp. *Quijote*, I, 20. Cejador ve en *zonzorino* una irónica alusión a *zonzo* = insulso, simple, «o *zonzoriano*, como dicen en

Honduras». *Zonzo* se aplica también a las cosas materiales, sosas y desabridas (Cons. J. Mir, obra citada, página 353).

(56) *Coba* equivale a *real*, en lengua germanesca.

(57) *Tela* era el campo cerrado de las justas y torneos. Pero las lides a que la *Repulida* se refiere, son aquellas cuyas heridas solían remediarse en el hospital de Antón Martín, como las de la moza que allí curó «la tela que mantuvo», y a la cual alude un romance de Quevedo (*Parnaso*, ed. cit., núm. 465).

(58) Correas escribe: «¿Y yo, *mondo ñisperos*? ¿Y *Fulano*, *monda ñisperos*? (Cuando no meten a uno en cuenta, y debe ser contado, por ser tan digno o más que otros».)

(59) *Foluz*, del árabe *folús*, moneda de ínfimo valor. Pedro de Alcalá indica las equivalencias: «media blanca, cornado, meaja». (Cons. Eguílaz, op. cit.)

(60) Los cuchillos llamados *jiferos* y *vaqueros*. Mencionalos asimismo Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*. Fueron prohibidos por Felipe V en 1713 (ley 11, tít. 19, lib. XII de la *Novísima Recopilación*).

(61) *Untado*, por *sobornado*. Así dice Quevedo, hablando de cierta doncellita:

«Untadas tiene las manos,
no por via de soborno,
que trae el unto en los dedos,
como en los riñones otros.»

(Ed. Janer; núm. 502.)

(62) El mismo juego de palabras consta en el *Rufián dichoso*. *Cuadrar* es «conformarse o ajustarse una cosa con otra»; pero también «dar a una cosa figura de cuadrado». *Esquinar* tiene el sentido de «hacer esquina», o «formar ángulo exterior».

(63) «La S y el clavo en un carrillo, el cuyo en el otro, es la divisa del esclavo.» Fr. Pedro de Vega: *Declaración*

NOTAS

de los siete salmos penitenciales (1606), salmo V, vers. 19, disc. 2.

«Pues traigo vuestra S y clavo,
ojos, tratadme mejor,
y advertid que en cualquier cabo
suele pesarle al señor
que se le muera su esclavo.»

(Tirso de Molina: *Cigarrales de Toledo*; Cigarral IV.)

«Yo soy un humilde esclavo;
solo este nombre me den;
ponme la S y el clavo.»

(Lope de Vega: *Comedia de Ursón y Valentín*; III.)

«V. m. sabe que la S y clavo son señales de sujeción y esclavitud.» (I. de Luna: *Diálogos familiares*; París, 1619; diálogo 2.^o).

«Con su S y su clavo
señalada estoy;
señales de gloria
con que me adornó.»

(Luisa de Carvajal, en la *Antología de poetisas líricas*, publicada por la R. Acad. Esp., I. 101.)

(64) «Ejercía la autoridad en la mancebía sevillana, como en las demás de España, el *padre* o la *madre*, hombre o mujer que alcanzaba de la Ciudad tal nombramiento, o, por lo menos, su confirmación, cuando los arrendadores o dueños de las *boticas* (*casas de la mancebía*) los designaban como tales.» (Hazañas y la Rua; obr. cit., página 27).

En la comedia *El rufián dichoso*, escribe Cervantes:

«Es *alcaide*, con perdón,
señor, de la mancebía,
a quien llaman *padre* hoy día
las de nuestra profesión.»

(65) La edición de 1615: «Vademecun».

(66) *Oislo*, sustantivo, significa siempre en Cervantes la mujer respecto del marido (comp. *Quijote*, I, 7; II, 3 y 70). Lo mismo en Lope de Rueda (*Comedia llamada Armelina*, escena 1.^a, *ad finem*):

«PASCUAL. ¡Suso, que es mediodial Entrad, oislo, a hacer levantar ese mozo, y comiencen andar esos fuelles.

INÉS. Ya voy, marido.»

Y en Quevedo (*Entremés famoso de la endemoniada fingida*):

«VEJETE. ¿Hay ocasión?

FAUSTINA. Y muy grande.

Que mi oislo se fué ahora
a la casa de los naipes.»

«No creo os será nuevo el marido decir a la mujer, aunque esté en compañía de muchas mujeres, para llamarla, decille: «¿*Oislo*?» Y lo mismo ella a él, como si fuese él solo o ella el que sólo lo oye, y no más de a una que lo dice el «¿*Oislo*?» (*Carta de las 72 necedades*; apud Paz y Mélia, *Sales españolas*; II, 74).

(67) A *raparse* (a tijera o a navaja), porque se trata de un barbero. *Rapio*, *is*, en latín, significa *quitar*, *arrebat*. El rapista, como se ve, es músico. Ya dijo Mateo Alemán, en la 2.^a parte de *Guzmán de Alfarache* (III, 6), que no pasa un médico sin guantes y sortija, ni un boticario sin ajedrez, *ni un barbero sin guitarra*, ni un molinero sin rabelico.

«*Claudia*.—¿Por qué los Barberos tienen siempre en sus tiendas guitarras con que se alegran?

Roselino.—Porque tienen un oficio tan aprovechado, que ganan su vida quitando siempre, sin poner de su parte nada, porque ellos quitan el cabello, sacan las muelas, sacan la sangre, y, en premio de lo que sacan y quitan, les damos el dinero...» (Alonso Jerónimo de Salas

NOTAS

Barbadillo: *La sabia Flora malsabidilla*; Madrid, 1621; acto I.)

En *Don Diego de Noche*, de D. Francisco de Rojas (jornada II), el criado Lope teme tropezar con unos capeadores, y exclama:

«... ¡Gente hay aquí!
Esta noche anda tras mí
suelta la desdicha mía.
.....
¡Ah, hidalgos! ¿Podré pasar?
(*Aparte*: Olor hay, y cruje a seda.
Consolado estoy, no es gente
de *rapio*, *rapis*.) ¿Qué digo?»

(68) Así la edición de 1615; pero sobra una sílaba. Los editores modernos han suprimido el «ni», cambiando por completo el sentido de la frase.

(69) Gutierre de Cetina, en su *Paradoja* en loor de los cuernos, escribe: «Un cuerno sirve de orinal a algunos oficiales en sus tiendas.» *Oficial* se emplea aquí en el sentido de aquel que ejerce una industria u oficio.

(70) Según el *Diccionario* académico, *churrullero* es sinónimo de *churrillero*, y significa «que habla mucho y sin sustancia». Comp. *Quijote*, II, 45. Para Pellicer, *churrillera* equivale a *ladrona*. Cejador (*La lengua de Cervantes*, pág. 345) entiende que la idea originaria es la de hablar con desparpajo. Nótese que el verbo *charrar*, en el sentido de *hablar con exceso*, se emplea en la *Comedia intitulada Tesorina* y en la *Comedia llamada Vidriana*, de Jaime de Huete, ambas de mediados del siglo xvi.

(71) Alusión a un famoso rufián de este nombre, cuya vida y aventuras andaban en romances, y cuyo nombre fué también el de un antiguo baile. Véanse acerca de él las dos jácara de Quevedo en su *Parnaso* (*Musa Terpsícore*, núms. 335 y 336, ed. Janer), que contienen una carta

de Escarramán a la Méndez, célebre *marca* de aquel *jardín*, y la respuesta de la Méndez. En su ilustración a la mencionada *musa del Parnaso*, D. José Antonio González de Salas escribió: «Muchas jácara rudas y desabridas le habían precedido *a (Quevedo)* entre la torpeza del vulgo; pero de las ingeniosas y de donairosa popularidad y capricho, *él fué el primer descubridor sin duda*; y, como imagino, el *Escarramán*, la *que* al nuevo sabor y cultura dió principio». Fué, en efecto, tan famosa esta jácara, que D. Juan de Arguijo, en sus *Cuentos*, al referir cierta anécdota de Quevedo, empieza: «D. Francisco de Quevedo, *poeta que compuso el romance de Escarramán...*» Quevedo, en el romance de *Los valientes y tomajonas* (núm. 350, ed. Janer), hace al baile del *Escarramán* contemporáneo de la *Zarabanda*; pero no es prudente atribuir exactitud cronológica a la genealogía burlesca que de los bailes traza el autor del *Buscón* en esos versos. No conozco mención alguna de aquel baile, anterior al siglo xvii. Según el Dr. Alonso Cano, en sus *Días de Jardín* (Madrid, 1619; pero escrito en 1617), el baile del *Escarramán* era de carácter lascivo, y consistía «en quebrar el cuerpo y dar descompuestos saltos».

(72) «*Espalderes*, los remeros de popa en la galera porque hacen espaldas a todos los demás y los gobiernan, yendo al compás que ellos traen el remo. Por otro nombre se llaman *hogavantes*.» (Covarrubias.)

(73) Así la edición de 1615. Otros editores leyeron después: «la».

(74) Véase la nota 71.

(75) La edición de 1615: «cofas».

(76) A esto alude la susodicha carta de Escarramán, por Quevedo:

«Que tiempo vendrá, la Méndez,
que alegre te alabarás
que a Escarramán por tu causa
le añudaron el tragar.»

NOTAS

(77) *Medüla*, del latín *medulla*, con la acentuación en la penúltima sílaba, larga por posición.

(78) La edición de 1615: «alaban».

(79) Alusión al más célebre de los romances de Azar-que el granadino, que comienza:

«Ensíllenme el potro rucio
del alcalde de los Vélez», etc.

(V. Durán, núm. 22 y nota correspondiente.)

El autor de la *Farsa llamada Paliana*, sacada a luz por Joan Diamonte (Timoneda) en 1564, pone en boca del *simple* o bobo la frase: «Pésete al *asno rucio*».

(80) Azotes; que no fueron pocos, ciertamente, a juzgar por el citado romance quevedesco, donde Escarramán dice:

«A espaldas vueltas me dieron
el usado centenar,
que, sobre los recibidos,
son ochocientos y más.»

(81) *Molido como alheña*. «Con las raíces desta planta tiñen en Turquía y otras partes las colas y clines de los caballos, y los moros y moras los cabellos y uñas. Y porque para esto, y para algunas medicinas, se muele el alheña, nació de aquí una manera de hablar, que es «está molido como alheña», del que está cansado y quebrantado.» (Covarrubias.) Comp. *Quijote*, II, 14.

(82) Galeras. (Cons. *Quijote*, I, 22, y *Rinconete*, ed. Borsarte, pág. 20.)

(83) *Gura* (y *Gurullada*) = Justicia, y *guro* = alguacil.

(84) «*Ropa afuera*—escribe Covarrubias—término de las galeras, cuando se ha de remar con hígado.» Para el *Diccionario*, *hacer fuerarropa* era: «frase de mando usada en las galeras para que se desnudase la chusma».

(85) «Baile castellano, dicho así por el cantarcico: *Dama gallarda, mata colón, mucho te quiere el emperador*.» (Covarrubias). Era *baile de reyes*, según Esquivel Nava-

ro, y por eso «se ha de danzar con el sombrero en la mano». Salas Barbadillo le denomina: «danza palaciega y majestuosa». Acerca de la *gallarda* y su música, véase el estudio: *Los instrumentos músicos y las danzas en el Quijote*, por Cecilio de Roda, en el tomo: *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de Don Quijote*; Madrid, 1905.

(86) *Rastrear* es, a veces, «arrastrar los pies con arte». (Comp. al P. J. Mir, obra citada, pág. 605). Pero aquí alude Cervantes al baile del *Rastreado*, cuyos movimientos describe en el romance.

(87) De los bailes aquí mencionados, uno de los más antiguos parece ser el de *el rey don Alonso el Bueno*, citado ya, como hace notar mi querido amigo el Sr Hazañas, en la *Tragicomedia de Lisandro y Rosella* (IV, 3), de Sancho Muñón, impresa en 1542. Pero todavía es anterior la cita que se encuentra en la *Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno* (ed. de Burgos, 1539), donde se menciona el principio del cantarillo: *Rey don Alonso, rey mi señor...* Correas trae las locuciones: «No lo estimo en el baile del rey Perico, del rey don Alonso; o no lo tengo, no lo tuvo, o no lo estima.»

Según Covarrubias, el *canario* fué «un género de saltarelo gracioso, que se trujo a España de aquellas partes (*las islas Canarias*)»; y el mismo origen le atribuye Lope de Vega en su comedia *San Diego de Alcalá*; las *gambetas* (de *gamba*) «un género de danza algo descompuesta, que juegan mucho de perneta»; y el *villano* se llamaba así por el cantarillo: *Al villano que le dan* (Cervantes reproduce, al final de este entremés, el segundo verso del cantarillo: *con la cebolla y el pan*). En cuanto al *zambapalo*, según la Academia, fué «danza grotesca, traída de las Indias Occidentales, que se usó en España durante los siglos xvi y xvii» (?). El *pésame dello* está citado también por Cervantes en *La ilustre fregona*, en *La cueva de Salamanca* y en *El celoso extremeño*. Respecto de la *zarabanda*, dice

NOTAS

Covarrubias: «baile bien conocido en estos tiempos, si no lo hubiera desprivado su prima la *chacón*; es alegre y lascivo, porque se hace con meneos del cuerpo descompuestos»; su más antigua mención española conocida, data de 1588. Véase, acerca de la zarabanda, nuestra edición de *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara (Madrid, 1910; pág. 132 y sigs.) Los bailes de la zarabanda y del escaramán fueron prohibidos en 1615 por auto del Consejo de Castilla. Respecto del *villano*, antes citado, una de las más antiguas referencias que conozco a tal baile, consta en la *Farsa nuevamente compuesta* por Hernán López de Yanguas *sobre la felice nueva de la concordia y paz*, etcétera, impresa en la primera mitad del siglo xvi. Allí se lee:

«PLAZER.	¡Baylemos a la barrisca!
TIEMPO.	No nos tañas la <i>morisca</i> , sino el <i>villano</i> de antaño.»

Consérvanse también unas: «Coplas fechas por Rodrigo de Reinosá a unas serranas, al tono del *baile del Villano*», con el estribillo:

«Mal encaramillo millo
Mal encaramillomé.»

En cuanto a las *gambetas*, no sé si aludirá a este baile Rodrigo de Reinosá, cuando escribe, en sus *Coplas de un pastor que andaba enamorado de una pastorcilla* (apud Gallardo, Zarco y Sancho, *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, IV, col. 1415):

«Sé bien bailar *las coxetas*,
trastocadas las gambetas;
que apuesto las agujetas
de saberlas bien brincar.»

Pero la más antigua alusión que conozco al mencionado baile, consta en *La crianza e virtuosa doctrina* del ga-

llego Gracia Dei, impresa hacia fines del siglo xv. Allí se lee:

«Después desto vi andar ellertas
personas el *alta* con el *ioyoso*,
y luego tras esto muy gracioso
andaban otros *girona ganbetas*.»

LA ELECCIÓN DE LOS ALCALDES DE DAGANZO

(88) Hay actualmente un pueblo así llamado, que pertenece a la provincia de Madrid (partido de Alcalá de Henares). Lleva el nombre de «Daganzo de Arriba». Tenía 677 habitantes según el Censo de 1910. En el *Nomenclator* formado e impreso en 1789 de orden del Conde de Floridablanca, figuran: «Daganzo de Arriba» en el partido de Guadalajara, y «Daganzo de Abajo» en la provincia de Toledo, partido de Alcalá. Es lo probable que sea «Daganzo de Arriba» el pueblo a que se refiere el entremés cervantino. Daganzo de Abajo, según Madoz, confinaba por el Norte con Daganzo de Arriba, y llevaba también el nombre de Daganzuelo. En ambos pueblos, la principal cosecha era de trigo. Hoy, Daganzo de Abajo ha desaparecido. Constaba, sin embargo, en el mapa de D. Tomás López (1768), donde no figuraba «Daganzo de Arriba».

(89) El Maestro Correas trae estos refranes: «*Echaldo a doce, y nunca se venda* (lo que: *echémoslo a doce*).» «*Echarlo a doce, y nunca se muele*.» También figura el refrán, con la forma: «*Echémoslo a doce, siquiera nunca se venda*», entre los atribuidos al Marqués de Santillana (de los cuales hay edición anterior a 1508). El Comendador Hernán Núñez lo trae en esta forma: «*Echémoslo a doce, y nunca se venda*». Asimismo consta el dicho en el *Entremés de los refranes*. En la 2.^a parte de *Guzmán de Alfarache*, por Mateo Luján (III, 11), se lee: «eran boquirubios, hijos de

vecino, que les parecía que todo su Dios era *echallo a diez*; gastaban con ánimo». Cervantes lo menciona en el *Quijote* (I, 25; en la parte II, cap. 69, dice: «*echarlo todo a trece, aunque no se venda*»), y en *Rinconete y Cortadillo*. El origen histórico de la frase permanece ignorado. Respecto de su interpretación, dijo Seijas en su comentario al *Cuento de cuentos* de Quevedo, que «*echarlo a doce*» «vendrá de los tratos de mercaderes», y significa «meter a bulla alguna cosa para que se confunda y no se hable más de ella», interpretación que han hallado muy de su gusto modernos eruditos. En realidad, a Seijas le sirvió de base el comentario de Clemencín al citado lugar del *Quijote* (I, 25), donde el insigne anotador advierte que la expresión citada: «Úsase en ocasiones de enojo y despecho, cuando se quiere atropellarlo todo y meterlo a barato». Pero no es lo mismo *meter a barato* un negocio, que *echarlo a diez, a doce o a trece*; la primera expresión significa a veces, en efecto, confundir algún asunto, metiendo bulla y dando voces; mas *echarlo a doce* indica precisamente todo lo contrario, porque representa la determinación de *acabar* la contienda, discusión o alboroto ya comenzados; y aun podría suceder que se *echase* algo *a doce*, sin necesidad de altercado ni pelea preliminar de ningún género. El alcance del dicho aparece declarado en la glosa anónima que acompaña a *Los refranes que recopiló Iñigo López de Mendoza* (ed. de Valladolid, 1541), donde se lee: «*Echémoslo a doce, siquiera nunca se venda*.—Las cosas preciosas, en mucho se deben estimar.» De lo cual se colige que *echarlo a diez, a doce o a trece*, es encarecer y sublimar el mérito y precio de las cosas, aun corriendo el riesgo de que resulten inaccesibles para todos. Por qué se dijo *diez, doce y trece*, en vez de *nueve, once o quince*, o de cualquier otro número; qué valor tengan las variantes *aunque no se venda*, y *aunque nunca se muela*, son circunstancias que conciernen al origen histórico del refrán, y acerca de las cuales nada po-

sitivo sabemos, quedando el campo libre, en su consecuencia, a las ingeniosidades de los comentaristas.

A propósito de los números *doce y trece*, quizá no sea del todo inútil reproducir aquí lo que el Sr. Ribeiro (*Frazes feitas*, Lisboa, 1909, págs. 80-81) cuenta acerca de ciertos *dados de la muerte*, que se dicen custodiados en un castillo berlinés: «Em tempos remotos—escribe—haviã sido dois soldados prezos e acuzados de ter um elles, e não se sabia qual, assassinado uma rapariga que ambos assiduamente cortejavam. Apelou-se, em falta de provas, para o *Juizo de Deus*, segundo os costumes barbaros do tempo; e um dos acuzados (e este era o verdadeiro assassino) tomando os *dados*, especie de prova a que de acordo se submeteram, logrou deitar *doze pontos*. Não havia mais salvação para o inocente que entretanto, encomendando-se a Deus, fez o seu lance e, ó milagre! um dos dados partiu-se, e os tres fragmentos apresentaram somados o numero *trece*. Estes são os *dados da morte*, e exprimem o extremo de felicidade que pôde lograr um inocente no seu maior risco de vida.»

En el sentido de enojo y despecho, emplea la frase Damián Salustio del Poyo, en su comedia *La vida y muerte de Judas* (jornada II), donde éste dice:

»No nos iguaemos,
padre honrado, y más extremos
no hagais, porque *si lo echo*
todo a doce, vive Dios
que os dé, villano, a entender
si yo vuestro hijo he de ser,
siendo un hortelano vos.»

(*Apud* A. Schaeffer, *Ocho comedias desconocidas*, etc., Leipzig, 1887, I, 48).

(90) Hernando del Pulgar, en su glosa de las *Coplas de Mingo Revulgo* (copla 1.^a), explica el verso: «No te llostras de buen rejoy» de esta suerte: «Los labradores que

NOTAS

dañan nuestro lenguaje, por *recio* dicen *rejo*. Como quien dice: no estás en el vigor y *fuerza* que debes estar.» Pero esta acepción, que puede aplicarse a los dos pasajes del *Quijote* donde el vocablo se halla empleado (I, 25; II, 13) no se acomoda bien al presente, en el cual *de buen rejo* parece significar *de buen modo, en buenos términos*.

(91) Juramento muy usado por el pueblo en el siglo xvi. Así dice Sebastián de Orozco en un entremés (*Cancionero*; ed. Bibliófilos andaluces, p. 167):

«¡Juro a sant Junco, el gasajo
acá dentro me retoça...!»

Y, en cierta anónima *Egloga nueva* del siglo xvi (*Apud* Dr. E. Kohler: *Sieben spanische dramatische Eklogen*, Dresden, 1911, p. 310), se lee:

«¡Juro a sant Junco sagrado,
aquél que muy sancto hu...!»

De no ser *Junco* alguna deformación villanesca de un nombre propio, como *Nuflo* de *Nofre*, tal vez haya de relacionarse el vocablo con los *sceptra morionum* de que habla Covarrubias (V. *Iunco*), o sea con los juncos, puestos a modo de cetros, en manos de aquellos a quienes se hacían «bobos, o tontos-reyes», en memoria de la caña que a Cristo entregaron la noche de su Pasión, para saludarle burlonamente como a rey.

(92) «En todo caso. Metáfora del rodar o rodear enteramente.» (Cejador: *Tesoro de la Lengua castellana*; R., Madrid, 1909, p. 343.)

(93) «*Chapado*—dice Covarrubias—, el hombre de hecho y de valor, porque va guarnecido con su virtud y es-fuerzo.» «La chapa—escribe Cejador—sirve para asegurar la obra hecha, y por la solidez que da, se tomó la metáfora para indicar sobre todo el juicio asentado, firme.» Los dos principales sentidos de la frase *persona de chapa* (como hemos procurado demostrar en nuestro folleto

Los bancos de Flandes, Madrid, 1910), indican sujeto de *brío*, *rumbo*, *garbo* o *gentileza*, o persona *principal*.

Así, Bartolomé de Torres Naharro, en el introito de la *Comedia Calamita*, escribe:

«Que debaxo del sayal
también hay *hombres de chapa*,
que osarán poner la capa
a beber con cada cual.»

Y, en la adición al *Didlogo del Nascimiento*:

GARRAPATA. ... Tan sabiamente has hablado,
que merecias ser Papa.

HERRANDO. ¿Pensais que, tras el ganado,
no salen *hombres de chapa*?»

(94) Sobre otros ejemplos de este giro en el *Quijote* y en *La Tía Fingida*, véase a Cejador, *La lengua de Cervantes*, II, 775. Supónelo de origen italiano.

(95) En la *Comedia llamada Vidriana*, por Jaime de Huete, dice Gil Lanudo:

«No me deys algún pelón;
que, pardiez, si me lo dais,
por San Pito,
me hareis pesar enfenito.»

Correas trae el dicho: «*Pito Sante, apitonado*», refiriéndolo a uno que «se ofreció que sabía ayudar a misa, y a todo no respondía más que esto. Aplícase a la rusticidad de algunos, y aun de los que presumen.» El juramento «Por San Pito» consta igualmente en *El rufián dichoso* de Cervantes.

(96) Por «instinto».

«Eres Norte a la aguja del distinto;
que del calor del aire está el jacinto.»

(Pedro Espinosa: *Obras*, ed. Rz. Marín, Madrid, 1909, p. 110).

NOTAS

(97) Propiamente, *sacre* es una especie de halcón. Por extensión, se llamó así a toda persona que se remontaba o que sobresalía en algo. Comp. *Rinconete y Cortadillo*.

(98) Aquí, *mojón* es sinónimo de catavinos. Comp. *Quijote*, II, 13.

(99) Es el mismo cuento referido en el *Quijote* (II, 13), aunque en éste los *mojones* son dos. Probablemente se trata de una anécdota popular bastante anterior a Cervantes.

Y, por supuesto, nada tiene que ver esa anécdota con otra que figura en el entremés: *Ginetilla, ladrón*, que poseyó José María de Alava y que creía éste obra cervantina, por vislumbrarse en ella *algo* «que quería parecerse al embrión del gobierno de Sancho en la Ínsula Barataria.» Véase a J. María Asensio: *Cervantes y sus obras*, Barcelona, 1902, págs. 75-77.

(100) Lugares famosos por sus vinos. Alanís y Cazalla de la Sierra pertenecen a la provincia de Sevilla, y Esquivias a la de Toledo. El vino de Alanís (en el antiguo condado de Niebla, a la raya de Extremadura) era blanco, y asimismo el de Esquivias; el de Cazalla, tinto y algo dulce. (Vid. las Adiciones a la *Agricultura general* de Gabriel Alonso de Herrera, ed. de Madrid, 1818, I, 534 y 537).

(101) *Bodoque* es la bala o pelota de barro o hierro que se disparaba con ciertos arcos (llamados por eso *de bodoques*) y ballestas. En *Quien ama no haga fieros*, de Lope de Vega (I, 1.^a), cuenta un personaje lo siguiente:

«Yo conozco una mujer,
adonde un galán hablaba,
que toda la noche estaba
a una ventana, por ver
y por escuchar los toques;
y obligóle, descompuesta,
a traer una ballesta
y disparalle bodoques.

Mas ella, con la flaqueza
de escuchar, o la porfia,
cada noche se ponía
un caldero en la cabeza,
con que el galán que tiraba
hacia tanto rüido,
que despertaba al marido,
y a la señora llamaba.»

(102) Son bastante frecuentes las alusiones de nuestros escritores del siglo xvii al *perro de Alba* y a sus *coplas*. En la Biblioteca Nacional se conserva cierto pliego suelto, gótico, rotulado: «Este es el Pleito de los Judíos con el Perro de Alba, y de la burla que les hizo; nuevamente trobado por el Br. Juan de Trasmiera, residente en Salamanca, que hizo a ruego y pedimento de un señor.» En las medianísimas coplas de este pliego, se relata el cómico pleito de los judíos de Alba de Tormes con el perro, que continuamente les muerde y persigue:

«Nos, los que paz deseamos,
la noble aljama y caal,
contra un perro natural
desta villa nos quejamos,
y a vos, señor, demandamos
le colguéis de la picota,
porque nos muerde y destruye;
nunca de nosotros huye,
y nos trae al estricota.»

El juez condena al perro, pero éste se escapa cuando le llevan a ahorcar, y la emprende otra vez con los descendientes de Abraham, que se ven obligados a marchar a Oviedo. Muerto el perro de pestilencia, todavía ladra desde la *cava* a los judíos que se acercan a su sepultura.

Acerca del *perro de Alba* y de sus coplas, véanse las eruditás noticias del Sr. Puyol, en el tomo III de su espléndida edición de *La Pícará Justina* (pág. 286 y sigs.)

NOTAS

El abad D. Antonio de Maluenda (*Algunas rimas castellanas*, ed. Pérez de Guzmán, Sevilla, 1892, pág. 133), escribía:

«Mis musas son *musa, musae*;
mis coplas, del perro de Alba», etc.

(103) La ed. de 1615: «Potra».

(104) Comp. *Quijote*, II, 19.

(105) Según el *Diccionario* académico, *bierva*, vocablo asturiano, significa «vaca que ha perdido, o a quien se ha quitado, la cría y sigue dando leche». Tal vez *abiervada* tenga relación con *bierva* (vocablo que no consta, por cierto, en el *Vocabulario de palabras y frases bables* de Rato de Argüelles, ni en ningún otro de los que hemos examinado); pero nada podemos asegurar sobre ello, mientras no reunamos mayor número de datos. Es un término de tan difícil explicación, como aquella *ninerca del Asperino*, de que habla *El Licenciado Vidriera*.

(106) La edición de 1615: «anexo».

(107) Lo del *brasero* es alusión a la hoguera inquisitorial. *Casa llana* es la mancebía:

«TELLO.	Decidme de qué orden es.
ANTONIA.	De los de la casa llana.
	Es alcaide, con perdón,
	señor, de la mancebía,
	a quien llaman padre hoy día
	las de nuestra profesión.
	Su tenencia es casa llana,
	porque se allanan en ella
	cuantas viven dentro della.»

(Cervantes: *El rufián dichoso*, I.)

Pero la razón de llamarse *llana* (por antonomasia) semejante casa, no es precisamente la que Cervantes indica, sino el estar abiertos tales lugares a toda persona, sin impedimento ni tropiezo para entrar en ellos. Así, en

autos seguidos en 1573 contra Antonio de Trejo y Hernando de Almaraz (*apud* V. Paredes: *Orígenes históricos de la leyenda La Serrana de la Vera*, Plasencia, 1915, página 46), el corregidor de Plasencia fué al Monasterio de San Vicente a buscar a los acusados, y requirió al Prior: «le haga la casa llana para buscar a los dichos, y el dicho padre Prior dijo que no había tales delincuentes en este convento, y que el señor corregidor los busque por toda la casa, que está llana para ello».

(108) *Cerrero* equivale a bravío y cerril. Así se dijo también *cerrerías*, en el sentido de libertades y anchuras de la conducta. *Comp.* el *Quijote*, I, 50. «Como el apetito y voluntad—escribe Mateo Alemán (*Guzmán*, II, 3, 5)—sean tan cerreros, tan señores y enseñados a nunca obedecer ni reconocer superior...».

(109) *Comp.* *Quijote*, II, 42.

(110) Luis Quiñones de Benavente, en el entremés *De los alcaldes encontrados* (tercera parte; ed. Rosell, II, 244), dice también:

«DOMINGO. ¡Ah, señor escribano! Escriba, escriba.

MOJARRILLA. *Escriba* os ha llamado por rodeo.

DOMINGO. Él es escriba, y vos el fariseo.»

(111) Sobra una sílaba. En vez de «desde lejos», los editores siguientes han leído: «de lejos».

(112) *Solacio*, latinismo; por *solaz*.

(113) «*Y yo, pajas. Y Fulano, pajas*. Da a entender que tanto puede hacer como los otros». (Correas.)

«REGIDOR. Por la mía (*por su mujer*), a Dios gracias, bien seguro podré verlo.

ESCRIBANO. Pues yo, pajas; ¡vive Dios que una Porcia en ella tengo!»

(Quiñones de Benavente: *El retablo de las maravillas*.)

(114) Humillos quiere decir *raros*. El discutidor Al-

garroba toma *rato* en su propio sentido (lo contrario de *espeso*, o sea, claro).

(115) Canción que dió nombre al antiguo baile de *El polvillo*. Cervantes la vuelve a mencionar en el entremés del *Vizcaíno fingido*, y alude también a ella en *La gitana de Madrid*.

(116) *Endeliñado* no está aquí por *adeliñado*, sino por *aliñado* o compuesto. Por lo demás, Cervantes emplea (*Quijote*, II, 42) *adeliñarse* en el sentido de *componerse*. En el siglo XIII, *adeliñar* tenía igualmente la significación de *componer*, aunque también conservaba la acepción de *enderezarse* o *encaminarse a*, que ostenta en el *Poema del Cid*.

(117) La ed. de 1615: «volanças». «En volandas», dice Cervantes en el *Quijote* (I, 49; II, 41; en I, 31, se lee: «en volandillas»).

(118) La ed. de 1615: «reprenheder».

(119) Sobra una sílaba. Los editores han suprimido «Por».

(120) El sacristán consideraba descomulgados a cuantos habían puesto las manos en él violentamente, por la misma razón que temía estarlo don Quijote por haber derribado de la mula al bachiller Alonso López (Véase el *Quijote*, I, 19). Sobre este bachiller, y otros personajes quijotescos, he de decir algo, y aun algo, en cierto libro que preparo acerca de *Cervantes, sus amigos y comentaristas*.

LA GUARDA CUIDADOSA

(121) Con el título de *La guarda cuidadosa*, se conserva una comedia del divino Miguel Sánchez, impresa en la Parte 5.^a de la *Flor de las comedias de España, de diferentes autores* (1615).

También se custodian en la Biblioteca Nacional de Ma-

drid, un manuscrito del siglo xvii, que contiene dicha comedia, y otro, de la misma época, donde figura cierto auto sacramental rotulado: *La guarda cuidadosa*. La primera de dichas obras debe consultarse en la excelente edición del Sr. Hugo A. Rennert (Boston, 1896).

La comedia de Sánchez sólo mantiene remotísima relación con el entremés cervantino.

(122) *Pícaro* se toma aquí en el sentido de *picaño*, equivalente, según Covarrubias, a «el andrajoso y despedazado». En la curiosísima *Representación de la historia evangélica del capítulo nono de Sanct Joan*, de Sebastián de Orozco, dícele el ciego a Lazarillo:

«¡Oh de la casta bellaca,
si te apaño!
Saquíte de ser picaño,
que andabas roto y desnudo,
y díte un sayo de paño...»

(123) Es oscuro el sentido de esta alusión. ¿Habría errata, y querrá decir «caballo de Gonela» (*Quijote*, I, 1), el que *tantum pellis et ossa fuit*?

También puede ser que el sacristán tilde de hereje al soldado, porque la misma censura late en muchas alusiones a Ginebra, que se leen en nuestros clásicos, como esta de Ruiz de Alarcón (*La cueva de Salamanca*, II, 1):

«Tal fiesta allí se celebra,
que halla cualquier convidado
platos de carne y pescado,
como en viernes de Ginebra.»

«Es como Ginebra el gusto;
sin leyes quiere vivir»,

escribe Lope, en *Pobreza no es vileza* (III, 11).

(124) «*Tomar la mano*—escribe Correas—para negociar o hablar». «*Tomar la mano*—apunta Covarrubias—se dice el que se adelanta a los demás para hacer algún ra-

NOTAS

zonamiento.» Pero el *tomar las manos* a que se refiere Cervantes, debe de ser alusión a un lance del juego de naipes, en que concurren las figuras de sota, caballo y rey.

(125) Decíase que era *de epístola* el subdiácono, porque entre sus ministerios estaba el de cantar la epístola de la misa.

(126) Es decir, que tiene cortado el cabello por igual, sin señal de corona, por no ser ni siquiera *de prima tonsura*.

(127) «*Lavazas*, el agua sucia que sale de la ropa que se lava.» (Covarrubias.)

(128) Correas trae así el refrán: «El perro del hortelano, que ni come las berzas, ni las deja comer al extraño»; y también: «El perro del hortelano, ni hambriento ni harto, no deja de ladrar».

«TEODORO.

Pierdo el seso
de ver que me está adorando
y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo,
ni de Marcela; y si dejo
de mirarla, luego busca
para hablarme algún enredo.
No dudes: naturalmente
es del hortelano el perro.
Ni come, ni comer deja;
ni está fuera, ni está dentro.»

(Lope de Vega: *El perro del hortelano*, II, 31.)

(129) En *Por el sótano y el torno* (II, 9.^a; y en *Quien no cae, no se levanta*, I, 2.^a), de Tirso de Molina, Santarén, disfrazado de buhonero, pregona de este modo:

«¿Compran peines, alfileres,
trenzaderas de cabello,
papeles de carmesí,
orejas, gargantillas,
pebetes finos, pastillas,
estoraque y menjuí...» etc.

Estos vendedores solían ser franceses, generalmente de Gascuña, a quien el pueblo llamaba *gabachos*. (Comp. Castillo Solórzano: *La Niña de los embustes*, cap. II.)

(130) *Chinela*, era «un género de calzado de dos o tres suelas, sin talón, que con facilidad se entra y se saca el pie dél». (Covarrubias.)

(131) Usábanse los mondadientes de biznaga, de lentisco, de cañones de pluma, y también de plata y de oro. De ahí la sentencia que glosa el Dr. Sorapán de Rieros, en su *Medicina española* (1616):

«O con oro, o con plata,
o con biznaga, o con nonada.»

(132) Decíase *Es de Lope*, para indicar que una cosa era buena. «Lo dice el vulgo—escribe Correas—por las comedias de Lope de Vega, cuyo verso es más llano y fácil que de otros.»

«Lope, el fénix español
de los ingenios el sol,»

dice Moreto, expresando de esa suerte la opinión de casi todos sus contemporáneos.

(133) Reminiscencia de los famosos versos de Garcilaso (soneto X):

«¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!»

recordados también por Cervantes en el *Quijote* (II, 18) y en *Persiles y Sigismunda* (ed. Schevill-Bonilla, I, 278, y nota correspondiente). El Brocense hizo notar que Garcilaso imitó a Virgilio (*Aeneidos*, IV, 651):

«Dulces exuviae, dum fata deusque sinebat», etc.

(134) En el sentido de: «propuesto». Así escribe Diego Duque de Estrada, en sus *Comentarios del Desengañado* (ed. Gayangos, pág. 123): «El Conde-Virrey me hizo mu-

cha merced, y escribió a Su Magestad una muy favorable carta, representando mi calidad y servicios, y consultándome en ocho escudos de ventaja.»

(135) *Rijobes* debe leerse, probablemente, *Rijoles*, nombre castellano de *Reggio*, ciudad de la Calabria ulterior (la *Rhegium Julii* de los romanos), saqueada por los turcos en tiempo de Felipe II.

«Nave llegó a la playa, y fondo ha dado,
.....
o viene de Mesina, o pasa el faro
cuyo estrecho de mar términos pone
a las Sicilias dos, siendo de Ríjoles
el puerto de Mesina opuesta playa.»

(Tirso de Molina: *La Ninfa del cielo*, I, 5.^a)

(136) En el sentido de: «vuesa merced está fuera de juicio». En la misma acepción, D. Juan de la Sal, en la 2.^a de sus conocidas *Cartas*, dice del loco Méndez que «no lo ha de los carcañales».

(137) *Zorra* es uno de los infinitos nombres que en castellano tiene la embriaguez. Y es curioso que cualquier sustantivo o adjetivo femenino puede servir en castellano para designarla, según el tono con que la frase se pronuncie.

(138) *Tiro* se decía de «la pieza de artillería que tira la pelota». (Covarrubias). *Dio* es *Diu*, isla portuguesa del mar de Oman. El *tiro de Dio* era, sin duda, una descomunal pieza de artillería.

(139) Personaje famoso de nuestros romances. Gaiferos (cuyo nombre, en opinión de Milá, procede del vascomerovingio Vifario, que luchó con los primeros carolingios y que la poesía transformó en compañero de Carlomagno) es el «Gaiferus, rex Burdigalensium» de Turpín. Con ayuda de su tío, mató al conde D. Galbán. Después, casado con Melisenda, libertó a ésta de la cautividad de los moros, llevando a cabo grandes proezas.

Lo de «pretendiente de Gaiferos», no ha de entenderse como si el soldado *pretendiese* al héroe romancesco (*), sino en el sentido de «aspirante al papel heroico de Gaiferos». Semejantemente se decía: «*pretensa* de las dignidades», en la acepción de «aspiración» a ellas.

EL VIZCAÍNO FINGIDO

(140) El texto: «también».

(141) Alude Cervantes a la Pragmática de 3 de enero de 1611 (ley 8.^a, tít. XIV, lib. VI de la *Novísima Recopilación*), donde, en efecto, se dispone que no puedan hacerse nuevos coches sin licencia del Presidente del Consejo real; que los coches «que hasta ahora están hechos», se registren ante la persona o personas que dicho Presidente ordenare; que ningún hombre pueda andar en coche «de rua» sin licencia real; que «las personas que tuvieren coche, no le puedan prestar» y que «ninguna mujer que públicamente fuere mala de su cuerpo y ganare por ello, pueda andar en coche ni carroza, ni en litera ni en silla».

También Felipe III, en el capítulo 3.º de la Pragmática de 1610, había mandado guardar la disposición de Felipe II en 1586 (ley 8.^a, tít. XIII, lib. VI de la *Novísima Recopilación*), prohibiendo «que ninguna mujer, de cualquier estado, calidad y condición que sea..., pueda ir, andar, ni ande tapado el rostro en manera alguna, sino llevándolo descubierto».

Cabrera de Córdoba (*Relaciones*, pág. 427), que da cuenta de las Pragmáticas de 1611, dice que «se publicaron la víspera de la Pascua de Reyes».

(*) Cierta anotador, horrorizado ante esta interpretación, única que considera posible, propone que se lea: «pretendiente a lo Gaiferos».

En *Quien calla, otorga* (I, 7), escribe Tirso de Molina:

«La multitud de los coches,
en Egipto fuera plaga,
si autoridad en Madrid.
No se tiene por honrada,
mujer que no se cochea;
y tan adelante pasa,
que una pastelera dicen
haber comprado una caja,
tirada de dos rocines
que traen la harina que gasta,
en que sábados y viernes
se pasea autorizada;
pero, en viniendo el domingo,
hasta el fin de la semana,
trueca el coche por el horno
y el abano (*abanico*) por la pala.
Los mozos que pastelizan,
son cocheros por su tanda;
con que vuestra pastelera
va, aunque gorda, sancochada.»

(142) En la *popa*, o parte trasera del coche, se sentaban las personas principales, y en la *proa*, o parte delantera, los acompañantes, dueñas, servidores y demás gente inferior. (Cons. Luis Vélez de Guevara: *El Diablo Cojuelo*, ed. Bonilla; Madrid, 1910; pág. 148).

«Ocupó nuestro Bachiller la popa del coche, y en la proa se puso D. Diego (*el dueño*), que por forastero y persona que aquel día iba a adquirir honor, se le debía aquel lugar (*al Bachiller*)». (Castillo Solórzano: *Tardes entretenidas*; Madrid, 1625; Novela V: *El culto graduado*).

(143) «Soplillo, *manto de soplillo*, es una tela tan delgada, que con un soplo la aventarán de donde estuviere.» (Covarrubias). «A pocas calles andadas, encontré con una mujer de verdugado y chapines de más de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un manto de

soplillo que la cubría hasta los pechos». (H. de Luna: *Segunda parte de Lazarillo de Tormes*, cap. XIII).

(144) *Virilla*, diminutivo de *vira*, «corregüela que se infiere en el zapato entre la suela y el cordobán; y se dijo así, porque le dan fuerza con ella» (Covarrubias).

(145) Ediciones posteriores a la primera, traen aquí: «y el daño», en lugar de «que engaño».

(146) Véase la nota 115, del entremés de *La elección de los alcaldes de Daganzo*.

(147) El texto: «añedesele».

(148) El que no está muy en sí, por haber empinado el codo con exceso. Lope de Rueda emplea el vocablo en el *Colloquio de Camila*:

«BARBERO. ¿Cómo no está en casa? Decilde que se asome ahí.

GINESA. Harto *asomado* debeis vos venir.»

«Se encontraban unas *monas* con otras asidas por las espaldas y ensartadas por las colas, porque era un perpetuo *asomo*, y sin dilúcidos intervalos.» (Mateo Luján, *Segunda parte de Guzmán de Alfarache*, II, 1).

La mejor descripción del *asomo*, la da Gaspar Lucas Hidalgo, en sus *Diálogos de apacible entretenimiento* (III, 3.º), del siguiente modo:

«El que se emborracha, primero que del todo esté privado del juicio, pasa por cierta disposición y estado que media entre borracho del todo y no borracho, conviene a saber, cuando un hombre comienza a pasar un poquito más adelante en el brindar de lo que su cabeza puede llevar, *que llaman estar asomado*; y los accidentes deste estado son alegría y mucho hablar y chacotear, andar de aquí para allí con una gustosa inquietud, nacida de una alegre disposición, llena de risa y placer. Y al borracho que está en este estado, le dicen propiamente que está hecho una mona.»

No estamos, pues, de acuerdo con D. P. de Mugica (en la *Zeitschrift für Romanische Philologie*, del Dr. Gröber,

Halle) respecto de la interpretación de *asomado* por *ebrio* en el citado pasaje de Lope de Rueda.

(149) El texto: «quetria que».

(150) Latón.

(151) Cariño, caricia, festejo. De *regalar*. Oudin traduce bien *regalar* por «mignarder, caresser, cherir», etc.

(152) Quizá se alude a la disposición que cita Cabrer de Córdoba (*Relaciones*, pág. 454) en los siguientes términos: «Háse mandado tomar el dinero que viene de las Indias para S. M., y que no se paguen de él las consignaciones de los hombres de negocios, hasta la plata que viniere el año que viene, por tener mucha necesidad de ésta y que verná más cantidad el año venidero, porque se ha proveido de azogue para beneficiar la plata, que por falta de él no ha venido este año más.» (25-octubre-1611).

(153) El texto: «Cristina».

(154) *Mañana en la tarde*. El mismo giro consta en *El celoso extremeño* (ed. Bosarte, pág. 38). Hoy diríamos *mañana por la tarde*. La preposición *en*, representa en aquella frase la función del ablativo de tiempo (comp. Hanssen, *Gramática histórica de la lengua castellana*; Halle a S., 1913; núm. 693).

(155) El texto: «mondamientes».

(156) El texto: «tener».

(157) «El afeite—escribe Covarrubias, voc. *Afeite*—les come (*a las afeitadas*) el lustre de la cara, y causa arrugas en ella, destruye los dientes, y engendra un mal olor de boca.»

(158) El texto: «por quien».

(159) «*La ventura de las feas, la dicha*. (Hay opinión que son dichosas en maridos.)» (Correas.)

(160) Faltan en la 1.^a edición las dos últimas sílabas de esta palabra.

(161) *Algalia*, según Covarrubias, es «cierto licor que el gato índico (*la civeta*), cría en unas bolsillas, que, curado, es de suavísimo olor, y por esto muy preciado». La

expresión «algalia *entre algodones*», úsala Cervantes en el *Quijote* (I, 4), y en el *Viaje del Parnaso* (cap. VIII), para indicar la suma delicadeza de lo guardado.

(162) De vino del Santo (de San Martín de Valdeiglesias, pueblo de la provincia de Madrid), uno de los más afamados de España, donde siempre hubo predilección, entre los bebedores, por «lo del bienaventurado que partió la capa con el pobre», como decía Juan Cortés de Tolosa.

El vino que antiguamente se hacía en San Martín era blanco, pero a principios del siglo xvi empezó a fabricarse tinto. «El gusto casi exclusivo por los tintos (escribe D. Simón de Rojas Clemente, el adicionador de la *Agricultura* de Herrera, ya citado), que trajo a España la dinastía austriaca y confirmó después Felipe V, acostumbrado al de Borgoña, junto con la circunstancia de fijarse en Madrid la corte, favoreció la industria de Valdepeñas, más ejercitado en teñir sus caldos que Ciudad-Real, San Martín, ni cuantos podían rivalizarle.»

El vino de San Martín aparece ya mencionado en la *Comedia de Calisto e Melibea* (Auto IX de la edición burgalesa de 1499). Jorge Manrique, en ciertas «Coplas que hizo a una beoda que tenía empeñado un brial en la taberna», escribe:

«Está como un serafín
diciendo: «ojalá
estuviese Sant Martín
adonde mi casa está.»
De Valdeiglesias se entiende
esta petición y gana,
por ser de allí parroquiana,
pues que tal vino se vende.»

Hubo una seguidilla popular madrileña, citada por Correas en su *Arte grande de la lengua castellana* (1626), que decía así:

NOTAS

«Viento del Sotillo,
luna del Prado,
agua de Leganitos,
vino del Santo.»

(163) Libres, sin embarazos ni obstáculos.

(164) Los rústicos. Oudin traduce *galleruza* por «la coquille ou couvrehief des villageoises, qui est plat sur la teste». Fray Andrés Pérez, en *La Pícaro Justina*, dice: «gallaruzas» (véase el comentario del Sr. Puyol a este vocablo, en su edición de la citada novela).

«BRAS. Polainas"y galleruza
ha de tener?

D.^a BLANCA. Claro es.»

(Rojas Zorrilla: *Del rey abajo ninguno*, II.)

(165) El texto: «y con este perro a otro hueso».

(166) Correas trae las frases: «El ansar de Cantimpallos, que salió al lobo al camino», y «La gansa de Cantimpallos, que salía al lobo al camino», y explica así esta última: «Los deste lugar cuentan, por tradición de los pasados, que una mujer, llamada *la Gansa*, salía al camino de otro lugarejo vecino, a tratar a solas con el cura de allí, que se llamaba Lobo. Cantimpallos o Cantipallos es cerca de Segovia; el otro lugarcillo del cura ya está despoblado.» La explicación, como buen número de las que trae Correas, debe de ser fantástica. El pueblo de Cantimpallos pertenece hoy a la provincia de Segovia. En *Alonso, mozo de muchos amos*, del Dr. Gerónimo de Alcalá (cap. V), leemos: «Mas como en casa del tahir dure poco la alegría, y él, en sintiendo algún alboroto, no podía dejar de salir, como la gansa de Cantipallos, ofrecióse otra riña y salió a dar en qué entender a los alguaciles.»

(167) El texto: «Co».

(168) «Meterlo a la venta de la zarza, según Correas, equivale a trampear y poner dificultad y estorbo o pleito, o meterlo a voces para no pagar, y confundir la razón

y justicia del otro; fíngese venta, y es que la zarza se queda con parte de la lana y vestido que coge.»

«Había otros que, viendo el pleito malparado, y metido a la venta la zarza, no lo querían, y deseaban que se diesen medios en la paga, por no hacer más costas y echar la sogá tras el caldero». (Mateo Alemán: *Guzmán de Alfarache*, II, 3, 2).

(169) El texto: «se».

(170) El texto: «estoy».

(171) El texto: «señnr».

(172) Vocablo de germanía. Equivale a «ricas o principales».

(173) El militar sardo Antonio de Lo Fraso, autor de la novela en prosa y verso *Los diez libros de Fortuna de amor* (Barcelona, 1573), citada por Cervantes en el *Quijote* (I, 6), y de la *Carta quel autor envía a sus hijos, y los mil y docientos consejos y avisos discretos* (Barcelona, 1571). Cervantes (loc. cit.), califica a la *Fortuna de amor* de *gracioso y disparatado* libro. Vuelve a citar a Lo Fraso en el *Viage del Parnaso* (caps. III y VII).

(174) *Los siete libros de la Diana*, del portugués Jorge de Montemayor (murió poco antes de 1562), famosísima novela pastoril cuya primera edición debió de imprimirse por los años de 1558 a 1559. Veáanse, acerca de Montemayor y su influencia, M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela* (I, 448 y sigs.); y H. A. Rennert, *The Spanish Pastoral Romances* (ed. de Philadelphia, 1912, p. 18 y siguientes).

(175) Libro de caballerías, que forma parte del *Espejo de Príncipes y Caballeros*, por Diego Ortúñez de Calahorra (Zaragoza, 1562). Hubo 2.^a parte (por Pedro de la Sierra Infanzón, Alcalá, 1581), 3.^a y 4.^a (por el licenciado Marcos Martínez, Alcalá, 1589) y hasta 5.^a.

(176) La *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura* (Barcelona, 1564), escrita por Antonio de Torquemada, el autor del *Jardín de flores curiosas* (Sa-

lamanca, 1570) y de *Los Colloquios satíricos* (Mondoñedo, 1553).

(177) Sabido es que la primera edición de la Parte I del *Quijote* salió a luz en Madrid el año 1605.

(178) Frase proverbial que significa: «Pagar de una vez las malas acciones hechas en tiempos diversos por quien no ha querido enmendarse jamás.» (*Dic. Ac.*)

EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

(179) El texto: «Cherinos».

(180) Así la primera edición; pero otras posteriores traen: «No visto». No tengo noticia de ningún entremés que lleve el título «del llovista». ¿Se tratará de una errata, o de otra obra perdida de Cervantes?

(181) Llamábase *autor*, en las compañías cómicas del siglo xvii, al que cuidaba del gobierno económico de ellas y era jefe de las mismas.

(182) «*Carga cerrada*, lo que se compra o toma sin saber si es bueno o malo» (Covarrubias).

(183) «*Tercio*, vale la mitad de una carga que se lleva a lomo». (Covarrubias).

(184) Denomínase *parte* a cada uno de los actores o cantantes de que se compone una compañía.

En las compañías dramáticas del siglo xvii, cítanse, por orden de mayor a menor importancia: *primeras*, *segundas* y *terceras partes*.

Ni Pellicer, ni la generalidad de los escritores que se han ocupado en la organización y régimen interior de las antiguas compañías dramáticas españolas, explican con suficiente claridad lo que fuese una compañía *de partes*. En los *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII*, del benemérito D. Cristóbal Pérez Pastor (Madrid, 1901), constan, entre otros menos significativos, los siguientes acerca del particular:

«7 Marzo 1637.—Concierto de Pedro de Ayala, representante, con Francisco Galindo, autor de comedias, para asistir en su compañía hasta Carnestolendas de 1638, para representar los primeros papeles y cantar y bailar, *cobrando la parte que le tocare en las tales comedias y representaciones, por cuanto la dicha compañía es de partes.*»

«14 Marzo 1637.—Concierto de Gregorio de Morales, representante. para trabajar en su compañía. *ganando aquella cantidad de parte que les tocare, por cuanto la dicha compañía es de partes.*»

«24 Setiembre 1637.—Conciertos de Juan Rodríguez de Antriago, autor de comedias, para completar su compañía.—Gaspar Rodríguez asistirá. para representar, *cobrando la parte que le correspondiere, por ser compañía de partes.*»

«24 Febrero 1638.—[Concierto de] Beatriz de Miranda soltera, durante un año, para representar, cantar y bailar, ganando 800 reales por la octava del Corpus, *y en las demás lo que le perteneciere, por ser la compañía de partes.*»

«6 Octubre 1638.—. Formarán compañía, que durará un año, desde Carnestolendas de 1639 a las de 1640, para representar, cantar y bailar, cada uno lo que dicho autor le repartiere, *y cobrando cada cual la parte que le tocare, por ser la compañía de partes.*»

Finalmente, es de notar el concierto y obligación de Andrés de Claramonte, en 19 de Junio de 1614, con once actores cuyos nombres se expresan, para «hacer *compañía de partes* por tiempo y espacio que queda de este año» (pág. 145 y sigs. de la citada obra). Claramonte se obliga a dar hasta cuarenta comedias, y todas las demás que dicha compañía pidiere, y todos, a su vez, quedan obligados: 1.º, a andar juntos y a representar durante el tiempo de la compañía; 2.º, a repartirse los papeles conforme al parecer y voluntad de la compañía; 3.º, a asistir con puntualidad a los ensayos, pagando una multa de

dos reales si no lo hicieren; 4.º, a dar *la parte que le tocare* al compañero que cayere enfermo; 5.º, a formar una caja de depósito, cuyas llaves tendrá uno de ellos, para echar en la misma «de todas las representaciones que se hicieren... veinte y cinco reales», abriéndose la caja al terminar el plazo de la compañía, y repartiéndose su contenido entre todos los compañeros «conforme a lo que cada uno hubiere de haber por esta escritura y abajo irá declarado». Al final se declara el haber que a cada uno corresponde, así *de parte* como *de ración*. A uno, por ejemplo, le pertenecen 9 reales de parte y 4 de ración; a otro, 6 de parte y 4 de ración; a otro, 4 de parte y 3 de ración, etc., etc.

Infírese de todo esto, que la denominación: *compañía de partes*, se refiere especialmente al gobierno económico de aquélla, y que podía haber, y había, *compañías* que no tenían ese carácter. Tal especialidad consistía en que, en la *compañía de partes*, deducidos los gastos de representación, la *ración* diaria que a cada actor correspondía para su mantenimiento, y el sueldo convenido, la ganancia *de cada representación* se repartía entre los asociados, proporcionalmente a la categoría de sus papeles, o por partes iguales, o según lo concertado. Por el contrario, no siendo la *compañía de partes*, cada representante tenía ración y sueldo fijos, pagado por el *autor* o empresario, sin derecho a entrar a la parte en las demás ganancias.

En el *Boletín de la R. Academia Española* (T. I, cuadernos 2.º y 3.º) ha publicado el Sr. Rodríguez Marín varios documentos que aclaran esta materia de la distribución de las ganancias. En uno (de Sevilla, 13 de Marzo de 1609), 14 actores forman *compañía*, fijando la cuantía de sus sueldos, «con declaración que si en las dichas representaciones que hiciéremos, no alcanzare a llevar cada uno de nos tanta cantidad como está dicha, se ha de bajar y quitar respectivamente de como cada uno va

ganando, y si más cantidad hubiere, se ha de repartir entre nosotros respectivamente como está dicho.—Iten con condición que, luego que hayamos fecho cada una de las dichas representaciones, se ha de partir el dinero que dellas se hiciere luego incontinenti, sin plazo ni dilación alguna, y de llevar cada uno de nos lo que a cada uno le cupiere della.»

(185) Deben de faltar palabras, porque la frase carece de sentido. Algarrobillas era lugar famoso por sus jamones (cons. Tirso de Molina: *Bellaco sois*, Gómez, I, 4.^a).

(186) Desde 1568 por lo menos, representaban en Madrid las compañías dramáticas en el corral de la cofradía de la Pasión y Sangre de Jesucristo, y más tarde en los de la cofradía de María Santísima de la Soledad y otros, destinándose parte de los productos al cuidado de los pobres y de los niños expósitos. El reparto se regula minuciosamente en las primeras Ordenanzas de Teatros de 1608, mencionándose los hospitales de la Pasión, de la Soledad y General. Por Real Provisión de 11 de abril de 1615, se mandó que la llamada «Sisa de la Sexta parte» contribuyese a los hospitales con 54.000 ducados anuales, en esta forma: 24.000 al General; 10.000 a la Pasión; 10.000 a los Desamparados y los 10.000 restantes a la Inclusa. En 18 de agosto de 1632 entró el Ayuntamiento en la dirección y administración de los dos corrales de la Cruz y del Príncipe. Antes de esa fecha, eran los comisarios de las cofradías quienes designaban las personas que diariamente habían de «cobrar los aprovechamientos» de las entradas.

En cuanto a la penuria de autores a que alude Cervantes, Pellicer escribe que en «el año de 1610 padecieron los corrales de Madrid grande esterilidad de autores, o de maestros de hacer comedias, pues murieron cuatro de ellos, que fueron Ríos, Claramonte, Jerónimo López y Pedro Rodríguez». (*Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*; Madrid,

1804; I, 89). Nicolás de los Rícs murió en 1610; pero Jerónimo López vivía aún en 1621, y Claramonte no falleció hasta 1626. En 1610 figuraban como autores de comedias: Diego López de Alcaráz, Alonso de Villalba, Juan de Morales, Domingo Balbín, Hernán Sánchez, Cristóbal Ramírez y Gaspar de Porres. No era, pues, tanta la *esterilidad*.

(187) La explicación trae a la memoria el sabroso cuento: «De lo que contesció a un rey con tres omnes burladores», inserto por D. Juan Manuel en su *Libro de Patronio* (ed. Krapf; Vigo, 1902; cap. XXXIII), y que parece haber sido el lejano inspirador de este lindo entremés cervantino. El cuento dice así:

«Vinieron tres omnes burladores a un rey, e dijieronle que eran muy buenos maestros de facer paños, señaladamente que facían un paño, que todo omne que non fuese fijo de aquel padre que todos decían, que non podría ver aquel paño, e el que fuese fijo de aquel padre que él tenía e que todos decían, podría ver aquel paño. Al rey plogo mucho desto, teniendo que por aquel paño podría saber cuáles omnes de su regno eran fijos de aquellos padres que debían ser o cuáles non, e por esta manera podría acrecentar lo suyo mucho, ca los moros non heredan cosa de su padre, si non es verdaderamente su fijo. Et, para esto, mandóles dar un palacio en que ficiesen aquel paño; e ellos dijieronle que, por que viese que lo non querían engañar, que los mandase encerrar en aquel palacio fasta quel paño fuese fecho. Desto plogo mucho al rey. Et desque hobieron tomado, para facer el paño, mucho oro e mucha plata e seda e gran haber para que lo ficiesen, entraron en el palacio y cerraronlos y, e ellos pusieron sus telares, e daban a entender que todo el día tejían en aquel paño. E, a cabo de unos días, fue el uno a decir al rey que el paño era comenzado, e que era la cosa más fermosa del mundo, e dijol a qué figuras e a qué labores lo comenzaban a facer, que, si fue-

se la su merced, que lo fuese ver, e que non entrase con él omne del mundo. Et desto plogo mucho al rey. Queriendo probar aquello en otro ante, envió su camarero que lo viese; pero non le envió quel desengañase. Et des quel camarero vió los maestros, vió lo que decían, non se atrevió a decir que lo non viera; e quando tornó al rey, dijol que viera el paño; e después envió otro, e dijo eso mesmo. Et des que todos los que el rey envió le dijieron que vieran el paño, fue el rey a lo ver. Et quando entró en el palacio, e vió los maestros que estaban tejiendo, e decían: «esta es la tal labor, et esta es la tal estoria, et esto es tal figura, et esto es tal color», et concertaban todos en una cosa, et ellos non tejían ninguna cosa, quando el rey vido que ellos tejían, e decían de qué manera era el paño, e que él non veía e que lo habían visto los otros, tóvose por muerto, ca tovo que non era fijo del rey qué tenía por su padre, que por esto non veía, et resceló que, si dijiese que non lo veía, que perdería el reino. Et por^o ende comenzó a loar mucho el paño, e aprendió mucho bien la manera como decían aquellos maestros que el paño era fecho. Et des que fué en su casa, comenzó a decir maravillas cuán bueno e cuán fermoso era aquel paño, e decía la figura e las cosas que había en el paño; pero estaba con grand sospecha.

Et a cabo de dos o tres días, mandó a su alguacil que fuese ver aquel paño, e el rey contó las maravillas e extrañezas que viera en el paño. Et el alguacil fué allá, e, des que entró e vió los maestros que tejían e decían las figuras e las cosas que había en el paño, e oyó al rey cómo lo había visto, e que él non lo veía, tovo que, porque non era fijo de aquel padre que él cuidaba, que por eso non lo veía, tovo que, si ge lo sopiesen, que perdería toda su honra. Et por ende comenzó a loar el paño tanto como el rey, o más. Desque tornó al rey, e dijo que viera el paño, e que era la más noble e más apuesta cosa del mundo, tóvose él aún por más mal andante, et

pensó, pues el alguacil lo viera e él non lo viera, que ya non había dubda que él non era fijo del rey que él cuidaba, et por ende comenzó a afirmar e loar la nobleza del paño e de los maestros que tal cosa sabían facer.

Otro día envió el rey por otro su privado, e acaesciól como al rey e a los otros que vos dije más. Desta guisa e por este recelo fué engañado el rey e cuantos fueron en su tierra, ca ninguno non osaba decir que non veía el paño. Et así pasó este pleito, fasta que vino una gran fiesta e dijieron todos al rey que vistiese aquellos paños para la fiesta. Et los maestros trojieronlos envueltos en muy buenas sabanas, e dieron a entender que desvolvían el paño. Et preguntaron al rey que qué quería que tajasen dél, e el rey les dijo las vestiduras que quería, e ellos daban a entender que tajaban e medían el paño e talla que habían de haber las vestiduras, e después que los cosían. Et quando vino el día de la fiesta, vinieron los maestros al rey con sus paños tajados e cosidos, e ficiéronle entender quel vestían e quel allanaban los paños, e así lo ficiéron, fasta que tovo que era vestido, ca él non se atrevía a decir que él non veía el paño. Et des que fué vestido tan bien como habedes oído, cabalgó para andar por la villa, de tanto le avino bien que era verano. Et des que lo vieron así venir, e sabían quel que non veía aquel paño, que non era fijo de aquel padre que cuidaba, cada uno cuidaba que los otros lo veían, que, si lo dijiese, que sería perdido e deshonorado. Et por esto quedó aquella poridat guardada, que non se atrevió ninguno a la descubrir, fasta que un negro que guardaba el caballo del rey, que non había cosa que pudiese perder, llegó al rey e dijo: «señor, a mí non me enpece, nin me tengades por fijo de aquel padre que yo digo, nin de otro; et, por ende, digovos que so yo ciego, o vos desnudo ides.» Et el rey le comenzó a maltraer, diciéndol que non era fijo de aquel padre que cuidaba, que por eso non veía los sus paños. Et, des que el negro esto oyó, dijo otro eso mes-

mo, e así le fueron diciendo, fasta quel rey e todos perdieron el recelo de conoscer la verdat, et entendieron el engaño que aquellos burladores habían fecho, e quando los fueron buscar, non los fallaron, ca fueronse con lo que les había dado el rey, que era grand haber, por el engaño que ficiéron.»

La primera edición de *El Conde Lucanor*, publicada por Gonzalo de Argote y de Molina, se imprimió, como es sabido, en Sevilla, el año de 1575. Cervantes pudo, pues, conocerla perfectamente. Nótese que Ruiz de Alarcón fundó en otro cuento de *El Conde Lucanor* su comedia: *La prueba de las promesas*.

(188) Alusión a la conocida regla jurídica: «*Spoliatus ante omnia restituendus*». El pueblo entendía *antonia* en vez de *ante omnia*, del mismo modo que *peronia* o *peronía* (véase la voz en Correas) en lugar de *per omnia*.

(189) «Algarabía de allende, que el que la habla no la entiende. (*Algarabía de allende* se dice por lo que no se entiende y razón disparatada).» (Correas.)

«Y no ves que ese lenguaje
es algarabía de aliende,
con quien solamente entiende
la cifra del corretaje.»

(Lope de Vega: *El Mesón de la Corte*, I.)

(190) «*No nació en las malvas*. (Esto es: en bajeza; trátenle bien, que es honrado).» (Correas.)

«DOROTEA. Celia ¿de qué estás rostrituerta?

GERARDA. Y tiene razón, que no le han dado medias.

CELIA. Nací yo en las malvas?»

(Lope de Vega: *La Dorotea*; Madrid, 1632; II, 5.^a)

«Si esta desvanecida mujer, que, siendo una pobre moza de servicio, y sabe Dios si nació en las malvas..., tratara de arrimarse a la virtud.» (Francisco Santos: *Día y noche de Madrid*, discurso III).

(191) *Carátula* es máscara. En cuanto a la *farándula*, Agustín de Rojas Villandrando, en su *Viaje entretenido* (ed. Bonilla, en el tomo IV de los *Orígenes de la Novela*, de Menéndez y Pelayo; pág. 498), escribe: «*Farándula* es víspera de *compañía*: traen tres mujeres, ocho y diez comedias, dos arcas de hato; caminan en mulos de arrieros, y otras veces en carros; entran en buenos pueblos, comen apartados, tienen buenos vestidos, hacen fiestas de Corpus a docientos ducados, viven contentos (digo los que no son enamorados); traen unos plumas en los sombreros, otros veletas en los cascos y otros en los pies, el mesón de Cristo con todos. Hay Laumedones de «ojos, decídselo vos» (*), que se enamoran por debajo de las faldas de los sombreros, haciendo señas con las manos y visajes con los rostros, torciéndose los mostachos, dando la mano en el aprieto, la capa en el camino, el regalo en el pueblo y sin hablar palabra en todo el año.»

(192) *Corbona*, voz hebrea, designaba entre los antiguos el tesoro, o lugar en que se guardaban las alhajas y cosas preciosas.

Lope de Rueda, en la *Comedia Eufemia*, pone en boca de Vallejo estas palabras: «Señor, *in corbana* (sic) es; ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde, con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.»

La frase *in corbona* debió de popularizarse merced a aquel versículo del capítulo XXVII del Evangelio de San Mateo: «Non licet eos mittere *in corbonam*, quia pretium sanguinis est» (v. 6).

(193) El original: «macacona».

(194) El original: «incontinente».

(*) Versos de una vieja copla, glosada por Gregorio Silvestre, que dice así:

«Ojos, decídselo vos
con mirar,
pues tan bien sabeis hablar.»

[195] Grito muy corriente entonces en las corridas de toros, y que también, según Covarrubias y Quevedo, empicaban los cazadores de volatería, cuando se les remontaba el pájaro y le llamaban con el señuelo. Véanse algunas citas, a propósito de esos términos, en la nota de R. Foulché-Delbosc: *Huchoho* (tomo XXV, año 1911, de la *Revue Hispanique*). Quizá se relacionen con *Huchoho* el verbo *abuchear* y el sustantivo *abucheo*, de uso frecuente aún.

El saladísimo Quiñones de Benavente, en su *Entremes cantado: La Muerte*, trae este pasaje:

- BEZÓN. En la plaza me entré de la vida,
yo, que igualo palacios y chozas.
RUFINA. ¡Huchoho! ¡que le corren las mozas!
¡Huchoho! ¡que va corrida, que va corridal!

En la comedia famosa, de tres ingenios, *El Caballero de Olmedo* (jornada II), se describen del siguiente pintoresco modo los preparativos de una fiesta de toros y el bullicio de la misma:

•(Salen dos pícaros con dos cántaros, y con ellos otro pícaro con dos lios de garrochas y una media luna, y un REGIDOR.)

- REGIDOR. Acabad de regar la plaza presto,
y vuestro compañero dése prisa,
que empiezan a venir los caballeros,
y querrán salir ya sus Majestades;
las garrochas llevad a las ventanas,
donde el Ayuntamiento asientos tiene,
y allí poned también la media luna.

(Vanse, y salen dos aguadores de agua y anís, y un frutero vendiendo.)

- AGUADOR. Agua y anís, galanes; ¿quién la bebe?
FRUTERO. ¡A ocho [la] ciruela regañona!
¡Avellanas tostadas, caballeros!

NOTAS

¡Oh, qué rico turrón! Es de Alicante,
y lo doy a cincuenta y dos la libra...
¡Echá allá el agua, no me mojéis!

(*Vanse, y dentro suena música, y salen los Reyes, y vanse, y hacen que sueltan los toros. Salen dos o tres toreadores en calzones de lienzo, y dentro habrá grito, «huchoho», «toro fuera», y otras cosas de toros.»*)

«GALÍNDEZ. ¡Que me ahogan!

PIERRES. ¡Guarda el toro!

GALÍNDEZ. Hucho, ho, ho...»

(Guillén de Castro: *Los mal casados de Valencia*; jornada II, *ad finem*.)

«SOLO. ¡Hucho-ho, maridejo, qué bien que vuela!

RESPONDE. Con el cuerno me rompe la faldriquera.»

(Salas Barbadillo: *La Escuela de Celestina*, ed. Uhagón; Madrid, 1902; pág. 98.)

De *hucho* salió el verbo *huchear*, en el sentido de estimular, incitar, engatusar a alguien con determinado cebo. Así Matías de los Reyes, en *El Menandro* (Jaén, 1636; libro III):

«Viendo, pues, el privado los liberales ofrecimientos de los solicitadores, movido más de albricias que de misericordia (como en común los tales lo hacen), deseoso de obtener los doblones con que le *huchear*on, tomó a su cargo la empresa, prometiendo con mucha seguridad el buen suceso de ella. Luego le entregaron doscientos escudos de contado, con promesas de otros tantos luego que la gracia fuese obtenida.»

Pero, en el siglo xvii, *huchoho* seguía empleándose también por los cazadores de cetrería. Así, en *La pobreza estimada*, de Lope de Vega (jornada I, escena 5.^a), Celio y Julio, criados de Ricardo, entran en casa de Dorotea

con el pretexto de buscar un azor, y Celio dice, haciendo como le llama:

«¡Huchohohohó!
DOROTEA. Ay, Dios,
y qué descuidada he sido! &.^a»

Julio dice luego asimismo:

«¡Huchó! ¡Huchó!»

(196) «De color mezclado de negro o cetrino y rojo, abigarrado.» (Acad. Esp.)

(197) El texto: «y».

(198) Fiesta excepcionalmente solemne. Covarrubias explica la frase: *fiesta de seis capas*: «la de mucha solemnidad, porque en los tales días suele haber seis, y en algunas partes ocho prebendados, con cetros de plata y capas de brocado, que asisten al oficio y canturía.»

(199) O *furriel*, aposentador; y además, en las compañías de soldados, el que nombraba para el servicio y tenía a su cargo la distribución del pre (socorro diario), pan y cebada.

En la entretenida comedia *El Marqués del Vasto*, de Luis Vélez de Guevara (jornada I), dice un personaje:

«La misma necesidad
de cortés en los soldados
nos obligó a entrar aquí,
a falta de alojamiento;
porque el Furriel y el Sargento
mayor, habiendo por sí,
sin cartela nos dejaron.»

Había *Furriel mayor* y Furrieles particulares, según declara Cristóbal Suárez de Figueroa (*Plaza universal de todas ciencias y artes*; Madrid, 1615; fol. 293 a).

- (200) El texto: «consejos».
- (201) El texto: «y a la Cherrinos».
- (202) El texto: «venta».
- (203) El texto: «campañilla».

LA CUEVA DE SALAMANCA

(204) El Maestro Gonzalo Correas, en su *Vocabulario*, trae tres formas de esta locución, todas del mismo sentido: «Allá darás, rayo, en cas de Tamayo. Allá darás, rayo, en casa de Ana Gómez. Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz.» Dícese cuando se echa a alguno que molesta.

(205) «*La ida del cuervo; la ida del humo.* (Del que va para no volver, como el cuervo que envió Noé. Dícese cuando uno no volvió, y del que deseamos que no vuelva. *Hizo la ida del humo; hizo la ida del cuervo.*)» (Correas.)

(206) El original: «enviaran».

(207) El día de Jueves Santo, el rey lavaba los pies y daba de comer a trece pobres en la pieza de la antecámara palatina. Según el ceremonial (cons. Rodríguez Villa: *Etiquetas de la Casa de Austria*, ed. de Madrid, 1913, p. 98), «terminado el lavatorio, mientras S. M. se ponía la capa, espada y sombrero, colocaba el mozo de la limosna a los pobres en la mesa, y empezaba S. M. a servirles la comida, levantando los principios que estaban sobre la mesa y dándoselos al sausier, que, con una rodilla hincada en tierra y una toalla ceñida, los iba metiendo en las cestas. Interin levantaba S. M. los principios al primer pobre, iban los gentileshombres de la Cámara por la vianda a la puerta de la pieza donde estaba, y cada uno con su familia traía la de un pobre, entregándola al contralor, quien la iba dando a sus criados, y éstos colocándola en una mesa cubierta, quedándose con los dos últimos platos en

la mano para darlos a S. M., y así sucesivamente los demás. Éste los servía a los pobres, y el sausier los iba poniendo en las cestas, así como el sumiller de la cava dando de beber a los pobres por detrás de las mesas. Acabada de servir la vianda, volvían los gentileshombres por los postres, y S. M. los iba distribuyendo; los pobres tendían la servilleta, recogiendo en ella los confites, suplicaciones, pan, salero y cuchillo, y poniéndolo todo en su cesta.»

(208) Según el Diccionario académico, «vino de dos orejas» era «vino fuerte y bueno»; pero, como se ve, también podía ser «fuerte y bueno» el de una oreja, a juzgar por el entusiasmo de Cristina. Y aun ocurría asimismo que el vino de dos orejas fuese detestable, según se infiere de estas palabras de *Guzmán de Alfarache* (II, 3, 4): «unas aceitunicas acebruchales, porque se comiesen pocas; un vino de la Pasión (como vinagre), de dos orejas, que nos dejaba el gusto peor que de cerveza». Mejor camino lleva la explicación de Correas: «Vino de una oreja, por vino bueno. *Vino de dos orejas*, por malo. Porque, probándose el vino, si es bueno, se menea un lado, y si malo, ambos.»

Sin embargo, si el vino de dos orejas era malo, según Correas, ¿cómo explicar entonces el siguiente pasaje de Vélez de Guevara (*El ollero de Ocaña*, II):

«GUARDA 1.º	¡Buen vino!
MARTÍN.	Es vino de dos orejas.
GUARDA 2.º	No tiene adobo ninguno.
GUARDA 1.º	No le echaron cal.
MARTÍN.	Ni arena.
DON NUÑO.	¡Muy buen provecho les haga!

(209) El texto: «Riponce».

(210) Famoso bandolero catalán, del partido de los niarros, a quien alude también Cervantes en los capítulos

LX y LXI de la segunda Parte del *Quijote*. Sobre su vida y hazañas, véanse: Luis María Soler y Terol, *Perot Roca Guinarda* (Manresa, 1909); Parasols, *Nyerros y Cadells* (1873, en las *Memorias de la R. Academia de Buenas Letras* de Barcelona, año 1880); Ramón Corbella, *Nous dats sobre 'l célebre bandoler Perot Rocaguinarda* (*La Veu del Montserrat*, Vich, 1901); J. Givanel Mas, *Comentarios al cap. LXI de la Segunda parte del «Don Quijote»* (Barcelona, Bayer hermanos, 1911).

(211) Así la primera ed., pero quizá deba leerse: «así tiene él talle de hablar por la boca, como por el colodrillo».

(212) «*Rastro*—dice Covarrubias—el lugar donde se matan los carneros, dicho por otro nombre arábigo *xerquería*. Díjose *rastro* porque los llevan arrastrando desde el corral a los palos donde los desuellan, y, por el rastro que deja, se le dió este nombre al lugar.» La etimología propuesta por Covarrubias es más que dudosa.

Salas Barbadillo, en *La ingeniosa Elena* (ed. de 1614), trae este epitafio de un marido *paciente*:

«Pasajero, has de advertir
que es de Ardenio este lugar,
que, para lo que es callar
no había menester morir.
Aunque no era caballero,
con sus armas se ha enterrado;
llora, que el *Rastro* ha llorado,
que fué presto al *matadero*.»

(213) De *aturar* (del latín: *obturare*) tapar o cerrar apretadamente.

(214) El texto: «beylero».

(215) El texto: «LEO».

(216) El texto: «Reciba y agradezca».

(217) El texto: «ca».

(218) El texto: «medio».

(219) Famosa por aquella leyenda, según la cual era lugar

«Que mil prodigios encierra;
que una cabeza de bronce,
sobre una cátedra puesta,
la mágica sobrehumana
en humana voz enseña;
que entran algunos a oirla,
pero que, de siete que entran,
los seis vuelven a salir
y el uno dentro se queda»;

y donde

«dicen que engañó
el gran marqués de Villena
al demonio con su sombra».

(Ruiz de Alarcón: *La cueva de Salamanca*, jornada I).

Véase el libro de Francisco Botello de Moráes: *Historia de las Cuevas de Salamanca* (Salamanca, 1737), y el Discurso del P. Feijóo sobre las «Cuevas de Salamanca y Toledo», en el tomo LVI, pág. 374, de la *Bib. de Aut. Esp.*, donde da noticias curiosas sobre aquéllas.

(220) El texto: «Riponce».

(221) «Adorno, aliño, arreo». (Acad. Esp.)

«DOÑA JUANA. Esta casa alquilé ayer
con su servicio y ornato.

QUINTANA. Aunque no saldrá barato,
no es nuevo agora el haber
en Madrid quien una casa
dé, con todo su *apatusco*.»

(Tirso de Molina: *Don Gil de las calzas verdes*, II, 1).

(222) «Previnieron (*los Reyes y Príncipes*)—escribe Covarrubias—que el maestresala, poniendo el servicio delante del señor, le gustase primero, sacando del plato alguna cosa de aquella parte de donde el príncipe había

de comer, haciendo lo mismo con la bebida, derramando del vaso en que ha de beber el señor, alguna parte sobre una fuenteica, y bebiéndola. Esta ceremonia se llamó *hacer la salva*, porque da a entender que está salvo de toda traición y engaño.»

En la comedia *Del Capitán prodigioso, príncipe de Transilvania*, por Luis Vélez de Guevara (jornada II), el príncipe acusa de traidor a su mayordomo, que le trae un vaso de ponzoña:

«MAYORDOMO. ¿Yo traidor?

PRÍNCIPE. Purga el indicio:

salva esta copa, si estás
salvo della.

MAYORDOMO. Haré la salva,

pues mi inocencia me salva.

PRÍNCIPE. Yo sé bien que no le harás.

MAYORDOMO. (*Aparte.*) Mi muerte es cierta; ¿qué espero?

Descubriré la traición

y pediréle perdón,

pues es clemente, y no fiero.

Pero no, que me avergüenza

mi propia maldad; ¡oh suertel!

Morir quiero, que harta muerte

es padecer la vergüenza.

(*Va a beber, y detiènele el Príncipe el brazo.*)

PRÍNCIPE. Tente.

MAYORDOMO. ¿Por qué?

PRÍNCIPE. Porque tengo

más lástima yo de ti

que tú has tenido de mí,

y del daño te prevengo.»

(223) Vide la nota 71, del entremés del *Rufián viudo*. El baile del *Escarraán* parece haberse llamado así por el nombre del famoso rufián sevillano a quien saca a es-

cena Cervantes, según hemos visto en el entremés del *Rufián viudo*. Del párrafo que anotamos puede inferirse una de dos consecuencias: una, que había dos bailes, el *Escarramán* y el *Nuevo Escarramán*; otra, que el *Escarramán* era nuevo cuando Cervantes componía *La Cueva de Salamanca*.

Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo escribió una novela con el título de *El Gallardo Escarramán*. A D. Agustín Moreto se atribuye una comedia burlesca que lleva el título de *Los celos de Escarramán*.

EL VIEJO CELOSO

(224) El texto «langua».

(225) Véase la nota 47, de *El rufián viudo*.

(226) Cantar popularísimo en el siglo xvii, y que dió motivo a las dos comedias de Luis Vélez de Guevara y de Calderón: *La niña de Gómez Arias*. En la de Calderón (fundada en la de Vélez), el cantar dice así:

«Señor Gómez Arias,
Duélete de mí,
Que soy niña y sola,
Y nunca en tal me ví.»

Sobre otras alusiones de Calderón a este cantar, véase a Fr. W. V. Schmidt: *Die Schauspiele Calderon's*; Elberfeld, 1857; p. 225.

(227) El texto: «que que».

(228) En la novela ejemplar cervantina: *El celoso extremeño*, donde se describe el mismo personaje, lleva el apellido de «Carrizales».

(229) Llave correspondiente a la llamada *cerradura de loba*, que, según Covarrubias, «se dijo a similitud de los dientes del lobo, que son sus guardas». El Sr. Puyol y

NOTAS

Alonso, en su edición de *La Pícaro Justina* (III, 140), cita a este propósito los siguientes versos del romance de germanía: *Payán el de Utrera*:

«Un hidalgo que en Utrera
palmearon a dos hojas,
por inquietar cerraduras
con una llave de loba.»

(230) El texto: «compradre».

(231) El texto: «pesado».

(232) El texto: «le».

(233) Así el texto.

(234) «Tropel de palabras que un hablador y embaucador ensarta y enhila para engañarnos y persuadirnos lo que quiere.» (Covarrubias.)

«Leyó el papel, no menos enamorado que sucinto, que, como el galán tenía más vivo el ingenio a puras dietas, excedió en la prosa al galeno, que sólo tiraba a las sustancias, sin andarse por los arrequives de la filatería.» (Castillo Solórzano: *La niña de los embustes*; Barcelona, 1632; cap. IV.)

(235) Personajes célebres de los poemas caballerescos italianos, y especialmente del *Orlando furioso* del Ariosto. Rugero es el enamorado de Bradamante y el matador del feroz Mandricardo (hijo y sucesor del rey Agracán de Tartaria); Rodamonte es el cruel rey de Argel, muerto también a manos de Rugero; Gradaso es otro rey pagano, a quien mata Orlando.

(236) Se espantaría. Es forma arcaica (desaparecida en el siglo xvii) del tiempo condicional, en la cual los elementos de este tiempo (el infinitivo del verbo, conjugado como el futuro; y el imperfecto del auxiliar *haber* (*auer*), conjugado antiguamente: *ye* o *ya*, *yedes*, *yemos*, *yedes*, *yen*), se separaban por medio de pronombres átonos. Así en el *Poema del Cid* (v. 161, ed. Mz. Pidal):

«que sobre aquellas arcas—dar le ien seysçientos marcos»;

y en el de *Fernan Gonzalez* (v. 620 b, ed. Marden):

«Tener te yan (todas) las duen[n]as por byen aventurada».

El Maestro Gonzalo Correas, en su *Arte grande de la lengua castellana* (1626; ed. del Conde de la Viñaza; Madrid, 1903; p. 170), escribe a este propósito: «*Amaría, temería, consumiría*, se compone en una dicción, de infinitivo y desta forma final: *ía, ías, íamos, íades, ían*, declinada por tiempo entero, que parece sacada del verbo *he, has*, y es común al imperfecto indicativo *había, habías*, y de la 2.^a conjugación y la 3.^a, y la *i* lleva siempre el acento. Mas es de notar que se desprenden y apartan las sílabas desta forma de la composición del infinitivo muchas veces, y se entremete otra palabra o palabras en medio: *Si me dices el libro, leer-le-ía, y volver-te-le-ía*, por *leería-le* y *volvería-te-le*, y así por todas las personas. Por dialecto particular, en Castilla la Nueva, Mancha y Estremadura, y parte de Andalucía, mudan la *a* en *e*, con el acento en esta forma: *te, ies, temos, tedes* o *teis*, y se usa mucho entre nuestros letrados.»

(237) Claro es que la Ortigosa alude al famoso patriarca Matusalén, que vivió, según el *Génesis* (V. 27), 969 años

(238) El original: «puenta».

(239) El texto: «bobear».

(240) En cambio, dice otro refrán: «Agua de Mayo, pan para todo el año»; y otro: «San Julián guarda vino y guarda pan». San Juan (Bautista) cae el 24 de Junio.

(241) El origen remoto, en España, del relato tradicional que utilizó Cervantes en *El viejo celoso*, se halla en el cuento XI de la *Disciplina Clericalis* del converso Pedro Alfonso (siglo XII): «Dictum est de quodam qui peregre proficiscens commisit uxorem suam suae socrui &.^a», reproducido en las *Gesta Romanorum* (cap. 123, ed. Oesterley), y vertido e imitado luego en varias literaturas europeas. La más antigua versión castellana que conozco de ese cuento, es la contenida en el capítulo XCI del

NOTAS

Libro de los enxemplos de Clemente Sánchez de Vercial (ed. Gayangos, pág. 469 del tomo: *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, en la *Biblioteca de Autores Españoles*), que dice así:

«Femina vetula docet filiam decipere virum suum.

La madre suele a la fija enseñar
Commo a su marido sepa engañar.

Dicen que un omne partio de su casa para ir camino, e encomendó su mujer a su suegra, e la mujer amaba a otro más que a su marido. E la madre dijo al amigo como el marido de su fija era ido, e un día convidólo, e ellos stando comiendo, vino el marido e llamó a la puerta. La mujer levantóse apriesa e escondio al amigo, e despues fue abrir la puerta al marido; e, de que entró, mandó que le aparejasen el llecho, que venie cansado e querie folgar. La mujer non sabie qué se facer, e dijo la madre: «Espera, non aparejes el lecho fasta que mostremos a tu marido el lienzo que fecimos.» E la vieja sacó el lienzo e tomó el un cabo, e dio el otro a la fija, e extendieronlo delante el marido, e tovieronlo tan extendido fasta que se fuese el que staba scondido, e dijo la madre a la fija: «Stiende esta sabana, que tú e yo fecimos e tejimos, sobre la cama de tu marido.» E él dijo a la suegra: «¿E tú sabes facer tal lienzo?» E dijo ella: «¡Oh fijo! ¡Muchos tales he yo fecho e aparejado!»

De Pedro Alfonso es también versión la que figura en *La Vida del Ysopet con sus fabulas* o *Libro de Ysopete ystoriado*, cuya primera edición conocida es de Zaragoza, Juan Hurus, 1489 (Cons. J. M. Sánchez [Un bibliófilo aragonés]: *Bibliografía zaragozana del siglo xv*; Madrid, 1908; pág. 42) y del que se hicieron otras muchas posteriores (poseo ejemplar de la de Segovia-Madrid, 1813). Hay también traducción catalana, impresa en 1550 (vid. la ed. Miquel y Planas; Barcelona, 1908). La versión castella-

na fué redactada para servicio del infante de Aragón D. Enrique, Duque de Segorbe, y comprende los cuatro libros de las fábulas de Rómulo (personaje probablemente fantástico, pero al cual se atribuía ya la colección en el siglo x); diez y siete fábulas «extravagantes»; otras tantas «de la traslación nueva de Remigio»; veintiséis de Aviano, y veinte sacadas «de Pedro Alfonso, de Poggio [Bracciolini] y de otros», la XIV de las cuales es la que nos interesa.

El cuento de Pedro Alfonso, como muchos de los que trae la *Disciplina clericalis*, es de origen oriental. Gayángos advierte que lo tomó «de un libro árábigo intitulado *Makdyidu-n-nisd*, o los engaños de las mujeres.» No he podido averiguar qué libro árábigo es el citado por Gayángos.

Análoga forma del cuento aparece en el *fabliau* francés titulado: *Le Dit du Pligon*, de Juan de Condé (que escribía en Flandes durante la primera mitad del siglo xiv), y en el *fabliau* alemán: *Der Ritter und die Nüsse* (núm. 39 de la vasta colección medieval de *Gesammtabenteuer*). Bédier, en su hermoso libro: *Les Fabliaux* (ed. de Paris, 1911; pág. 119), demuestra que el cuento era ya popular entre los griegos del tiempo de Aristóteles (siglos v-iv a. de J. C.) En *Las Mil y una noches* hay asimismo una anécdota parecida: la historia del capitán de policía, que figura en la serie rotulada: *Las sesiones divertidas de la juventud muelle*.

LOS HABLADORES

- (242) La ed. de 1617 añade: «famoso».
- (243) La ed. de 1617: «Su criada».
- (244) La ed. de 1617: «un escribano».
- (245) La ed. de 1617: «un corchete».

NOTAS

(246) Llamábase *cuera*, según Covarrubias, al sayete corto de cuero.

«Él trae su calza y su cuera
de ámbar, cadena y cintillo.»

(Lope de Vega, *La pobreza estimada*, I, 2.^a)

(247) La ed. de 1617: «ducientos».

(248) La ed. de 1617: «costaran».

(249) La ed. de 1617: «ha dado docientos ducados a un hombre».

(250) La ed. de 1617: «adonde».

(251) Aprovecha aquí el autor de *Los Habladores* una vieja anécdota, que ya consta en el cuento 87, del libro II, de *El Buen Aviso y Portacuentos*, de Timoneda (Valencia, 1564; ed. R. Schevill, *Revue Hispanique*, XXIV, 247), y que dice así:

«Un soldado, hallándose sin blanca y muerto de hambre, entróse en un bodegón, pidiendo que le diesen de comer. Asentado, diéronle en la comida cuanto pidió; acabado que hubo, y contado con el huésped, tomóle de la mano en apartado, y díjole: «Señor, ¿cuánto se paga por una buena cuchillada en esta tierra?» Respondió el huésped: «Según la condición de las personas: cuchillada hay de diez, y de veinte, y de treinta ducados.» En esto dijo el soldado, sacándose una daga que traía: «Tome, señor huésped, y déme una de treinta ducados, y páguese de la comida, y volverme ha lo demás, que, en verdad, no tengo blanca.» Oída la gracia, respondió el huésped: «Andá con Dios, hermano, que no está en parescer de volveros nada».

(252) La ed. de 1617: «necessidad».

(253) Este «de» consta en la ed. de 1617.

(254) La ed. de 1617: «Por el diablo que».

(255) La ed. de 1617, y el ms.: «Catirina».

(256) «*Bernardinas* son unas razones que ni atan, ni desatan, y, no sinificando nada, pretende el que las dice,

con su disimulación, engañar a los que le están oyendo.»
(Covarrubias.)

«BELTRÁN.

Si alguno
me contara esta quimera,
lo tuviera a bernardina.»

(Lope de Vega: *La noche toledana*, II, 4.^a.)

«Apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo, y habiéndose ido el Clérigo, le siguió y alcanzó en las Gradas, y llamándolo lo retiró a una parte, donde le dijo tantos disparates y *bernardinas* (que llaman) cerca del hurto de la bolsa, dándole esperanzas de hallarla, *sin concluir razón alguna*, que el pobre Sacristán estaba embelesado escuchándolo y haciéndole replicar la razón dos veces y tres, no entendiéndole ninguna, porque el bellaco de Cortado ninguna concluía, antes le estaba mirando a la cara atentamente...» (Cervantes: *Rinconete y Cortadillo*, ed. Bosarte, en el *Gabinete de Lectura Española*, núm. IV, Madrid, sin a., pág. 17.)

(257) Hasta 30 señala Correas, en su *Arte grande de la lengua castellana*, incluyendo en la lista la *ç* y la *rr*, además de los 28 signos que hoy contamos en nuestro abecedario. En cambio Antonio de Torquemada, en su *Manual de Escribientes* (ms. siglo xvi), cuenta sólo 22 letras, omitiendo la *ch*, la *h*, la *j*, la *ll*, la *ñ* y la *v*. Nicolás Dávila, en su *Compendio de la ortografía castellana* (1631), enumera 26. El Maestro de Finea, en *La dama boba*, de Lope de Vega (I, 5.^a), cuenta, igualmente que Cervantes, 23 letras en nuestro alfabeto.

(258) La ed. de 1617: «celebro».

(259) Así la primera ed. y el ms. Otras leen: «valía».

(260) La ed. de 1617: «la de».

(261) La ed. de 1617: «caeré».

(262) Seguidamente.

«Preguntámosles cómo no sembraban maíz; respondieronnos que lo hacían por no perder lo que sembrasen,

NOTAS

porque dos años arreo les habían faltado las aguas.» (Alvar Núñez Cabeza de Vaca: *Relación y Comentarios de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias*; 1555, cap. XXX).

«No fué parte esta advertencia para que dejásemos de ir cada día a visitar aquella regalada habitación, comiendo y sesteando en ella. Hicímoslo diez o doce días arreo.» (Vicente Espinel: *Marcos de Obregón*, Relación II, descanso 8.º).

- (263) La ed. de 1617: «conmigo».
- (264) La ed. de 1617: «mendigantes».
- (265) La ed. de 1617: «conmigo».
- (266) La ed. de 1617 omite: «lo».
- (267) La ed. de 1617: «acaricialde y regalalde».
- (268) La ed. de 1617: «tu».
- (269) El ms.: «encogido».
- (270) La ed. de 1617: «un».
- (271) La 1.ª ed.: «acciones».
- (272) La 1.ª ed.: «action».
- (273) La ed. de 1617: «ignorancia».
- (274) La 1.ª ed. y el ms.: «admitir».
- (275) La ed. de 1617: «echalle».
- (276) La 1.ª ed.: «los dichos siete».
- (277) La ed. de 1617: «y el escribano».
- (278) La 1.ª ed.: «este».
- (279) La 1.ª ed.: «querria».
- (280) La 1.ª ed.: «Saque».
- (281) La 1.ª ed.: «diga».
- (282) La 1.ª ed.: «callan a tiempos, y hablan a tiempos».
- (283) La 1.ª ed.: «te».
- (284) La 1.ª ed.: «te».
- (285) La 1.ª ed.: «demosle».
- (286) La 1.ª ed.: «Oiga».
- (287) La 1.ª ed. omite: «le».
- (288) La 1.ª ed.: «convidame».
- (289) Así la 1.ª ed. y el ms. Otros editores han corregido: «Y comeré con rigor».

ÍNDICE ALFABÉTICO
DE LAS
PALABRAS Y FRASES ANOTADAS

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS

PALABRAS Y FRASES ANOTADAS *

- A. B. C. (Letras del). Véase: *Letras*.
- Abiervadas, (105).
- Adunia, (41).
- Afeite, (157).
- Agua de por San Juan. Véase: *El agua*.
- Agua de taray. Véase: *Taray*.
- Alanis, (100).
- Albarazado, (196).
- Algalia entre algodones, (161).
- Algarabía de allende, (189).
- Alheña (Molido como). Véase: *Molido*.
- Almodonear, (2).
- Alquimia, (150).
- «*Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz*», (204).
- Amor que os tengo* (*Porque veais el*), (10).
- Ana Díaz. Véase: *Allá darás, rayo*.
- Anatomía, (4).
- Ante omnia, (188).
- Ar-tusco, (221).
- Arrendamiento (Deshacerse de tres en tres años, como cosas de), (5).
- Arreo, (262).
- Asomado, (148).
- A todo ruedo, (92).
- Aturar, (213).
- Autor, (181).
- «*Ayer fui Pericona, hoy tierra fría*», (36).
- Ayunarfan (A fe que, si la conociesen, que la), (8).
- Baile del Rey Perico (No estimar en el), (23).
- Barato (Dar), (17).
- Bernardinas, (256).
- Biznaga, (131).
- Bodoque, (101).
- Brasero, (107).
- Caballero del Febo (El), (175).
- Caballo de Ginebra, (123).
- Cachas amarillas (Los de las), (60).
- Canario, (87).
- Cantar de Gómez Arias, (226).
- Cantipalos (La gansa de), (166).
- Cañizares, (228).
- Capas. Véase: *Fiesta de cuatro*.
- Capuz de luto, (34).
- Carátula, (191).
- Carga cerrada (Tomar a), (182).

* Los números entre paréntesis se refieren a los de las Notas.

- Casa llana, (107).
Cascos (*Lo ha de los*), (136).
 Catón Zonzorino, (55).
 Cazalla, (100).
 «Cedacico nuevo, tres días en estaca», (12).
Ceremonias del Jueves Santo en Palacio, (207).
 Cerrero, (108).
Clavo y una S (*Poner un*), (63).
 Coba, (56).
Coches y rostros (*Pregón sobre los*), (141).
 Cofrades de los hospitales, (186).
 Colada (Todo saldrá en la), (178).
 Compañía de partes. Véase: *Partes*.
 Consultado, (134).
 Coplas del perro de Alba. Véase: *Perro*.
 Corbona, (192).
 Cuadre o esquine, (62).
Cuento del catador, (99).
 Cuera, (246).
 Cuerno de orinar, (69).
 Cueva de Salamanca, (219).
 Cuyo, (53).
 Chapa (Hombre de), (93).
 Chinelas, (130).
 Chiquiznaque, (37).
 Churrullero, (70).
 Daganzo, (88).
 De buen rejoy, (90).
Decreto sobre los ginoveses. Véase: *Ginoveses*.
 Descomulgados, (120).
 «Diana (La)», (174).
 Dio (Tiro de). Véase: *Tiro*.
 Distinto, (96).
Divorcio (*Ley de*), (7).
 «Dulces prendas, por mi mal halladas», (133).
 Echar el golpe. Véase: *Golpe*.
Echarlo a doce, a diez, a trece, (89).
 «*El agua de por San Juan, quita vino y no da pan*», (240).
 Endeliñado, (116).
 Epístola (De), (125).
 Escarramán, (71, 76 y 223).
 Escriba, (110).
 Esenta, (163).
 Espalder, (72).
 Espantarse fa, (236).
 Esquine. Véase: *Cuadre*.
 Esquivias, (100).
Estar de nones. Véase: *Nones*.
 Farándula, (191).
 Favor de palillos. Véase: *Palillos*.
Fabo. Véase: *Caballero del*.
 Feluz, (59).
 Fiesta de cuatro capas, (198).
 Filaterias, (234).
 Frisa (Tener la cara con una vara de), (3).
 Fuera ropa, (84).
 Furrier, (199).
 Gaiferos, (139).
 Gallarda (La), (85).
 Galleruza, (164).
 Gambetas, (87).
Ganapán, (26).
 Gansa de Cantipalos (La). Véase: *Cantipalos*.
 Garlar, (39).
 Gavilán (Libre como el). Véase: *Libre*.
 Ginebra. Véase: *Caballo de*.
 Ginjo verde (Como un), (47 y 225).
Ginoveses (*Decreto sobre los*), (152).
 Godeña, (172).
 Golpe (Echar el), (51).
 Gómez Arias. Véase: *Cantar de...*
 Gradaso, (235).
 Guarda cuidadosa (La), (121).
 Guinarde (Roque). Véase: *Roque*.
 Gura, (83).
 Gurapas, (82).
 Haberlo de los cascós. Véase: *Cascos*.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Habladores (Antecedentes del cuento de los), (251).

Hacer la salva. Véase: *Salva*.

Harona, (22).

Hermanos de la carga, (27).

Hombre de chapa. Véase: *Chapa*.

Hucho ho, (195).

Ida del humo (La), (205).

Imperio (Mero mixto), (9).

Jayán, (50).

Jueves Santo. Véase: *Ceremonias del...*

«*Las riñas de por San Juan, son paz para todo el año*», (33).

Lavazas, (127).

Letras del A. B. C., (257).

Levada, (40).

Libre como el gavián, (1).

Lo Fraso (Antonio de), (173).

Lope (De), (132).

Llave de loba, (229).

Llovista, (180).

Malvas (No nacimos en las), (190).

Mandricardo, (235).

Manos (Tomarlas). Véase: *Tomar*.

Manto de soplillo, (143).

Mañana en la tarde, (154).

«*Más vale el peor concierto, que no el divorcio mejor*», (32).

Matute el de Jerusalem, (237).

Medúla, (77).

Mendez (La), (74).

Mero mixto imperio. Véase: *Imperio*.

Mojón, (98).

Molido como alheña, (81).

Monda-nispolas, (58).

Morenas (Las), (35).

Moscovitas al reclamo (Acuden), (49).

Motilón, (126).

Nones (Estar de), (19).

No que, (94).

Nora en tal, (13).

Numos, (52).

Oislo, (66).

Olivante de Laura, (176).

Oreja (Vino de una). Véase: *Vino*.

Padre, (64).

Pajas (Yo), (113).

Palillos (Favor de), (18).

Palmeos, (80).

Palmito (Más vestido que un), (54).

Partes (Compañía de), (184).

Peruétano, (48).

Perro de Alba (Coplas del), (102).

Perro del hortelano (El), (128).

Pésame dello, (87).

Pícaro, (122).

Pintas (Jugar a las), (11).

Placera, (28).

Polvillo (El), (115 y 146).

Poner un clavo y una S. Véase: *Clavo*.

Popa de un coche, (142).

Potro rucio (El), (79).

Pregón sobre coches y rostros. Véase: *Coches*.

Puerta de Guadalajara, (16).

«*Quijote (Don)*», (177).

Quínola, (15).

Ralos, (114).

Rapio, rapis, (67).

Raspahilar, (21).

Rastrear, (86).

Rastro, (212).

Regalaría, (151).

Rejo. Véase: *De buen rejo*.

Retablo de las Maravillas (Antecedentes del), (187).

Rey don Alonso el Bueno (El), (87).

Rey Perico. Véase: *Baile del*.

Rijobes, (135).

Riñas de por San Juan. Véase: *Las riñas*.

Rodamonte, (235).

Roque Guinarde, (210).

Rua, (20).

Ruedo. Véase: *A todo rueño*.

Rugero, (235).

ENTREMESES DE CERVANTES

- Sacabuche, (30).
 Sacre, (97).
 Salir en la colada. Véase: *Colada*.
 Salva (Hacer la), (222).
 San Junco (Por), (91).
 San Pito (Por), (95).
 Santo (*Vino del*), (162).
Sermones de Arrepentidas, (42).
 Sietemesina, (24).
 Solacio, (112).
 Sudores, (45).
 Taray (Agua de), (44).
 Tela, (57).
 Tener, (14).
 Tercio, (183).
 Tiro de Dio, (138).
 Todo saldrá en la colada Véase: *Colada*.
 Tomar a carga cerrada. Véase: *Carga cerrada*.
 Tomar las manos, (124).
 Untado, (61).
Vejes (Achaques de la), (6).
Vendedores, (129).
Venta de la Zarza (Poner a la), (168).
 Ventura de las feas (La), (159).
Viejo celoso (Antecedentes de El), (241).
 Villano, (87).
 Vino de una oreja, (208).
 Virilla, (144).
 Volandas (A las), (117).
 Zambapalo, (87).
 Zarabanda, (87).
 Zonzorino. Véase: *Calón*.
 Zorra, (137).

ENMIENDAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
9	11	de casa	de en casa
12	14	de médico	a lo médico
23	13	juicio	jüicio
23	25	Aranjuëz	Aranjüez
29	19	reäles	rëales
30	13	De caminc.	De camino,
31	27	juëz	jüez
32	7	inviölable	inviolable
33	2	alaban	alavan
34	21	reäl	rëal
39	4	Daganzo	Daganzo (88)
42	7	pendía	p(r)endía
46	1	ado	ando
47	25	juëz	jüez
61	18	Dan	Dan la
64	29	dagar	pagar
69	19	como cosa	como de cosa
87	28	muy	muy buena
92	2	quedas, duermes	que das, duermas
103	9	fuere—	fuere,
103	16	de,	de
135	22	dice	dicen
149	20	vapulean	vapul[e]an
151	10	CRISTINA	CRISTINICA
158	15	como	cómo
173	22	masara	NOTA. <i>Masara</i> se lee también en <i>La señora Cornelía</i> ; pero debe decir: <i>massaia</i> .
188	6	eu	en
188	25	de viudos	para lutos
189	5	Que	que
209	20	rial.	rial, o más bien al infierno (comp. Quevedo: <i>El sueño de las calaveras</i>).



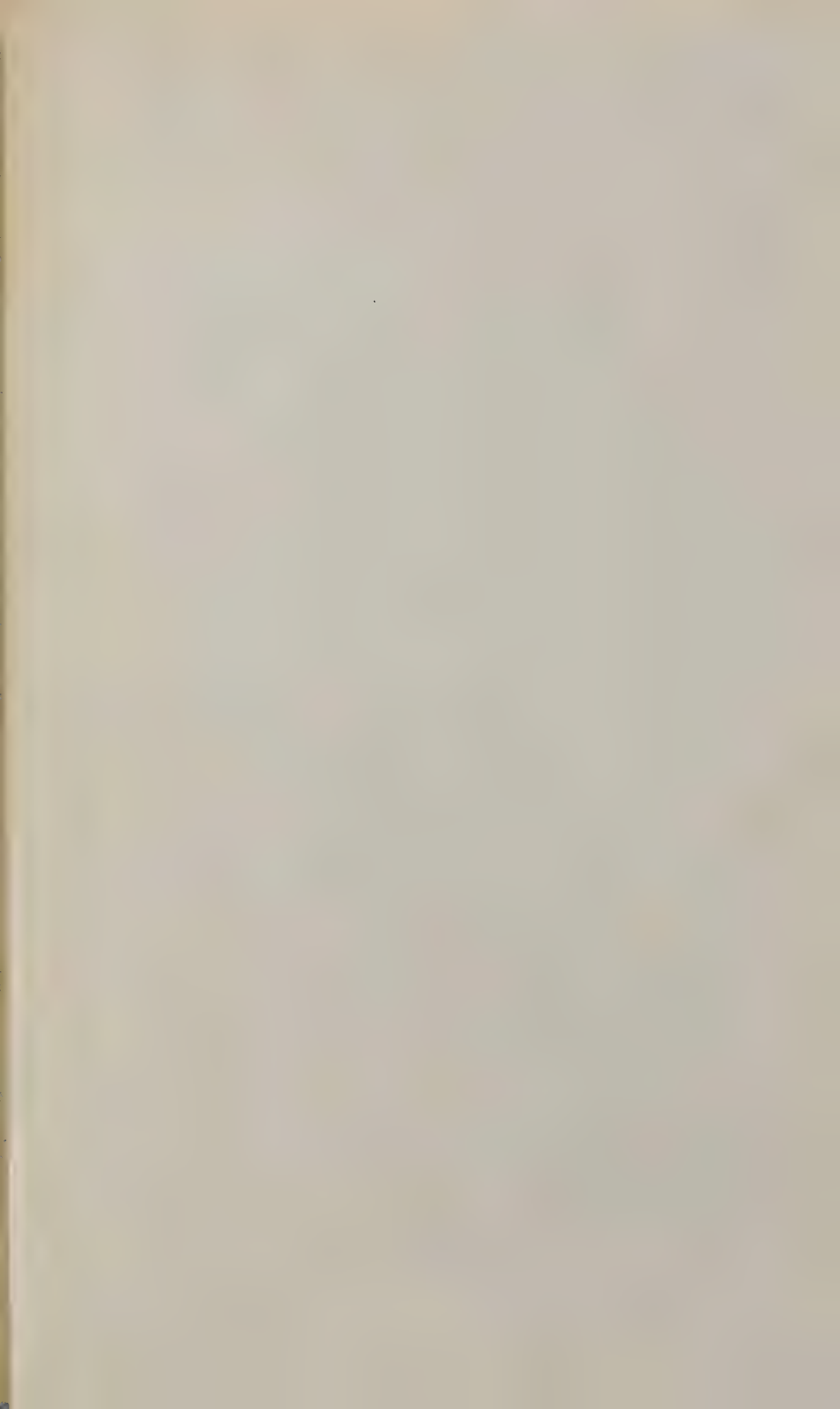
ÍNDICE

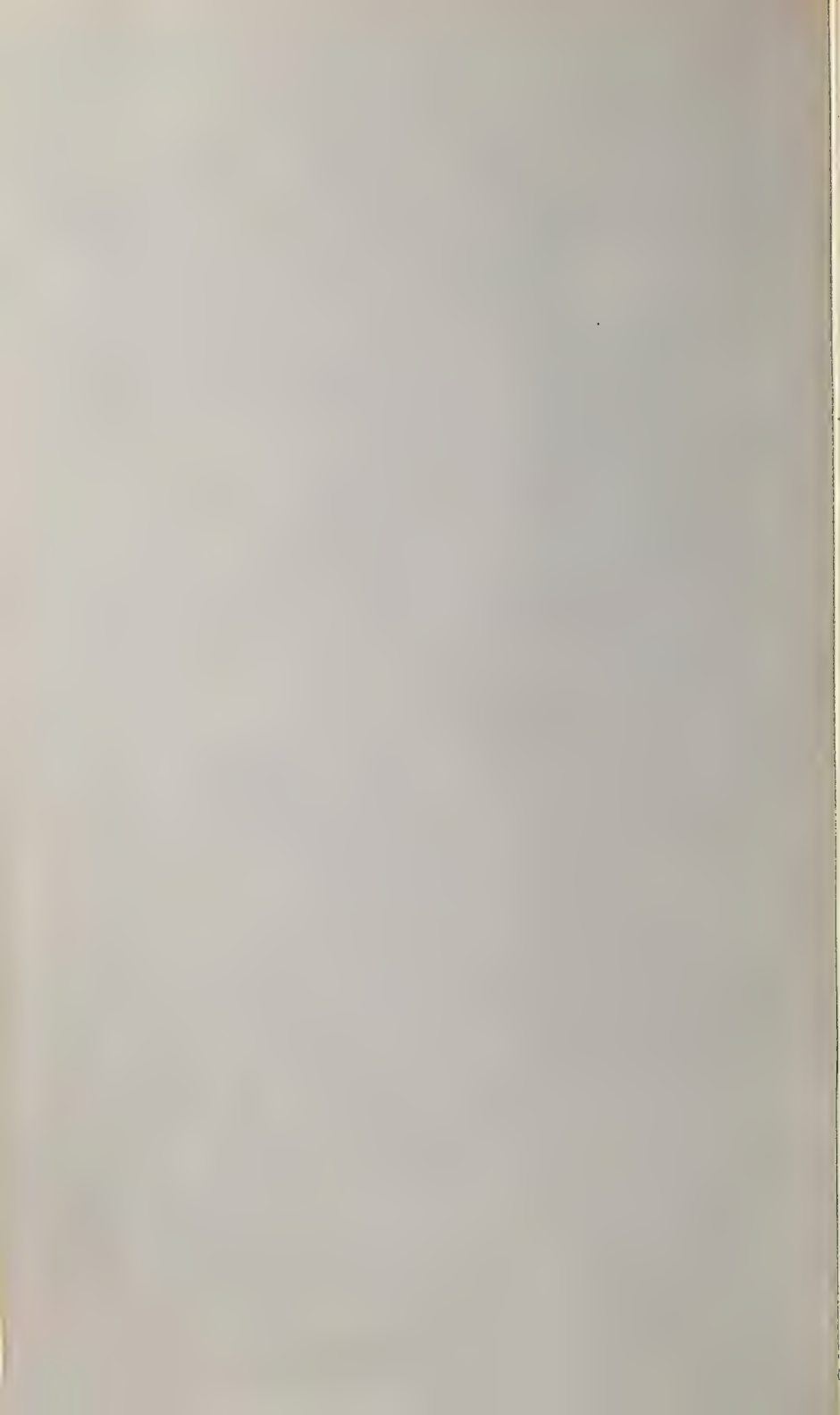
	Págs.
Anteportada	I
Tirada	II
Portada	III
Propiedad	IV
INTRODUCCIÓN	V
I. ENTREMÉS DEL JUEZ DE LOS DIVORCIOS.....	I
II. — DEL RUFIAN VIUDO, LLAMADO TRAMPAGOS.....	17
III. — DE LA ELECCIÓN DE LOS ALCAL- DES DE DAGANZO.....	37
IV. — DE LA GUARDA CUIDADOSA.....	55
V. — DEL VIZCAÍNO FINGIDO.....	77
VI. — DEL RETABLO DE LAS MARAVI- LLAS.....	101
VII. — DE LA CUEVA DE SALAMANCA....	121
VIII. — DEL VIEJO CELOSO	141
IX. — DE LOS HABLADORES.....	163
NOTAS.....	179
ÍNDICE ALFABÉTICO DE LAS PALABRAS Y FRA- SES ANOTADAS	249
ENMIENDAS	255
Índice	257
Colofón.....	259

EMPEZÓSE
A IMPRIMIR ESTA EDICIÓN DE LOS
ENTREMESSES
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID, EL
23 DE ABRIL DE 1916, FECHA DEL
TERCER CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DE
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
Y ACABÓSE EL 20 DE JULIO
DEL MISMO AÑO

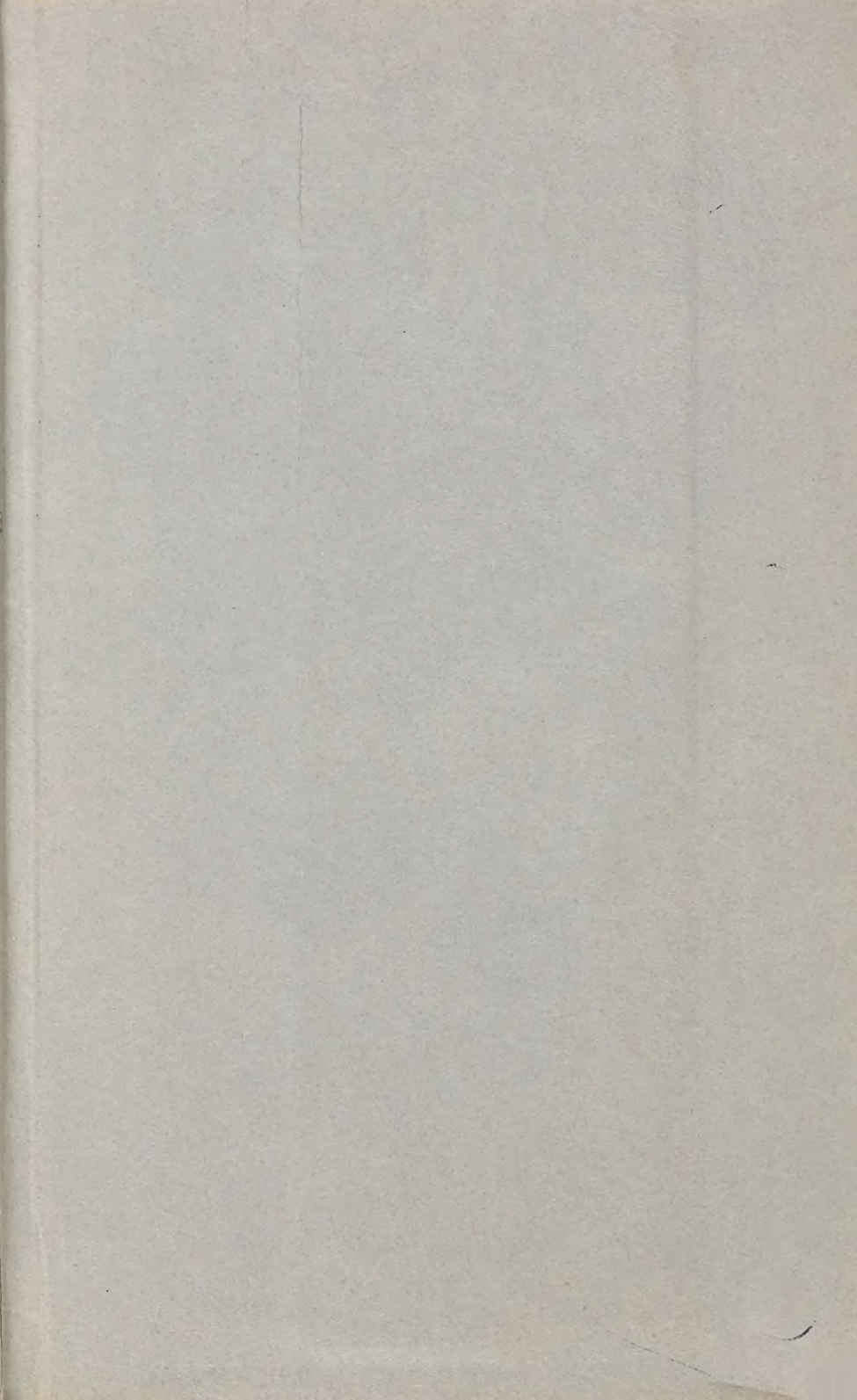


1946 032











3 0081 007 952 660